

Charlas sobre Comunicación Institucional: la huella inconsciente



[2016] LIBROS DE TEXTO PARA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Charlas sobre Comunicación Institucional: la huella inconsciente

*Reynaldo Claudio GÓMEZ
(Coordinador Académico)*

Gómez, Reynaldo Claudio

Charlas sobre comunicación institucional : la huella inconsciente / Reynaldo Claudio Gómez. - 1a edición para el alumno - Santa Rosa : Universidad Nacional de La Pampa, 2016.
166 p. ; 18 x 15 cm. - (Libros de texto para estudiantes universitarios)

ISBN 978-950-863-265-4

1. Comunicación. I. Título.
CDD 302.2

LIBROS DE TEXTO PARA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Charlas sobre Comunicación Institucional: la huella inconsciente
Reynaldo Claudio GÓMEZ (Coordinador Académico)

Octubre de 2016, Santa Rosa, La Pampa

Imagen de tapa: Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires

Diseño y Diagramación: DCV Gabriela Hernández-Dpto. Diseño-UNLPam

Impreso en Argentina
ISBN 978-950-863-265-4

© Cumplido con lo que marca la ley 11.723
La reproducción total o parcial de esta publicación, no autorizada por los editores, viola los derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

EdUNLPam - Año 2016
Cnel. Gil 353 PB - CP L6300DUG
SANTA ROSA - La Pampa - Argentina

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA

Rector: Sergio Aldo Baudino

Vice-rector: Hugo Alfredo Alfonso

EdUNLPam

Presidente: Ana María T. Rodríguez

Director de Editorial: Rodolfo Rodríguez

Consejo Editor de EdUNLPam

Pedro Molinero

María Esther Folco

María Silvia Di Liscia

María Estela Torroba

Celia Rabotnikof

Yamila Magiorano

Paula Laguarda

Rubén Pizarro

Mónica Boeris

Griselda Cistac

INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO I. El valor de la palabra.....	13
CAPÍTULO II. Cantidad de palabras	19
CAPÍTULO III. Las huellas inconscientes.....	25
CAPÍTULO IV. El reto de la formación y la información	29
CAPÍTULO V. La propaganda política como comunicación	37
CAPÍTULO VI. El conocimiento como totalidad	43
CAPÍTULO VII. Informar y hacer saber	49
CAPÍTULO VIII. La estabilidad de las instituciones	53
CAPÍTULO IX. El pasado como sustento	57
CAPÍTULO X. Volver a la escuela.....	63
CAPÍTULO XI. Volver a la escuela II.....	69
CAPÍTULO XII. Volver a la escuela III	75
CAPÍTULO XIII. Los ensayos y sus críticas	81
Ensayo. Primaria: catarsis educativa. Por Alejandra Funes.....	83
Crítica. ¿Catarsis educativa? Por Rocío Aylén González Pascal	85
Ensayo. Mi paso por la escuela primaria. Por Bruno Barontini.....	86
Crítica. La interacción social en la escuela. Por Hernán Dominici	87
Ensayo. Formación primaria individual. Por Cecilia Fleckenstein	88
Crítica. Escuela y familia van de la mano. Por Ingrid Maier	90
Ensayo. Atravesar algunos kilómetros. Por Celeste Savoia	91
Crítica. Contraste simbólico superado. Por Miguel Fernández.....	93
Ensayo. Mis pasos por la escuela primaria. Por Cynthia Zorrilla.....	94
Crítica. Desandar los primeros pasos. Por Rocío Pérez	96
Ensayo. De allá, de acá y del otro lado. Por Érica Zalabardo	97
Crítica. Alabarda enfundada. Por Franco Massara	99
Ensayo. Salir dentro de la melancolía. Por Franco Massara	100
Crítica. Humildad y compañerismo. Por Bruno Barontini	102
Ensayo. El tiempo no se detiene. Por Hernán Dominici.....	103
Crítica. El complemento ideal. Por Alejandra Funes	105
Ensayo. Mis escuelas de la infancia. Por Ingrid Maier	105

Crítica. Escuelas en la sabia del tiempo. Por Marcela Robledo.....	107
Ensayo. La maestra: esa figura materna. Por Lisandro Moreno	109
Crítica. Educar, formar e inculcar. Por Rocío Distel.....	110
Ensayo. La escuela en los ojos de un niño. Por Marcela Robledo	111
Crítica. Una foto en blanco y negro. Por Celeste Savoia.....	113
Ensayo. Una ronda. Por Marianela Santos Carloni	114
Crítica. ¿Es solo una ronda? Por Germán Nahuel Zuwenger	116
Ensayo. La Escuela formateaba valores. Por Miguel Fernández.....	117
Crítica. La escuela, un poder disciplinario. Por Cynthia Zorrilla.....	119
Ensayo. Armando mis bases. Por Rocío Aylén González Pascal.....	120
Crítica. Aprender las obligaciones. Por Érica Zalabardo	122
Ensayo. Ayer nomás. Por Rocío Distel	123
Crítica. Vuelo de pájaro. Por Sofía Torino Wilches.....	125
Ensayo. No soy un robot. Por Rocío Pérez.....	125
Crítica. Deconstruir para construir. Por Marianela Santos Carloni..	127
Ensayo. Pinceladas del saber. Por Sofía Wilches.....	128
Crítica. Feliz con nada. Por Lisandro Moreno	131
Ensayo. Recuerdos institucionales. Por Germán Nahuel Zuwenger...	132
Crítica. Marcando huellas. Por Ingrid Maier	134
CAPÍTULO XIV. Otras ejercitaciones, otras charlas	137
CAPÍTULO XV. Análisis y comentarios sobre el final de “Perfume de mujer”	145
CAPÍTULO XVI. Final abierto: ellos pensaron	155
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	161

INTRODUCCIÓN

Charlas sobre Comunicación Institucional es un título que, en ese carácter, intenta resumir las reflexiones que alumnos, docentes y especialistas en este tema (campo) expresaron durante las clases de la materia Comunicación Institucional, de la Licenciatura en Comunicación Social, en el ámbito de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa.

El concepto de *Charlas* –que por cierto es plausible de ser reemplazado por otro término de corte más académico– tiene aquí un valor especial: el de pretender alcanzar un consenso sobre ciertas definiciones que, a fuerza de uso y repetición irreflexiva, generan confusiones en los intercambios de saberes en los que los enunciadores sienten hablar de lo mismo, pero refieren a asuntos diferentes.

Charlas apunta menos a la descripción de un método pedagógico que al clima distendido, a la vez que didáctico y pretendidamente responsable, en el que se ensayaron potenciales respuestas a los interrogantes que estimularon las clases: el de buscar interpretaciones conjuntas a las prácticas y sentidos del vínculo entre la Comunicación y la Institución, como conceptos comunes a todos los involucrados.

Por eso, la oportunidad de *charlar* sobre la práctica y el sentido de la Comunicación institucional constituyó el desafío de ampliar el horizonte conceptual de esa comunión, en tanto campo de estudio y campo laboral.

Es definitivamente imposible estimular la enseñanza y el aprendizaje de cualquier disciplina si no se interpela en la sala de entrada del vínculo enseñanza-aprendizaje el sentido de su recorrido como tema, para iluminar el camino que, aunque no tiene un final preciso, un límite, un lugar en el que se agota como saber, se establece en etapas reconocibles e imprescindibles de transitar de manera cómoda y sostenible.

Así como en las ciencias exactas, desconocer el sentido de la suma imposibilita acceder a la resolución de un algoritmo, de la misma forma, en las ciencias sociales, avanzar sobre un concepto como el de

Comunicación Institucional sin establecer acuerdos acerca de qué significan para cada uno de los actores intervinientes esos conceptos en particular, así como la unión de ambos términos, puede limitar la relación de la enseñanza y el aprendizaje.

Se trata de debatir una semántica común, de repasar las experiencias individuales para llegar a un acuerdo, precisamente, semántico.

Intentamos desde aquí, entonces, abrir un espacio para propiciar el análisis de esta temática y de otras cuestiones que pudieran estar relacionadas con ella, con dos objetivos específicos: cuáles son los prejuicios o huellas inconscientes que intervienen en la interpretación de lo que se entiende como Comunicación Institucional y qué casos pueden ser demostrativos de tales concepciones.

De tal forma, decidimos que la charla, entendida y puesta en práctica como una actividad grupal, que favorece el intercambio de subjetividades, podía convertirse en un instrumento útil a los fines propuestos.

Se observa rápidamente que esta mecánica no constituye en sí misma una metodología pedagógica, aunque no deja por ello de ser académica y es –lo sabemos– una práctica habitual en el ámbito universitario. Sin embargo, pretendimos no transformarla en un espacio aparte de las clases, sino en el centro mismo de ellas. Esto es charlar para reflexionar: nutrir los encuentros sobre la Comunicación Institucional de experiencias, pareceres, recuerdos, significados, representaciones, expresiones y simbolismos.

Lo obtenido ha sido producto del compromiso de cada uno de los participantes de estas charlas que ya transcribiremos, en las que abundaron honestos momentos tanto de sincera aprensión, como de amena distensión.

Así, se conformó un compendio de relatos recogidos, repetidos y jerarquizados por las definiciones y teorías filosóficas, antropológicas, sociológicas, psicológicas y, por supuesto, comunicacionales, entre otras. Fueron articulados con casos que tuvieron a los propios participantes como narradores testigos de ejemplos que los (y nos) sorprendieron como activos portadores y reproductores de un conocimiento abstracto, que parecía definitorio, y que se desvaneció ante evidencias y contrastes argumentales de diverso tipo y procedencia, tanto ideológica como cultural.

Esperamos, sinceramente, que este trabajo –que no está acabado, sino que constituye un acercamiento a la complejidad de un fenómeno social, en este caso la Comunicación Institucional– sirva como representación para casos similares, ya que como “las capas de la cebolla” siempre detrás de una definición posible hay otra.

La influencia de la cultura social y de la experiencia individual, mediada por complejos mecanismos simbólicos en los que los medios de comunicación juegan un rol de innegable importancia, a veces como sustitutos y otras como legitimador de mitos y costumbres, produce espejismos que, a poco de recorrerlos, se desvanecen para ser reemplazados por otros.

Ocurren provisorias certezas que se amparan en convenciones del “sentido común”, una cualidad que el pensamiento crítico debe siempre rechazar para reexaminar. Ese y no otro debe ser el propósito que guíe el trabajo del comunicador en particular y el de cualquier actor de la ciencia social: criticar para obtener un saber, a la manera kantiana y no conformarse jamás con el saber obtenido, sino replicar ese proceso hasta el infinito.

Sepan los lectores disculpar el tono inicialmente personal de este trabajo. En las charlas siempre hay un enunciador que oficia de presentador de los temas que se tratarán. El compromiso con la temática no radica solo en evidenciar un saber, sino en las diversas formas que el lenguaje utiliza para referir la idea o el pensamiento.

No quisiéramos dejar de insistir en el valioso aporte de los estudiantes de Cuarto año de la Licenciatura en Comunicación Social. Es que a propósito de su compromiso y responsabilidad surge este texto, con el objetivo de dejar para las futuras promociones algunos puntos de vista, que no son más que eso: propuestas para pensar. En esa expectativa, es que estamos seguros de que serán los próximos estudiantes quienes aporten nuevas y poderosas visiones, superadoras; serán quienes abran nuevos andariveles de pensamientos, novedosas teorías, escalones que ascenderán al camino del saber, cuyo límite –estamos seguros– es el infinito.

Desde ya, agradecemos la disposición de las autoridades a cargo de la serie Libros de Texto para Estudiantes Universitarios y estamos convencidos de que este material atiende las necesidades básicas de formación de los estudiantes de las distintas carreras de la Universidad Nacional de La Pampa.

Compartimos la idea de que la Universidad es una comunidad de docentes, estudiantes, graduados y personal no docente y procura la formación integral y armónica de sus componentes. Por eso, nuestra humilde pretensión es la de que este texto –y así está pensado y elaborado– constituya un aporte significativo al debate de los estudiantes que colaboraron en su confección, de los estudiantes que continuarán a aquellos, que colabore con otras materias o temas relacionados con la práctica de la Comunicación Institucional, la Comunicación Política y las áreas de

prensa de organismos públicos y organizaciones y entidades de cualquier índole que lo requieran.

Para que, asimismo, sea recogido totalmente o en parte por otras carreras de Comunicación Social, para que integre las bibliotecas del país a través de la RedCom, con el objetivo de que ofrezca respuesta –aunque sean estas parciales– a preguntas derivadas de problemáticas de otras ciencias humanas y sociales. Está escrito y dedicado a los jóvenes, cuya activa participación en Congresos, Seminarios o encuentros disciplinares de distinto orden le puedan servir a la difusión del contenido de este texto de escenario para compartir o superar lo que aquí se dice. Lo mismo para la interacción en talleres, mesas de debate o jornadas pedagógicas, porque hay en las páginas de este trabajo ejercicios y modelos de acción que pueden ser aplicados de manera directa o indirecta en las aulas que requieran de su disposición, moderada y austera en saber, pero iniciática en un camino que el siglo XXI impone como desafío: el hablar de las palabras, para entendernos mejor.

El valor de la palabra

Disponemos del concepto “palabra” –en pleno conocimiento de que no es el correcto–, en circunstancial reemplazo del término “lenguaje”, con el propósito específico de consensuar un entendimiento mutuo sobre su significado llano.

“Palabra” es un vocablo mundano, de uso común, y para esta utilización de situación áulica no requiere de mayores explicaciones ni de un marco teórico que lo identifique. Sin embargo, es preciso señalar que con “palabra” nos referimos a las expresiones que ponen significado a nuestros pensamientos, que salen por nuestra boca para dar sentido a las construcciones lingüísticas creadas por nuestra mente. Son las palabras las que hacen visible nuestro pensar. El concepto “lenguaje” supone una mayor complejidad de análisis y un marco teórico que autorice y otorgue sentido a su uso, máxime cuando se trata de compartirlo entre docentes y alumnos de una Licenciatura en Comunicación Social.

En efecto, han sido las palabras las que contaron la Historia. Y han sido ellas también, en medio de un entramado de complejidades sociales, las que colaboraron en la formación de una sociedad jerarquizada. La creadora de estamentos y de clases, de desigualdades, injusticias e inequidades. Por eso, el saber es una ventaja social, que deriva no solo de la erudición, sino del uso apropiado que hagamos de las palabras, en cuanto ellas expresan el saber en forma sistematizada.

El saber es una jerarquía o, mejor dicho, el saber es un status que otorga jerarquías.

No hay que remontarse a la memoria de la antigüedad para comprobarlo. Argentina es un riquísimo río de contrastes y desequilibrios en su concepción social del saber. Los procesos políticos argentinos hablan de cómo el saber expresado en palabras impuso desigualdades que perduran durante más de dos siglos. De allí que sea inherente a esta época un intento por modificar los estratos basados en la certeza cultural que dictan las palabras.

Saber o no saber leer, es decir, saber encontrar significado en las palabras escritas, ser o no ser un analfabeto, total o funcional, es una diferencia que no refiere solo a las posibilidades de desarrollo intelectual, sino a las oportunidades de desarrollo en el campo productivo y en el ser social.

En los finales del siglo XIX, cuando los niveles de analfabetismo, antes de la Ley de Educación 1.420, oscilaban en el 75 por ciento de la población¹, la irrupción de la prensa gráfica, sin embargo, dio luz a dos diarios² que marcarían al periodismo nacional: *La Prensa* (1869) y *La Nación* (1870)³. Sus páginas principales debatían un ideal de Nación y las palabras allí escritas significaban verdades que se correspondían con los intereses de una clase social privilegiada, que ocupaba cargos religiosos o militares, que vivía en Buenos Aires y que sabía leer y escribir. Entonces, la palabra era más que una expresión, era la síntesis de un privilegio culturalmente irrefutable y socialmente indiscutible. ¿Podía un gaucho o un indio iletrado discutir al iluminismo francés? Tal vez pudiera, pero su voz no sería reconocida como autoridad en tanto no constituía una posibilidad de verdad debido a lo precario de su manifestación, descosida en toda su traza y lejana a la palabra de aquel que estaba formado en universidades locales o extranjeras.

No resulta extraño ni antojadizo buscar esas mismas relaciones en el presente, plagado de complejas diversidades, pero reacio a domesticar esa premisa antigua de que el saber está siempre ligado a la palabra y solo sabe aquel que puede manejar la palabra en su justo significado: un pibe suburbano es “un fierita” que no puede articular más que un modestísimo vocabulario y, por ese motivo, desde el vamos, su discurso es anulado por una sociedad que premia con gusto a quien esgrime la palabra barroca aunque su sable sea de hojalata.

Por eso, es imprescindible en este siglo XXI que la jerarquía de autoridad que otorga el saber sea puesta en discusión. Esto significa poner en crisis nuestros pensamientos que constituyen el antecedente inmediato

1 Tasa de analfabetismo en la población de 10 años y más. Fuente: La Educación de Jóvenes y adultos – Estado de situación en la Argentina – Ministerio de Educación de la Nación, Agosto, 2000, que cita el Censo Nacional de Población y Vivienda 1991. Serie C-INDEC.

2 “El diario –pensaba Sarmiento– es para los pueblos modernos lo que era el foro para los romanos. La prensa ha sustituido a la tribuna y al púlpito; la escritura a la palabra y la oración que orador ateniense acompañaba con la magia de la gesticulación, para mover las pasiones de algunos millares de auditores que la miran escrita, ya que por las distancias no pueden escucharla”. En *Los orígenes de las querellas sobre la Lengua en Argentina*. Bibiana Apolonia del Brutto. (2008) Publicado en *Beligerancia de los idiomas. Un siglo y medio de discusión sobre la Lengua latinoamericana*. Horacio González (compilador). Buenos Aires: Colihue.

3 Ulanovsky, Carlos. (1997) *Paren las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Espasa Calpe, pp. 16-17.

de la palabra. Debemos, en síntesis, discutir el saber y no solo el ajeno, sino y más urgentemente, nuestro propio concepto de saber.

La erudición sin ninguna aplicación práctica no cumple ninguna función social. La erudición, si no está pensada para pensar y pensarse a sí misma, no es más que la palabra al viento. Y es en la Universidad en donde esa condición debe resolverse, en tanto funciona como edificio de palabras; la Universidad es una palabra compuesta de palabras, allí anidan en mayor cantidad –eso lo podemos asegurar– y, entonces, como haría el pescador, allí es donde hay que colocar la red para conseguir una captura más abundante de ejemplos.

Es necesario buscar ejemplos verificables, no tan lejanos. Están alojados en nuestros propios pensamientos, que en palabras llamamos saber. Entonces, el saber constituye un doble instituto: es saber que actúa como sucedáneo de conocer y, es, a la vez, una palabra. ¿Sabemos tanto de un asunto como para que ese saber pueda resumirse en una palabra aislada que sintetice una idea o un pensamiento? ¿Ese saber es un saber compartido en toda su dimensión, en tanto la palabra significa lo mismo y encierra el mismo significado para todos?

Aquí entra en juego lo que la tradición nos ha dicho de esa palabra, como la ha transformado o desviado de su primera razón. A esa tradición la llamaremos “huella cultural”. Esa huella cultural está presente en cada palabra, porque su composición es la construcción de un cruce que contiene a la cultura como expansión en el tiempo, pero también a las experiencias individuales. Esto último es lo que proponemos incorporar a las teorías sobre la influencia de la cultura en nuestro pensamiento: la experiencia, atravesada indudablemente por la cultura, pero, a la vez, propia, enajenada de las condiciones externas.

“Guau-guau” dice el niño al ver un perro. No obstante, la similitud de esta forma de onomatopeya, que sus padres han transformado en palabra, expresa el signo de la figura del perro y la reacción del niño frente al animal. Pero muy poco nos dice de la reacción del niño frente a ese signo. Dice “guau-guau” y ¿siente miedo, sorpresa, animosidad, ternura? ¿Todos esos sentimientos a la vez? ¿Qué piensa el niño frente al perro? La palabra nos habla del reconocimiento del signo, pero nada nos señala acerca de los pensamientos-sensaciones que atraviesan al niño. ¿Cómo han sido sus experiencias previas al encuentro con el perro? ¿Y si el perro fuera negro, grande, orejudo sería igual su reacción que si tuviera otras características? ¿Y si el niño hubiese convivido desde sus primeros días de vida acariciado por el suave pelaje del animal? ¿Y si hubiese sido asustado en una siesta por sus ladridos? De varias maneras observamos que, en el futuro, la transmigración de la onomatopeya a la palabra perro

tendrá un significante particular para ese niño cuando sea joven y cuando sea adulto y tal vez le toque propiciar alguna política pública o integrar una institución que se dedique al cuidado de los perros.

“En efecto –opina Foucault⁴–, para que el signo sea lo que es ha sido necesario que se diera el conocimiento al mismo tiempo de lo que significa. Como observa Condillac, un sonido no se convertiría jamás para un niño en el signo verbal de la cosa si no lo hubiera oído cuando menos una vez en el momento que percibe dicha cosa”. Eso prefigura la huella inconsciente.

Recordemos que hay personas que se resisten a la instalación de una cárcel en su vecindad, porque de esa manera la propiedad pierde valor de venta y el barrio empieza a ser frecuentado por familiares y amigos de los presos, quienes potencialmente representan para ellas un peligro. Y no es necesario ingresar en terrenos más bajos del prejuicio social. Hay personas también que creen que una escuela pública rebaja el precio de sus propiedades. Se trata de prejuicios que se esconden tras las palabras, que promueven las diferencias, incluso en el plano abstracto de algo que no sucedió, pero la huella cultural advierte y la experiencia subraya.

4 Foucault, Michael. (2003) *Las palabras y las cosas. La representación del signo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, p. 67.

Cantidad de palabras

Parece oportuno iniciar este capítulo con una cita a Gabriel García Márquez, en *Botella al mar para el dios de las palabras*¹:

“A mis doce años de edad estuve a punto de ser atropellado por una bicicleta. Un señor cura que pasaba me salvó con un grito: ‘¡Cuidado!’. El ciclista cayó a tierra. El señor cura, sin detenerse, me dijo: ‘¿Ya vio lo que es el poder de las palabras?’. Ese día lo supe. Ahora sabemos, además, que los mayas los sabían desde los tiempos de Cristo y, con tanto rigor, que tenían un dios especial para las palabras.

Nunca como hoy ha sido tan grande ese poder. La humanidad entrará en el tercer milenio bajo el imperio de las palabras. No es cierto que la imagen esté desplazándolas ni que pueda extinguirlas. Al contrario, está potenciándolas: nunca hubo en el mundo tantas palabras con tanto alcance, autoridad y albedrío como en la inmensa Babel de la vida actual. Palabras inventadas, maltratadas o sacralizadas por la prensa, por los libros desechables, por los carteles de publicidad, habladas, cantadas por la radio, la televisión, el cine, el teléfono, los altavoces públicos, gritadas a brocha gorda en las paredes de la calle o susurradas al oído en las penumbras del amor. No: el gran derrotado es el silencio...”

La palabra clave, la que advierte del peligro y la que finalmente salva al chico colombiano que años más tarde logrará el Premio Nobel de Literatura, es ¡Cuidado! Pero no es una palabra suelta, dicha al azar; se corresponde con una circunstancia y un momento precisos. Quien la escucha sabe que debe ponerse a resguardo. Son los signos de admiración, esos que le dan el tono de ultimátum, los que la remachan y generan una reacción en el chico, con la evita ser atropellado por una bicicleta.

Hasta aquí podríamos estar todos de acuerdo en que efectivamente así ocurrió la acción que no vimos y que no conocemos por ninguna

1 García Márquez, Gabriel. (2010) *Yo no vengo a decir un discurso*. Buenos Aires: Sudamericana.

otra vía que no sean las palabras dichas y también por las no dichas, esas que están escondidas pero presentes, que reposan en nuestra experiencia personal, en nuestra lógica de pensamiento.

Sabemos que el chico pudo dar un salto o repentinamente salió del camino del ciclista que “cayó a tierra”. Lo que no podemos asegurar es la existencia real de una bicicleta; es justo sospechar que si quien venía a atropellar al chico era un ciclista, este montaba una bicicleta. Sin embargo, la palabra bicicleta no aparece nunca en el relato. Podría tratarse de un ciclista que llegaba tarde a una competencia y apurado venía lanzado en violenta carga de corrida al tranco, con su mirada puesta en la línea de largada que se movía amenazante de iniciar el certamen y con eso en la vista y con un pensamiento blanco en su cabeza iba a llevarse por delante al chico, mientras su bicicleta anclaba inmóvil a metros de la línea de largada, sostenida por un amigo del ciclista. Inofensiva.

La palabra que nos dice que el chico estuvo a punto de ser embestido por una bicicleta es la que realiza la advertencia: ¡Cuidado! Hay una amenaza latente. Lo dice la huella cultural que cruza nuestra historia personal y la dramatiza la experiencia propia. El sonido de la palabra, ese tono imperativo y salvador, le impone una fuerza que la experiencia reconoce. “Aquí no voy a ser embestido por otro humano, lo que viene es algo diferente, algo especial”, puede haber pensado el chico. Transportada esa escena a nuestros días, el grito de ¡Cuidado! nos colocaría ante otras expectativas, posiblemente a la embestida de un automóvil. Esto es tan común en el tránsito de las ciudades urbanas, que es difícil que luego de salvar su situación, alguien pensara en el valor de las palabras, ya que su repetición, ya como escena, ya como relato, se vacía en tanto los trastornos en el tránsito forman parte de la cotidianidad social.

No es la cantidad de palabras la que nos preocupa, sino la cantidad de interpretaciones que ella tiene condiciones de producir. Es decir, las infinitas reacciones y aún pasividades que pueden provocar. Una palabra que no provoca reacción es una palabra inútil: hablar pobreza, de inequidad, de injusticia, a fuerza de repetición, nos ha dejado sin reacción. Ya no nos sorprende la cotidianidad –aunque la antropología se empeñe en enseñarnos lo contrario–. Y sin reacción no hay movimiento de cambio.

De esa forma, el único derrotado no resulta el silencio, sino el ruido que provoca la abundancia de significados, trazados por la huella cultural y la experiencia que nos envuelven como un paquete de prejuicios.

Antes de seguir con esta línea, es importante señalar que los prejuicios provocan equívocos. Y si las palabras producen prejuicios o son consecuencia de ellos, en tanto su significado es difuso, de libre interpretación

y a veces hasta irracional, palabras y equívocos son vecinos peligrosos, límites que conviene transitar, justamente, con ¡Cuidado!, para reconocer el valor de las palabras, lo que ellas construyen o destruyen.

CAPÍTULO 

Las huellas inconscientes

Confiar en el valor de las palabras implica establecer un código en el que todos consensuemos y acordemos significantes. Parece una tarea sencilla en el marco de una asignatura que tiene dos conceptos vitales: Comunicación e Institución.

La pregunta clave es entonces ¿entendemos todos lo mismo cuando hablamos de Comunicación y de Institución? ¿O es que existen presupuestos semánticos que nos diferencian en la referencia simbólica de esos términos?

Pretender una resolución acabada y final de ese conflicto de interpretaciones es un imposible, pero podemos intentar un acercamiento, una aproximación que nos deje más cerca de alcanzar una interpretación común, esto es, un código común.

La exigencia de cumplir con esta propuesta representa la centralidad de la primera etapa de la comunicación académica. Cuando señalamos las dificultades que algunos lectores evidencian en la comprensión de un relato determinado, estamos hablando, entre otros asuntos, de eso: de la imposibilidad de compartir el código. Ante la misma palabra –por decirlo así– hay cientos de interpretaciones posibles, tantas como interlocutores haya; algunos las comprenden en un contexto determinado o con base en lecturas anteriores o a partir de sus propias experiencias y otros no las alcanzan a dimensionar en el marco del propio relato.

Todavía tiene vigencia ese engañoso slogan publicitario de un medicamento antitusivo: “Para la tos”. Alguien avezado en el uso del lenguaje publicitario observó que no debía decirse para la tos, ya que el remedio no tenía como propósito producir la tos, sino todo lo contrario, es decir, parar la tos, detenerla. Entonces los encargados del slogan se defendieron. Dijeron que la palabra para no estaba dispuesta como una preposición -ir hacia-, sino que estaba utilizada en tiempo verbal: para, detiene el avance (de la tos). Un juego semántico simple, que es mucho más oscuro en otros casos y produce profundas confusiones en la acción comunicativa.

Las palabras funcionan mecánicamente y le dicen al sujeto lo que para él significan o no significan, y esa cualidad de la comunicación contiene no pocos condimentos para el trabajo áulico. Por el contrario, es un material puro, que indica por dónde iniciar el camino.

Esa sensibilidad está fuertemente marcada por las “huellas inconscientes”, es decir, por el recorrido cultural de cada persona, que ha enfrentado diversas experiencias, que han dejado rasgos individuales y propios en sus pensamientos y razonamientos. En síntesis, la huella inconsciente es la amalgama de la cultura y la experiencia.

Cada sujeto aísla un significante propio, que está detrás de la palabra y así la diversifica, la transforma y la hace propia. En esa apropiación está el problema del entendimiento profundo, al mismo tiempo que la dificultad de la comunicación. Son formas de prejuicio inintencional, que se transforman en las trabas e impedimentos de la comunicación. Por las consecuencias que producen al generar un ruido entre el enunciadador y el coenunciador, esas “huellas inconscientes” se tornan imprescindibles de revisar en conjunto, por lo pronto en el seno del grupo en que la palabra acciona.

Así, toda palabra es una experiencia subjetiva. Consensuar el valor de la palabra es una tarea inexcusable en el aula, ya que cada componente de ese grupo está cargado de tradiciones, ideologías y visiones estéticas disímiles. De tal forma, la tarea de dotar a valor a la palabra aborda dos objetivos: consensuar significados y eludir el sentido común comunicológico. Dos propósitos, entonces, las guían: evitar el pensamiento único y eludir un potencial desorientador de las definiciones comunes, las que –como vemos– no son casi nunca comunes.

Hablamos de propósitos. Ahora, hablemos del sentido práctico de trabajar en el consenso de la palabra.

CAPÍTULO 

El reto de la formación y la información

Sucede a menudo que los estudiantes cursan una asignatura sin conocer cuál es el sentido de su existencia en la currícula de una determinada carrera. Este asunto es más común de lo que parece y se desnuda claramente cuando queda expuesto en la práctica.

La Comunicación Institucional, además de ser un concepto, es una práctica y, como tal, forma parte del campo laboral, es decir, de la posibilidad de ingreso, permanencia y desarrollo profesional del estudiante en el mundo del trabajo.

De tal forma, es importante que los estudiantes aprendan el concepto, lo coloquen en tensión teórica, pero que, a la vez, vean su sentido práctico. Es en ese sentido necesario que asuman riesgos personales y apuesten a expresar con honestidad intelectual y razonamiento crítico qué es lo que ellos piensan y sienten acerca de las instituciones que reconocen como tales y cuáles son las interferencias que registran como problemática en el campo de la comunicación entre esas instituciones y la sociedad.

Se trata de colocarlos como observadores, pero poseedores de un saber específico que les permite interpelar el campo de acción del objeto de estudio, interpelarse a sí mismos e intervenir sobre esos factores como futuros profesionales, para modificar su propia observación. A la vez, esa posición, que es una referencia concreta, un punto de apoyo, les posibilita, desde allí y con los saberes que poseen, resolver los problemas de comunicación entre institución y sociedad, que es una manera -ambiciosa tal vez, pero sin dudas inexcusable- de cambiar el mundo.

Es que la premisa no puede ser otra, en un mundo académico cada vez más permeable a los problemas sociales por antonomasia y por necesidad, de un compromiso no menos desafiante.

Asistimos a un siglo XXI en el que las instituciones no han logrado superar su lugar histórico simbólicamente débil; es más, lo han agravado. No se trata de ponderar la función y eficacia de las instituciones en sí, aunque claramente esa característica ha dejado huellas inconscientes en los actores sociales. Los estudiantes son actores sociales y serán

comunicadores sociales de esas instituciones, acaso sin siquiera dedicarse alguna vez a esa tarea de manera directa.

Por eso, decidimos ensayar definiciones personales acerca de los dos conceptos, las dos palabras clave e inherentes a esta materia: Comunicación e Institución. En el afán de acercar posiciones respecto a ellas y para aproximarnos a la concepción de una actividad que es mucho más que una rutina laboral y que se repite de manera más o menos parecida en cada institución.

Existen numerosos textos que hablan de las técnicas de la Comunicación Institucional. Ese material, en general, se refiere a las formas que existen de comunicar las bondades de una institución, con el propósito de promocionar su existencia o de mejorar su imagen o difundir sus servicios, entre otros motivos. Como los manuales de auto-móvil o los libros de autoayuda, esas lecciones prácticas consideran que la repetición de sus advertencias y diseños producirán siempre resultados eficaces.

Es importante decir que esos supuestos pueden oficiar de guía a un recién iniciado en la comunicación institucional, pero dejan puntos ciegos en la mirada del comunicador que no pueden ser iluminados de otra manera que no sea a través del análisis de cuestiones inherentes al reconocimiento de la complejidad de la comunicación institucional como campo social.

El primer ausente a esta cita en la que se distribuyen recetas es el desacuerdo invisible, oculto por las propiedades de la palabra, en la que se supone que, más allá de los objetivos laborales, Comunicación e Institución significan lo mismo para todos.

En principio, debemos señalar que la Comunicación es un campo académico que refiere mucho más que ampliamente a la relación comunicativa de una Institución y las personas.

Y en ese campo se inscriben relaciones que tienen circuitos comunes y otros sumamente complejos. La palabra Comunicación tiene un espesor más grueso que su simple enunciación. Por eso, es imprescindible a los fines de entender de qué estamos hablando cuando hablamos de Comunicación poner en claro los saberes teóricos que apoyan el campo y el concepto, las huellas culturales que atraviesan su significado y la experiencia de cada comunicador social. En definitiva, el asunto se aclara si para descifrar la palabra reconocemos la presencia de nuestras huellas inconscientes.

No es menester de este trabajo definir qué es la Comunicación desde la teoría, damos por supuesto que en cuarto año de la Licenciatura en Comunicación Social de La Pampa todos los estudiantes conocen

perfectamente el tema. Sin embargo, a modo de repaso veloz, tomaremos una de las acepciones posibles y de las más sencillas.

Un primer acercamiento a la definición de Comunicación puede realizarse desde su etimología. La palabra deriva del latín *communicare*, que significa “compartir algo, poner en común”. Por lo tanto, la comunicación es un fenómeno inherente a la relación que los seres vivos mantienen cuando se encuentran en grupo. A través de la comunicación, las personas o animales obtienen información respecto a su entorno y pueden compartirla con el resto¹.

Cualquiera y todas las palabras citadas en el párrafo anterior son susceptibles de análisis crítico, ya sea desde la gramática, desde la semántica o desde donde se desee hacerlo. Las ciencias nos proveen de elementos para ello.

Existe una experiencia de Jorge Luis Borges en un texto basado en el inicio de *El Quijote*, en el que el escritor argentino ensaya un análisis de ese tipo; es realmente muy interesante y original², podemos recomendar su lectura a los futuros comunicadores y también a quienes no lo vayan a ser, pero gocen del examen literario.

Por todo lo expuesto, podríamos a priori coincidir en el valor de las palabras como material de enseñanza, la cultura inmanente a la manera de educar, aún en la Universidad, con la mejor intención de estimular el pensamiento crítico, se ha convertido en un proceso un tanto automático.

En una clase universitaria no parece necesario detenerse a pensar en el valor de las palabras, esto es, en su significado más profundo, incluso en aquella primera intención con la que nacieron y se transformaron luego en conceptos o significantes.

Inexpertos en esta cuestión; sin conocer a fondo la lingüística ni la semiología aunque ambos asuntos nos interesan, estamos en condiciones de intentar una aproximación a valorizaciones teóricas que nos permitirán ejecutar una acción inevitable a cualquier espíritu crítico: el análisis.

Aquí, sin embargo, parece relevante introducir un punto que probablemente genere alguna polémica de índole académica, pero que podemos saldar juntos y es indispensable que lo hagamos cuando el material trata de la Comunicación Institucional.

Por ello, resulta importante resaltar que no hablamos solo de Comunicación, sino de otro componente que va a modificar, perfilar

1 Disponible en: <http://definicion.de/comunicacion/#ixzz3oYiGHciH>

2 Borges, J. L. (1998). *El idioma de los argentinos*. Madrid: Alianza Editorial (biblioteca Borges), Indagación de la palabra.

u orientar el solo concepto de Comunicación, para pasar a señalar una Comunicación específica, que es la Comunicación Institucional.

Entonces ¿cuál es la forma en que vamos a trabajar la Comunicación a secas?

Es de sentido común hablar de la interacción de dos o más personas para que la Comunicación se produzca; esto no es una teoría académica, es, precisamente, lo que podría decirnos cualquier persona, incluso completamente ajena a esta disciplina.

Es decir, la idea de que para que la Comunicación se produzca deben intervenir en el proceso dos o más personas es la que entendemos todos.

Cuando hablamos de dos personas, estamos haciendo referencia a dos sujetos: un enunciador y un coenunciador, quienes además cambian su posición para producir un intercambio que conocemos como *feedback*. Uno a la vez es enunciador y coenunciador. Esta definición ya empieza a requerir de un conocimiento más sólido, más pertinente a la disciplina. Y hablamos de dos o más sujetos intercambiando mensajes.

Y ahí está la cuestión que debemos considerar como primer consenso: no son solo los sujetos los que comunican, también comunican los objetos. Y también comunican las situaciones en cuanto nosotros las consideremos acontecimientos-objetos.

En esas regiones es, precisamente, donde empieza a aparecer la subjetividad vinculada y producida sin esa pretensión con el objeto y desde el objeto mismo.

Los objetos comunican más que como solo representaciones o como símbolos que las personas deberán descifrar. Actúan como objetos que comunican por sí mismos. Y esto está dado, es decir, es provocado, entre otras razones, por la influencia e intromisión de los medios de comunicación en nuestra cotidianidad.

No habría forma de tolerar humanamente la dimensión de la información que nos brindan permanentemente los medios de comunicación, si no anidara en cada inconsciente un proceso que convierte a los sujetos en objetos. Así, las audiencias toleran sin mayor preocupación una profunda problemática social -salvo huellas inconscientes que las instalen emotivamente cerca del acontecimiento-objeto- casi con la misma desaprensión con la que responden un crucigrama o se anotician de un estreno cinematográfico.

De esta manera, los medios de comunicación han construido un mecanismo que iguala la muerte de personas con la muerte de objetos.

Aparecerán ejemplos, casos, en los que esto no ha sido así. Se pueden rebatir desde una ley publicitaria: Nos jactamos de los productos que evitamos comprar por no hacerle caso a las propagandas, pero nunca

sabremos cuántos de ellos sí compramos por el efecto de la propaganda. Es en el fenómeno de la propaganda donde mejor podemos observar este proceso, sobre todo en una sociedad que exagera sus conductas de consumo.

CAPÍTULO 

La propaganda política como comunicación

Y aquí caemos en el ámbito de la propaganda política ligada a la función intrínseca de las instituciones públicas. Un gobierno decide que será un gobierno “por y para el pueblo”, “de puertas abiertas” y “atento a todas las demandas”. Dirá que está allí “para dar respuesta a los problemas de la gente”. Una vez instalado en el poder y tras algunas escaramuzas de reclamos, supongamos, decide enrejar, cercar con rejas todo el edificio que lo contiene. De esa forma, el acontecimiento-objeto de enrejar y el objeto reja, contrarían todo lo expresado anteriormente: propaganda y comunicación se anulan, por la intromisión del objeto-acontecimiento y del objeto en sí, que será signo primariamente e inmediatamente se transformará en palabra.

Estamos hablando de comunicación política equiparando esa figura a la comunicación institucional que es, por supuesto, mucho más abarcativa.

Es bastante difícil hacer comunicación institucional con el slogan de un gobierno de “puertas abiertas” cuando todo el territorio administrativo-político está vallado. Esto o los políticos no lo ven o subestiman a la sociedad que los interpela o no lo consideran de importancia comunicacional, descreen de su potencia. Error. Esa fuerza se incrementará más y más con el correr del tiempo y oficiará de mensaje negativo para ellos y para quienes los sigan en su función. La institución, como palabra, quedará negativamente marcada en la huella inconsciente.

Pero ahí, en definitiva, está el objeto que comunica subjetiva y negativamente a la institución y se contradice con su propio proyecto comunicacional. Tal el caso de la comunicación de los gobiernos, a la que nos referiremos muy brevemente aquí, ya que merece una atención especial, quizás otro libro.

La comunicación de los gobiernos ha sido objeto de análisis en diversos textos, escritos en general, por profesionales que se desempeñan en áreas vinculadas a la comunicación político-institucional o que se dedican al marketing político. Básicamente, esos textos son el producto

de la experiencia en determinadas campañas políticas o publicitarias y su razón de ser es orientar a líderes y comunicadores sobre estrategias de comunicación.

Con esas características, en el país, pueden mencionarse dos libros que han sido material de consulta antes de la elaboración de este proyecto. Uno es *Estrategias de comunicación para Gobiernos*, de Roberto Izurieta y otros; y el otro, *Comunicación Gubernamental*, de Andrés De Masi (compilador).

Precisamente, en el segundo de los libros mencionados, en el capítulo I, denominado *La Comunicación gubernamental en perspectiva histórica*, De Masi sostiene que la comunicación gubernamental “se inventó” para evitar “confusiones” en el mensaje de los organismos de gobierno. Aunque tal consideración es discutible, la idea de difundir las políticas públicas surge justamente de las necesidades del poder público de poner en conocimiento sus acciones.

En efecto, pueden adjudicarse a los romanos o, mejor, a la necesidad de comunicar los actos de gobierno del poder romano los primeros rudimentos de la comunicación gubernamental. Julio César fue el creador del primer periódico gubernamental, el *Acta Diurna Populi Romani*.

Acerca de ese episodio Suetonio escribe que “lo primero que ordenó (Julio César), al posicionarse en su dignidad, fue que se llevara un diario de todos los actos populares y del Senado y que se publicase”.

El historiador Indro Montanelli se refiere a la edición del *Acta Diurna* como “de enorme alcance porque sancionó el más democrático de todos los derechos”. En obvia alusión a la difusión pública de los actos de gobierno.

En Argentina, la publicación de los actos de gobierno en soporte de gacetas, boletines y revistas primero y en formatos más sofisticados, después, es profusa y simbólica. Basten por ahora dos ejemplos de esa vocación: *La Gaceta del Gobierno*, fundada por el Virrey Cisneros en 1809 y *la Gaceta de Buenos Aires*, editada por Mariano Moreno en 1810.

La idea de *Gaceta*, por sí misma, remite a la tradición española de referirse así a órganos de publicidad oficial. Con ese propósito, la Primera Junta de Gobierno, en su Orden del 2 de julio de 1810, exponía que “una exacta noticia de los procedimientos de la Junta; una continuada comunicación pública de las medidas que acuerde para consolidar la grande obra que se ha principiado; una sincera y franca manifestación de los estorbos que se oponen al fin de su instalación y de los medios que adopta para allanarlos, son un deber en el gobierno provisorio que ejerce...”. En 1812, *la Gaceta* se transformó en *Gaceta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires*.

En otra parte de su capítulo sobre la comunicación gubernamental, Andrés De Masi destaca que “con el tiempo, y el afianzamiento de las instituciones republicanas, se acentuó la diferenciación entre los órganos de información oficial, y otras publicaciones extraoficiales de contenido político o tendencia partidaria”.

Y agrega: “Pero si la afirmación anterior equivale a aceptar la distinción entre ‘publicidad gubernamental’ y ‘propaganda de gobierno’ (o del partido que gobierna), no es menos cierto que en ambos casos se trata de actos de ‘comunicación gubernamental’, aunque sus móviles sean disímiles. En el léxico contable de la administración pública argentina no parece advertirse esta diferenciación teleológica de ambos conceptos al mantenerse la expresión ‘propaganda y publicidad’ para dar título a la Partida 3.6 del Presupuesto Nacional”. El programa 19 de ese presupuesto adopta el nombre de “Prensa y Difusión de los Actos de Gobierno”.

El conocimiento como totalidad

Aún las bibliotecas domésticas más desprovistas son, en general, un desmadre de títulos. ¡Cuánto tiempo ahorra aquel que organiza su biblioteca a partir de algún parámetro que por lo menos tenga una lógica para el bibliotecario doméstico! Pero en general no se procede así. Los libros se amontonan en los estantes sin ton ni son. De eso pueden dar fe los que se interesan por las ciencias sociales, pero podemos estar seguros que también les debe ocurrir a los cultores de otras ciencias.

Parece oportuno tomar ese ejemplo de la biblioteca desordenada para tratar de husmear en los saberes que hemos obtenido de teorías ajenas que están volcadas en libros y que ya forman parte de nuestro propio saber, aunque a veces esté ese saber escondido en la memoria y aparece solo imperfectamente cuando lo necesitamos.

Los comunicadores leen y se instruyen sobre Comunicación y así conocen diversas teorías. Incluso aquellas teorías que ya han sido superadas por otras que se adaptan mejor al saber contemporáneo, es decir, a los tiempos que corren. En efecto, estamos acostumbrados a hablar del conocimiento procedente o sucedáneo de ciertos autores o de temáticas específicas.

Como señaláramos anteriormente, si buscamos la palabra Comunicación en los libros de Comunicación vamos a obtener una definición y palabras también que significan esa definición. Pero la palabra Comunicación no es una exclusividad de la disciplina Comunicación, ni apropiación del campo que la contiene.

Uno de los axiomas más conocidos sobre la Comunicación no figura en un libro de esa asignatura, sino en un texto de psicología, cuyo autor es Paul Watzlawick.

Encontramos en una reseña digital¹ sobre él, que Paul Watzlawick es una de las figuras clave de la psicología del siglo XX.

¹ Disponible en: <http://www.herdereditorial.com/obras/5511/no-es-posible-no-comunicar/>

De origen austriaco, se asentó en 1960 en Palo Alto, California, donde a través de sus investigaciones en el Mental Research Institute desarrolló la teoría de la Comunicación que lo hizo reconocido.

Para explicarla, estableció cinco axiomas, entre los que incluyó el que da título a un libro: *No es posible no comunicar*. Se trata de una recopilación de textos, extraídos de sus obras principales, en los que el autor abordó la Comunicación, aunque ese abordaje no convierta a la obra en un texto de Comunicación propiamente dicho.

¿Por qué decimos que el de Watzlawick no es un texto de Comunicación, pese a que ese parece ser su asunto? En principio porque ese no es su campo, según entendemos a Bourdieu.

En la sociología de Pierre Bourdieu, un campo es un espacio social de acción y de influencia en el que confluyen relaciones sociales determinadas. Estas relaciones quedan definidas por la posesión o producción de una forma específica de capital, propia del campo en cuestión. Cada campo es –en mayor o menor medida– autónomo; la posición dominante o dominada de los participantes en el interior del campo depende en algún grado de las reglas específicas del mismo.

El conjunto estructurado de los campos, que incluye sus influencias recíprocas y las relaciones de dominación entre ellos, define la estructura social.

Así, un campo es un sector determinado de la actividad social. En cada uno de estos sectores, los individuos participantes desarrollan actividades, en las que ponen en juego los recursos de los que disponen -sus habilidades para hacer, entender o apreciar una determinada materia-, en búsqueda de obtener los bienes que solo este campo específico puede proveer

Watzlawick, con su estudio, ingresa al campo de la Comunicación, pero lo hace de manera tangencial; no es un interesado en profundizar la imposibilidad de la no comunicación, sino en conocer los intercambios sociales. Por eso, innegablemente, plantea a la Comunicación como una interacción, pero la Comunicación es mucho más compleja que eso.

Su libro es un aporte al estudio de la Comunicación, pero no pertenece al estante de la biblioteca en el que deberían ubicarse los libros de Comunicación, sino que iría, por decirlo con sencillez, en el anaquel de los de Psicología.

¿Qué pretendemos decir con esto? Que Watzlawick posee un saber, pero no un conocimiento. Y eso es lo que nos entrega. Esto significa que la Comunicación, como cualquier otro asunto que sea materia de las ciencias sociales puede ser abordada desde diferentes disciplinas y es

muy oportuno y necesario que esto ocurra, pero lo que obtenemos en cada estación de estudio es un saber y no un conocimiento pleno.

Un conocimiento es una totalidad, es un absoluto. Un conocimiento es una verdad y como tal, imposible. Pero así como Watzlawick se interna en la Comunicación y nos entrega un saber desde la perspectiva de la Psicología, es siempre interesante bucear en esas perspectivas que desde diferentes campos buscan respuestas a las complejidades de las manifestaciones y los fenómenos sociales, aún desde la filosofía.

Dijo Sócrates a sus discípulos: “Soy el hombre más sabio”. Y entonces uno de ellos le preguntó: “Cómo lo sabe” y el filósofo contestó: “Es que sé que no se nada”.

... Y si lo supiera todo ¿qué sería?

No sería un hombre.

Tal vez ese diálogo, consagrado por la mensajería de Platón, no sea otra cosa que parte de los Mitos platónicos. Sin embargo nos habla de dos asuntos superiores a la intelectualidad: del conocimiento y de la verdad, por un lado, y por otro, de la imposibilidad de la totalidad.

La totalidad, por definición se opone a la idea de infinitud. Algo que es total, es total porque tiene límites; la totalidad es totalidad en tanto podamos reconocerla como tal. La infinitud, como la eternidad, es una abstracción que vemos transcurrir pero no tiene principio ni fin, por lo tanto no es total. Es un tema interesante para la discusión.

La verdad que conocemos como realidad, siempre subjetiva y por lo tanto mutable, es el resultado de la Comunicación, no del conocimiento.

De tal forma, es de preferencia para entender la comunicación no hablar de conocimiento, sino de saber y no de dar a conocer, sino de informar.

Informar y hacer saber

Según la lingüística, la diferencia entre información y conocimiento reside en la definición de cada concepto.

Informar es la actividad mediante la cual se transmite el conocimiento.

Conocer es el resultado de haber sido informado.

Dado que nosotros negamos el conocimiento desde la Filosofía y como razón intelectual, vamos a utilizar su reemplazo por el concepto de saber, adaptado de la Pedagogía Crítica.

Paulo Freire¹ fue uno de los fundadores de esta idea y uno de los educadores críticos más reconocidos. Según sus escritos, Freire defiende la capacidad de los estudiantes a pensar críticamente acerca de su situación educativa; esta forma de pensar que les permite “reconocer las conexiones entre sus problemas individuales, las experiencias y el contexto social en el que están inmersos”.

Al volver al concepto de saber rescatamos su calidad de “estado”. En tanto la información es un “acto”; el saber es un “estado”.

De la conjunción de estas ideas y de la combinación con lo que sugiere la pedagogía crítica, definimos al saber como el estado de información acerca de una cuestión, problema, disciplina o ciencia, que puede tomarse como una representación de la realidad objetiva. Así, saber sobre un determinado tema implica estar en posesión de una representación de la realidad que debería ser útil para la toma de decisiones en esta.

1 Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=44026207>

CAPÍTULO 

La estabilidad de las instituciones

Hemos establecido que una de las características de la representación que llamamos Institución es su estabilidad. ¿Qué pretendemos decir con ello?

En principio, que una Institución para ser considerada como tal y para que logre esa aceptación en el concepto social, debe sostenerse en el tiempo y, asimismo, en el espacio social, en el escenario social.

Resulta difícil pensar en una Institución efímera o poco duradera en el tiempo, en tanto ella está sujeta a una convención que la mantiene más o menos estable en la huella del inconsciente colectivo. Y, también, en el reconocimiento de los actores que convienen y conviven su autoridad y así la reconocen.

Sin embargo, esa estabilidad, aunque no es frágil –la Historia así lo demuestra–, es, primero, mutable, sensible a cambios pequeños, casi imperceptibles, que la alteran. Y, luego, propensa a verse modificada por cambios en las estructuras sociales que le requieren nuevos desafíos. Las sociedades cambian y con ellas las instituciones, pero no siempre al mismo ritmo.

Vamos a pensar ahora en la tarea de un comunicador institucional, es decir en la función activa de la comunicación institucional, en su campo de acción y en su forma de acción.

Lo que inmediatamente debemos observar es un reconocimiento, sino pleno, acabado y concreto de la institución en la que vamos a trabajar o con la que vamos a trabajar.

Esta diferencia entre “en la que vamos a trabajar” y “con la que vamos a trabajar” no es menor y está relacionada con la manera en que vamos a abordar nuestra tarea, es decir con nuestro propósito, que innegablemente puede –y debería serlo siempre– altruista.

No obstante, sería necio negar que el objetivo de comunicar esté solo relacionado con las implicancias del campo laboral y que por ello quedara sujeto a las exigencias de las autoridades de una determinada

Institución, ya sea esta gubernamental, en cualquiera de sus estamentos, o privada.

Podemos definir dos tipos claros de instituciones: una es la abstracta y otra es la formal. En esa categoría, muy interesante, por cierto y no desprovista de subjetividad, podríamos incluir a las normas de conducta social y a las costumbres, e incluso a ciertas personas que han obtenido en su campo un reconocimiento mayor a la media.

En este último caso, es usual escuchar que se habla de alguien como una Institución y entonces su palabra sobre un determinado área de discusión o como ejemplo en ese espacio obtiene una jerarquía definida.

El otro tipo de Institución que nos interesa es la institución formal; aquella que consideramos dentro de los parámetros formales de convivencia. Se trata de instituciones (sociales, políticas, culturales, deportivas, entre muchas otras) que se delimitan con cortes normativos perfectamente claros y suponen un propósito ulterior de beneficio social.

Veamos un ejemplo y aprovechemos el caso para descubrir cómo, en algunas circunstancias, las concepciones sobre un sujeto-institución y un objeto-institución tienden a hibridarse.


Un caso de estos –y por supuesto ni por lejos el único– es el de la institución Escuela.

La Escuela, con mayúsculas, es claramente una institución educativa. Y está planificada para que funcione con esos fines de servicio a la comunidad y está sujeta a derecho en tanto la Educación de nivel primario es obligatoria en Argentina. Con ello, parece que decimos todo lo que hay que decir sobre la escuela, pero ella es también una institución abstracta: en principio, la concurrencia o no concurrencia a la escuela significa bastante más que cumplir con una norma constitucional; implica también ser parte o no del universo social de convivencia e integración social.

El conocido antagonismo de “civilización y barbarie¹”, anterior a Sarmiento, situado en las raíces de la conformación del ser sudamericano tras la colonización española, persiste en diferentes formas hasta nuestros días. Y, es justo mencionarlo, está íntimamente vinculado con los niveles de acceso a la Escuela (sistema educativo), al recorrido escolar y al producto y egreso de ese recorrido.

En síntesis, la Escuela es una institución formal y, a la vez, es una institución tradicional, propia de la cultura y emergente de esta, una conducta social muy compleja en su composición simbólica y, por ende, de acuerdo mayoritario, casi unánime socialmente.

1 *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* es un libro escrito en 1845 por el educador, periodista, escritor y político argentino, Domingo Faustino Sarmiento, durante su segundo exilio en Chile.

CAPÍTULO 

El pasado como sustento

El sustento, el tronco que mantiene estable a las instituciones, es el pasado. No la memoria ni la Historia, sino la forma en que se recuerda a la institución simbólicamente. Eso es el pasado: las huellas inconscientes que caminan sobre el recuerdo colectivo. En él radican las verificaciones de su funcionalidad positiva y también las mitologías que la justifican.

Es frecuente escuchar la idea de que “todo tiempo pasado fue mejor”, una frase que funciona como una cuerda a la que se aferran las sociedades occidentales como un náufrago para mantenerse arriba de su frágil balsa de troncos.

En efecto, las instituciones se mecen igual que los árboles ante la fuerza del viento que producen los cambios de paradigmas sociales. Cuanto más profunda sea su raíz, más hondo habrá que cavar para derribar la convención.

Y como en la cinta de Möebius¹, la institución que es derribada es continuada por otra que anula total o parcialmente a la anterior, pero que sea como fuere, para ser otra, requiere de otra convención y, por supuesto, de una nueva denominación que la dote de entidad e identidad.

Tengamos en cuenta el caso de la Familia, una institución abstracta y también formal (pensemos en los derechos hereditarios de familia para hablar de su cariz formal y jurídico).

En el orden de lo abstracto, la familia está conformada primariamente por los padres y los hijos y se extiende, precisamente, a los familiares. Este no es un concepto antropológico, es meramente un ejemplo mundano, pero ilustrativo. Sin embargo, hay una ciencia que hace tiempo ha advertido la fragilidad de la palabra como significante universal y prefiere una relativización de ella: la Antropología.

“(...) Es casi un vicio de la antropología relativizar cualquier afirmación de las otras ciencias sociales y cuando por ejemplo, la economía

1 La cinta de Möebius es una superficie con una sola cara y un solo borde, que tiene la propiedad matemática de ser un objeto no orientable. No tiene fin. August Möebius (1790 - 1868) fue un famoso matemático y astrónomo alemán que dio nombre a esta figura geométrica interminable.

lanza afirmaciones acerca del consumo familiar, la antropología pregunta inmediatamente: ‘¿pero de qué familia?...’²

Desde el matrimonio de los padres se despliega, como de la dama y el rey en el tablero de ajedrez, una serie de vínculos que están articulados por la sangre o por un instrumento legal, que es la adopción. Pero en este caso, ese tema no interesa.

Alguien viaja en automóvil y pasa por una plaza un domingo soleado y puede observar a las familias. O cree observar a las familias. Un hombre y una mujer y uno, dos o tres chicos o más constituyen para nuestra conciencia latente eso: una familia. Y aquí nos interpela la ciencia ¿Pero qué familia?

En la universalización de esa palabra, a esa familia le encastramos ahora todas las características institucionales de la familia: podemos descender del auto con tranquilidad, una familia es siempre inofensiva. O casi siempre: hay consorcios de departamentos que opinan lo contrario. El caso del Clan Puccio, que no perderá vigencia en la memoria argentina, puede aparecer como un ejemplo extremo aquí³, pero sumamente claro.

Ahí está la familia tradicional con todos sus condimentos, está en evidencia lo que alguna vez se llamó “el núcleo esencial de una sociedad”. Y aparece –esto es significativo– como una institución estable.

No obstante, los vientos empiezan a hacer temblar el árbol de esa genealogía; en realidad ya han comenzado a mecerse hace un tiempo.

A esa institución, la familia, solo la mantiene estable el pasado, pero va rumbo al derrumbe. Y perdonen la cacofonía.

2 Guber, Rosana. (2004) *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el campo*. Buenos Aires: Paidós.

3 Reseña del libro *El Clan Puccio. Historia definitiva* (2015), de Rodolfo Palacios. Buenos Aires: Planeta. A continuación:

“Cuando supo que le quedaba poco por vivir, Arquímedes Puccio, amante de las frases célebres y las citas literarias, recurrió a Almafuerte. En una de sus últimas cartas escribió: “Todos los incurables tienen cura cinco segundos antes de su muerte”. Luego, de viejo, murió acompañado por un pastor evangelista, en la provincia de La Pampa. Allí lo había entrevistado, un tiempo atrás, el periodista y escritor Rodolfo Palacios, a quien le contó asuntos que nunca antes había revelado. El clan Puccio relata la historia de una familia de San Isidro que conmovió a la Argentina durante los años 80 con una serie de secuestros extorsivos y asesinatos. ¿El perfil de las víctimas? Hombres sanos, fuertes, jóvenes, luminosos, llenos de vida. ¿El lugar de cautiverio? El sótano de la casa de la familia Puccio, en la coqueta zona norte. ¿Los integrantes de la banda? Arquímedes y un grupo de conocidos y amigos cercanos. Además, sus hijos Daniel y Alejandro –jugador de rugby de CASI y también de Los Pumas– fueron encontrados culpables. Su esposa Epifanía fue acusada aunque no pudieron probar su participación. Su hija Silvia, sospechada de tener algún grado de complicidad, no llegó a ser procesada. Guillermo y Adriana, los hijos menores, fueron los únicos sobre los que no recayó ningún tipo de acusación penal. Las entrevistas a los miembros del clan, los testimonios novedosos de los familiares de las víctimas, una profunda investigación y una escritura notable son los ingredientes más poderosos de un gran libro sobre un caso electrizante”. Publicado en <http://www.cuspide.com/9789504945550/El+Clan+Puccio/>

Es que sus raíces han sido vencidas o están siéndolo. No hay ningún juicio valorativo sobre ello, simplemente decimos que sucede.

La familia “tradicional” ha sido desplazada parcialmente o, para decirlo mejor, convive con otra nueva institución: la familia “no tradicional”, la que según sus características tiene diferentes denominaciones: familia de padres separados, familia de madre soltera o la familia monoparental. Se llame como se llame, lo cierto es que estos nuevos tipos de familia son aceptados, ya tienen el acuerdo social y, por lo tanto, están institucionalizadas. Las familias conformadas por padres del mismo sexo ahora también tienen formalizada su situación jurídico-legal.

Según la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la familia “es el elemento natural, universal y fundamental de la sociedad, tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado”.

“La familia –sigue el documento– es la célula básica en la cual los seres humanos adquieren los primeros rasgos para el desarrollo del carácter y de la identidad personal, así como los hábitos y los valores que determinarán, en un inicio, su pensamiento y su desarrollo social”.

Y aquí un dato: “(...) De esta manera, se le considera como una institución de gran relevancia para la sociedad y su perpetuidad, al ser señalada por varios autores como el primer contacto del hombre con la sociedad”. Eso es lo que se opina en documento de Wikipedia (<http://es.wikipedia.org/wiki/Familia>) que, por lo que sabemos no ha sido objetado.

Acaso no pasen muchos años hasta que la familia “no tradicional” supere en número a la “tradicional”. De hecho, numerosos problemas sociales de difícil resolución estallan en Occidente, sobre todo en Europa, debido a las decrecientes tasas de natalidad. Si las ciencias sociales observaran este acontecimiento con mayor detalle y si sus cultores pudieran desprenderse del prejuicio cultural que les significa entender que la familia tal como la conocíamos está desapareciendo, las respuestas a las derivaciones del fenómeno seguramente serían más rápidas y eficaces.

En el siglo XXI esta institución-objeto intenta comunicarse con los estados, pero lo está haciendo demasiado lentamente. Sin embargo, su surgimiento, como institución de alternancia, está garantizado.

CAPÍTULO 

Volver a la escuela

Señalábamos a la Escuela como una de las instituciones más reconocidas. En este ámbito particular que es la Universidad, todos hemos atravesado la experiencia de la Escuela.

Para ejemplificar sobre la comunicación institucional, por eso, elegimos a la Escuela como objeto de estudio y de análisis, en la medida en que ella nos proporciona un saber común. Cuando hablemos de la Escuela como institución, más allá de las experiencias y recuerdos personales, todos sabremos de qué estamos hablando.

Es que resulta muy importante para cualquier trabajo de comunicación institucional conocer lo mejor que se pueda a la institución, tal como lo dijimos en párrafos anteriores.

Los publicistas y los trabajadores del marketing ni bien son contratados solicitan información para elaborar mensajes según lo que les es requerido, pero en consideración indispensable de las características de la institución a la que van a asesorar comunicacionalmente.

Aplican una determinada receta, basada, una buena cantidad de veces, en experiencias anteriores y saben aprovechar las ventajas de la institución para incrementarla a favor de una consideración positiva de la opinión pública.

Su trabajo está enfocado a mejorar la opinión que la sociedad tiene acerca de una determinada institución. Esa tarea se realiza a requerimiento de la institución y siempre se trata de instituciones formales. A primera vista, no aparecen muchos publicistas o especialistas en marketing preocupados por identificar solidariamente los problemas de comunicación de una escuela rural, que se encuentra funcionando en un paraje alejado y con unas pocas ayudas podría mejorar su calidad educativa.

No se trata de culpar a las empresas de publicidad por ocuparse de tareas rentadas. Ese es su trabajo y por él reciben una recompensa. Y es cuanto menos curioso que la reciban aun cuando la estrategia comunicacional haya fracasado rotundamente.

Pero nosotros ocupamos un lugar en la Universidad pública –otra institución con complejas y particulares características, dicho sea de paso– y es propio de estos ámbitos –muy afortunadamente– que existan entre los alumnos, los docentes y los trabajadores propósitos que no estén ligados exclusivamente a la remuneración y que circulen por la vía de la solidaridad. Porque mejorar la comunicación de una institución, como la Escuela, por ejemplo, puede significar –y no es una exageración– salvaguardar el futuro de cientos de chicas y chicos.

Puede, es cierto, sonar utópico este planteo. Nos permitiremos una digresión más, pero resulta muy oportuna. Las instituciones más desfavorecidas por factores sociales, económicos o culturales son, precisamente, las que requieren una mejor comunicación. Esa será una herramienta fundamental para modificar su situación que, suponemos, desventajosa.

Como una paradoja, la institución que más atención comunicativa necesita hacia dentro y hacia fuera de su propio espacio es la que cuenta con menos recursos para hacerlo. A veces se trata de escasos recursos culturales y casi siempre de la falta de disponibilidad económica, de la más elemental.

Es singularmente allí donde tiene que aparecer nuestro saber específico para “crear” (la palabra correcta sería planificar, pero quisiéramos darle un pequeño lugar a la intuición como sistema creador) estrategias y proyectos, a corto, mediano y largo plazo que brinden soluciones a las problemáticas emergentes en la institución. Y también a otras que acaso no sean tan evidentes.

Cuando el mensaje es claro y cuando el enunciador está plenamente convencido de lo que quiere decir es difícil que no se encuentre la mejor manera de hacerlo. Más allá de las creencias religiosas, hay en la proliferación de la palabra cristiana por siglos y siglos un ejemplo de ello. Un hombre, que los católicos llaman Jesús o Cristo encomendó a sus 12 apóstoles la difusión de la doctrina cristiana. En aquel momento, no había medios de comunicación masivos ni redes sociales y, sin embargo, el cometido se cumplió. Y vaya si se cumplió. El Cristianismo cubrió con su palabra todo el Occidente, dominó culturas, impregnó con su moral a todas las sociedades. Vaya si se cumplió, entonces.

Pensemos que la Biblia¹ de Gutenberg es el primer gran libro impreso en Europa occidental a partir de tipos móviles de metal. Es una obra que funciona como el punto de inflexión en el arte de hacer libros y en la transición de la Edad Media al mundo moderno.

1 La Biblia fue terminada en Mainz, Alemania, probablemente a fines de 1455.

A propósito de ello, Jorge Luis Borges opina que la Biblia pertenece al género de la literatura fantástica. Bueno, es su opinión. A nuestros fines, lo que pretendimos argumentar es que los 12 apóstoles fueron muy eficaces comunicadores con pocos instrumentos.

CAPÍTULO 

Volver a la escuela II

Una madrugada estábamos pescando con mi hijo en una playa del Faro de Mar del Plata. Había empezado a lloviznar, así que nos proponíamos a abandonar el lugar y empezamos a desmontar las cañas. En esos momentos, llegaron a la playa una media docena de surfistas provistos de esos trajes contra el frío y con sus tablas bajo el brazo. La verdad es que el amanecer era fresco y no parecía un desatino pensar que meterse en el agua que suponíamos helada -así lo revelaba el color rojizo de nuestras manos mientras encarnábamos- consistía en un acto de mayúscula valentía.

Los surfistas se apostaron a unos metros de nosotros. Y nosotros nos acercamos a ellos para curiosearles las tablas que lucían como objetos extraños a nuestros ojos, de esos objetos que solo se ven en las vidrieras, en la televisión o en las fotografías de las revistas, siempre lejos de los hombres de carne y hueso.

Bueno, el asunto es que nos pusimos a charlar y ellos nos contaron que por la madrugada las olas son más fuertes y altas y que más allá de la temperatura del agua, que sofocaban gracias a sus trajes especiales, si querían practicar surf había que hacer el sacrificio. Lo del sacrificio lo dijeron graciosamente.

Nos contaron que en Mar del Plata los surfistas se sacan las ganas, pero que la verdadera actividad está en las costas del Pacífico. Y también nos adelantaron su idea de ir a Pucón, en Chile, para probar las olas de esa parte del sur trasandino.

-Claro -les dije, ignorante- con esas tablas pueden ir también a las playas de Australia u Oceanía...

-Es que no se trata de las tablas -me respondió uno- sino de las olas.

Y me explicó que los que tienen pasión por el surf pasan horas, días, meses y años, mirando las olas; midiendo sus alturas y su fuerza, qué dirección llevan y cómo cambian súbitamente con el viento.

Pero la cuestión central es esta: el muchacho me dijo que el fundamento del surf está en aprender a entender las olas. Y me aclaró que

cualquiera puede subirse a una tabla ubicada al ras del suelo y sostenerse con equilibrio. Y “es más -sentenció, hay quienes creen que hacen surf porque logran mantenerse de pie ante las olas o hacen piruetas, pero eso no es surf, es acrobacia. El surf es un asunto de olas. Ese es el fundamento del surf: pensar y entender a las olas”.

Más allá del romanticismo con que estos muchachos planteaban su surf. Creo que allí hay una enseñanza que la Educación en todos sus niveles debería considerar y esto es el fundamento de lo que se enseña.

Pensé en Papillon¹ y en su escape de la Isla del Diablo, la más pequeña de las tres islas de la Salvación. Allí lo habían alojado las autoridades coloniales para evitar que escapara de su condena, tal como lo había intentado y logrado en otras ocasiones. Pensaron que de aquella isla rodeada por fuertes corrientes le sería imposible de escapar.

Durante su permanencia en la Isla del Diablo, él decide que todos sus intentos de fuga fueron muy complicados. Su nuevo y simple plan sería arrojar al mar desde los riscos usando una bolsa con cocos como balsa, según cuenta él en su biografía, que luego interpreta Steve McQueen en un film de 1973 que, precisamente, se llama Papillon.

En los preparativos del escape, Papillon observa que las olas repiten una particular sucesión. Cada séptima ola parece más grande y fuerte que las otras y que la séptima sería lo suficiente para empujarlo muy lejos de la isla a alta mar. Después de muchos experimentos con sacos de su peso en cocos, él nombró a la séptima ola Lissette, por el nombre de una niña por la que había arriesgado su vida para salvarla de ahogarse en el mar.

Finalmente, desde un risco, Papillon se arroja a las olas y logra escapar.

El fundamento de su escape es “entender a las olas”. Luego de contemplarlas y analizarlas hasta en el mínimo detalle, recién ahí, comprende su posibilidad.

Por eso insistimos en la idea de analizar cada uno de los pasos que vamos dando en dirección de consolidar un concepto concreto sobre la Institución, o acerca de lo que nosotros entendemos por Institución.

“(…) Las denominaciones (las palabras) no son inocentes: los términos que se emplean para designar meros escenarios, ámbitos y actores sociales implican una serie de supuestos teórico-explicativos que

1 Henri Charrière, conocido como Papillon, acusado por un crimen que, según él, no había cometido, fue sentenciado a trabajos forzados a perpetuidad en las colonias francesas. En su libro, Papillon cuenta las memorias de su encarcelación en la colonia penal, sus aventuras tratando de evadirse, sus intentos fallidos, sus amistades y finalmente su libertad.

es conveniente conocer y explicitar, a riesgo de quedar encerrado en explicaciones involuntarias que repliquen el sentido común imperante²”.

2 Guber, Rosana. *El salvaje metropolitano*. Op. cit.

CAPÍTULO **XIII**

Volver a la escuela III

Vamos a transitar ahora un camino de práctica que nos permita evaluar y poner en juego lo que hemos venido diciendo hasta aquí. En definitiva, vamos a trabajar en lo conceptual de la palabra Escuela, desde la suma de la cultura y de la experiencia personal, para ver si arribamos, no a una conclusión acerca de su significado, sino a un consenso. Consenso que, aunque diverso, no podemos predecir sin situarnos en los supuestos ocultos de nuestras huellas inconscientes.

Para desarrollar esta ejercitación, vamos a elegir la institución-objeto Escuela. Se trata de un ejemplo. Podríamos buscar otros. Precisamente, la idea es que este caso pueda luego replicarse en otros que aparecerá para desafiar nuestros prejuicios y el valor de las palabras, como significado. Así, en cuanto sabemos que será imposible llegar a la palabra primera, -acaso podemos arribar a un acercamiento etimológico, pero esa aproximación a nuestros fines será insuficiente-, podemos intentar entender cómo la palabra Escuela replica desde nuestra cultura y experiencia personal, para resonar de manera singular en cada uno.

Y será precisamente desde allí donde partiremos. Para auxiliarnos en esta tarea y clarificar cuál y cómo será nuestro trabajo, tomaremos una experiencia periodística-literaria que plantea Beatriz Sarlo, en *La Máquina Cultural, maestras traductores y vanguardistas*¹. Se trata del capítulo I de esa obra, denominado “Cabezas rapadas y cintas argentinas”².

1 Sarlo, Beatriz. (1998) “Cabezas rapadas y cintas argentinas”, en *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires: Ariel.

2 “Cabezas rapadas y cintas argentinas” describe un episodio escolar en el que Rosa del Río, una directora de una escuela primaria de la ciudad de Buenos Aires, en el año 1921, decidió cortar el pelo a gran cantidad de sus alumnos para evitar la propagación de piojos en la escuela. Es así que se cruza la calle en busca de un peluquero con quien regresó a la escuela y en el mismo patio durante el segundo recreo le afeitó la cabeza a los niños, concretando un acto de higienización colectiva que ella misma definía así: “nunca más tuve que llevar a don Miguel al patio. Los rapaditos les enseñaron a los demás que era más cómodo y más despejado tener el pelo cortísimo. (...) Pero ni esas madres ni esos chicos sabían nada de higiene y la escuela era el único lugar donde podían aprender algo. Un patio lleno de mechones rubios y morochos es una lección práctica.” Esta obra de Beatriz Sarlo logra de manera elogiada ilustrar una escena cotidiana de principios de siglo XX, que nos permite espiar o ser testigos de algo así como un resorte de la maquinaria

Allí la historia se inicia con un relato en primera persona de una directora de Escuela, ubicado en los comienzos de la década de 1920. ¿En qué radica su particularidad para su uso en esta tarea? En que allí veremos con claridad cómo la cultura de la época y, es más, la herencia cultural de su familia y su propia experiencia en la escuela, como alumna primero, luego como docente y finalmente como directora de un establecimiento escolar. Su discurso está atravesado por huellas inconscientes que la propia Sarlo pondrá en evidencia a modo de una arqueología de la Escuela en aquellos años, pero también de los significados que cada signo, símbolo, concepto va arrojar, como un pensamiento traducido en palabra, para otorgarle valor y construir la huella inconsciente del enunciador.

La ejercitación deberá responder a activar la memoria espontánea en:

Todos los aspectos que conforman la experiencia del paso por la Escuela. También de aquellos que, en principio, pudieran parecer poco importantes para la narración.

Descripción de espacios y valoración de los mismos.

Relación del grupo familiar con la Escuela.

Coherencia interna del relato.

Sentido de pertenencia.

Esos son vectores para iniciar el Ensayo, pero el narrador no debe estar ajustado a su orden; por el contrario, más rica será su exposición cuanto más libre se sienta.

La segunda parte del trabajo consistirá en la Crítica de los trabajos realizados y la formulación de una crítica que ponga al descubierto las claves que guían el relato. Todo, primera y segunda parte, estará a cargo de los estudiantes.

Al proponer como mecanismo de redacción al Ensayo, ponemos la mirada en el precursor de este género: Miguel de Montaigne. Para este cultor de las formas literarias: “Es el juicio un instrumento necesario en el examen de toda clase de asuntos, por eso yo lo ejercito en toda ocasión en estos ensayos. Si se trata de una materia que no entiendo, con

constructora de modernidad que tuvo en la escuela un dispositivo estratégico. Escenas inaugurales en la edificación de un Estado Nacional que al mismo tiempo que incluía enormes cantidades de niños en la escuela, con la promesa de un futuro mejor para sus familias, lo hacía a través de un férreo modelo de disciplinamiento autoritario que solía vulnerar identidades de origen con la imposición de una lengua, una cultura, un himno y una bandera. Para leer completo este artículo de Gabriel Brener ingresar a <http://www.eldiario24.com/nota/219473/una-maestra-jardinera-le-corta-el-pelo-a-un-alumno-por-tener-piojos-y-estar-sucio.html>. Gabriel Brener es Lic. Educación (UBA) y Especialista en Gestión y Conducción del Sistema Educativo (FLACSO). Capacitador y asesor de docentes y directivos de escuelas. Ex director de escuela secundaria. Co-autor de *Violencia escolar bajo sospecha*, 2009, Buenos Aires, Miño y Dávila.

mayor razón me sirvo de él, sondeando el vado desde lejos; y luego, si lo encuentro demasiado profundo para mi estatura, me detengo en la orilla. El convencimiento de no poder ir más allá es un signo del valor del juicio, y de los de mayor consideración”³.

En tanto, cuando hablamos de Crítica y eso es la práctica que realizarán los estudiantes con los Ensayos de sus colegas, referimos a la idea kantiana de que “si la crítica no ha errado, enseñando a tomar el objeto en dos significaciones, a saber, como fenómeno y como cosa en sí misma; si la deducción de sus conceptos del entendimiento es exacta y por tanto el principio de la causalidad se refiere solo a las cosas tomadas en el primer sentido, es decir, a objetos de la experiencia, en que estas cosas en su segunda significación le están sometidas(...)”⁴.

Finalmente, pondremos en común cada una de las tareas, a través de la lectura y el debate, con la finalidad de interpelar juntos a los textos y así verificar o no la existencia de una huella inconsciente que acecha y habla antes de poner en palabras cada acción comunicativa.

Si así fuese -medir el resultado de este trabajo estará a cargo, en este caso, de los lectores- podremos, al fin, coincidir en que antes de iniciar el trabajo de comunicación institucional, es decir nuestra actividad de comunicadores institucionales y, acaso, cualquier otra es menester saber que anidan en nuestros pensamientos huellas inconscientes que se traducirán en palabras.

Esto significará que no basta con calzarse el traje, tener un escritorio y una computadora para comunicar una institución, que no alcanzan los saberes teóricos, que la cultura y las experiencias individuales acerca del objeto que vamos a atravesar como Campo de estudio o Campo laboral ya está marcado por un surco en lo profundo de nuestros pensamientos y que de allí saldrá hecho palabra, con un valor determinado.

En definitiva, buscamos ese consenso; no el de estar de acuerdo con el significado de una palabra, sino el otro: el de acordar que una palabra es el resultado de una huella inconsciente.

3 Creador del género ensayístico según la posición tradicional de la crítica literaria. Montaigne, en efecto, fue el primero en usar el término "ensayo", en su acepción moderna, para caracterizar sus escritos, y lo hizo consciente de su arte y de la innovación que éste suponía. En el ensayo número 50 del libro primero, que tituló “De Democritus et Heráclito”, nos da una “definición” que todavía posee hoy algo más que valor histórico y es la que señalamos. Más información en: <http://www.ensayistas.org/critica/ensayo/gomez/ensayo1.htm>

4 Kant Immanuel. Crítica de la razón pura. Prólogo a la segunda.

CAPÍTULO 

Los ensayos y sus críticas

“En un primer examen –dice Foucault¹–, es posible definir las palabras por su arbitrariedad o su carácter colectivo. En su raíz primera, el lenguaje está hecho –como dijo Hobbes– de un sistema de notas que los individuos han elegido de antemano por sí mismos: por medio de marcas, pueden recordar las representaciones, ligarlas, disociarlas y trabajar con ellas. Son las notas que una convención o una violencia han impuesto a la colectividad; pero de cualquier manera, el sentido de las palabras solo pertenece a la representación de cada uno y por mucho que sea aceptado por todos, no tiene otra existencia que la que tiene en el pensamiento de los individuos tomados uno por uno: ‘Aquello, pues, de que las palabras son signos –dice Locke–, son las ideas del que habla; ni tampoco puede nadie aplicarlas como señales, de un modo inmediato a ninguna otra cosa, salvo a las ideas que él mismo tiene”.

Esta idea guía los trabajos que observaremos a continuación.

Ensayo

Primaria: catarsis educativa

Por Alejandra Funes

Escuela N° 221, Santa Rosa, La Pampa. A la escuela primaria la llamamos –y yo lo sigo haciendo–, por el número, aunque en su nombre homenajea al Teniente General Racedo. Ese señor era el rostro del cuadro amurado en el *hall* de la dirección, a la entrada del establecimiento y sancionador quienes interrumpían el orden del aula. De esa “penitencia”, custodiada por el retrato de quien representaba demasiada autoridad para tratarse de una imagen simbólica, me di cuenta unos años después de terminar la primera etapa educativa. Hoy me pregunto si continuarán utilizando el mismo castigo como condicionante. Espero

1 Foucault, Michael. Op. cit. Pág 87.

que la pedagogía sea la herramienta elegida para mejorar el interés por aprender durante la infancia y pre adolescencia.

Vale aclarar, entonces, que no hice nada para que me enviaran debajo de la fotografía de Racedo. Y ante eso, no juzgo mi comportamiento como bueno o malo, sino que de verdad me gustaba aprender y aceptaba lo planteado por el sistema educativo.

En ese sentido, como “espacio para educarse” lo comprendía mi familia, a quienes les parecía importante mi buen desempeño como alumna. Pero esa preferencia hacia los conocimientos no quitaba que, también, la escuela funcionara como el primer lugar de socialización, desde donde surgieron amistades que duraron, algunas más y otras menos tiempo, de acuerdo a los diferentes espacios que continuó recorriendo cada uno. Asimismo, más allá de las divisiones internas debido a la amistad que continuaba fuera de la escuela, éramos un grupo muy compañero entre sí.

A todo esto, me quedan sin mencionar las maestras –y ahora que recuerdo, fue uno solo el profesor, suplente, quien nos dio clases durante algunos meses, olvidé el año–.

Retomo desde que casi todas las docentes fueron totalmente comprensivas al momento de enseñar, característica que destaco para lograr un espacio de aprendizaje agradable. Bueno, ese *casi* anterior se debe a que contrapongo la actitud estructurada de una de las maestras de más edad, quien, a modo de ejemplo, el primer día nos indicó que esperásemos su ingreso al aula de pie, al lado del banco, hasta saludarla y recién ahí ella nos diría cuándo sentarnos.

De manera similar, imponiendo una autoridad indiscutible, actuaban las directivas.

Aunque esa relación de distancia se daba solo con nosotros, y eran muy amables con los adultos, por lo que se lograba un vínculo responsable entre la escuela y lxs tutorxs.

Ese paso por “la 221” fue a lo largo de seis años, donde cursábamos dos divisiones por cada turno (A y B por la mañana, C, donde transite hasta sexto grado, y D en el turno tarde). Además de las materias tradicionales, teníamos los espacios de trabajo como Dibujo, Actividades Prácticas, Música y Educación Física, donde la profesora, actriz, a veces nos daba ejercicios de teatro, lo que me llevo a tomar clases durante algunos años siguientes.

La escuela, después de hacer este breve análisis, es el lugar que complementó la educación brindada desde casa. Allí fue central el reconocimiento de valores y la forma de ofrecer los contenidos curriculares para hacer interesante cada clase. Por eso, dejando de lado la estructura del sistema educativo, que puede evolucionar y es necesario que lo haga,

creo que es significativa la forma en que se presenta el conocimiento desde la infancia, para que en el futuro cada una pueda ser responsable de las decisiones que conformarán su vida.

Crítica

¿Catarsis educativa?

Por Rocío Aylén González Pascal

Algunas ideas o frases que llamaron la atención a la hora de analizar la historia de Alejandra. La más importante, según mi parecer, es el significado que tuvo la escuela en su vida; en segundo lugar, el que le dio su familia. Como última instancia, captó mi interés la caracterización que le atribuyó a sus docentes y su valoración final sobre esta institución.

Ella ve al colegio como un complemento, primero, de la familia y, segundo, de la socialización.

Destaca que allí reconoció los valores y los contenidos curriculares, pero da a entender que ellos se aprenden primeramente en la casa. Por lo que, en ese sentido, no es extraño que mencione que sus padres veían en ese sitio el espacio para instruirse y ser buena niña, ya que apreciaban el hecho de que nunca la castigaron poniéndola debajo de la fotografía de quién llevaba el nombre del establecimiento.

También parece importante rescatar de esta parte del relato que califica, por un lado, al sistema educativo como estructurado y, por el otro, destaca su necesidad de evolucionar. Sin embargo menciona que en su primaria aceptaba lo planteado por el sistema, porque le gustaba aprender y resalta la importancia de los conocimientos, que se asimilan en esa etapa para tomar decisiones futuras.

En cuanto a las personas que participaron en su formación, crea una imagen positiva del imaginario de la “señorita” de escuela que se tiene y las caracteriza como comprensivas y agradables. Luego describe a una que parece ser la antítesis de esas docentes. Dice ser muy estructurada, justificando su accionar por ser de mayor edad en comparación al resto, calificando su forma de enseñar como muy disciplinada. Alejandra establece una comparación generacional en la forma de enseñar que se tenía antes y la que existe ahora.

Subyace una valoración tanto negativa como positiva de la escuela, pero no deja entrever cual es más importante para ella. Por un lado remarca esa necesidad de transformación, pero por el otro señala la importancia que significó en su vida y en sus decisiones. En síntesis, creo que Alejandra está esbozando en estas líneas que la escuela no es el único

lugar donde se debe aprender, sino que ese ámbito debe complementarse para lograr una enseñanza mejor.

Ensayo

Mi paso por la escuela primaria

Por Bruno Barontini

La escuela en la cual viví mi primaria es la n° 91 “Provincia de Santa Fe”, que se encuentra ubicada en Miguel Riglos, una pequeña localidad de la provincia de La Pampa. Dicha etapa comenzó en marzo de 2000, cuando tenía seis años.

La primaria significó para mí un período de aprendizaje en el que adquirí mis primeros conocimientos, como así también ampliar mi círculo social al incorporar a mi vida nuevas personas, manteniendo con algunas de ellas hasta hoy una gran amistad. Se trataba de un espacio que además servía para la interacción social, al crear nuevos vínculos sociales en momentos de esparcimiento, más allá de las horas que se destinaban para el aprendizaje académico.

Las autoridades y los diferentes profesores eran quienes daban las órdenes: transmitían seriedad y disciplina, como así también cierta fluidez y espontaneidad. Nos enseñaban las normas y los valores que regían, no solo en dicho espacio, sino asimismo en la vida que transcurría más allá de la escuela. Éramos elogiados y recompensados siempre y cuando actuáramos de buena manera, pero también surgían problemáticas debido a nuestro mal accionar. Estas últimas eran sancionadas a través de diferentes castigos mínimos, por lo que nos veíamos expuestos en la sala de dirección, frente a la directora y también bajo la campana, la cual daba aviso del comienzo y cierre de cada recreo.

La escuela era vista por mis padres como un espacio de transición de máxima importancia, al aprender en él nuestros primeros conocimientos. Mi padre trabajó muchos años a media cuadra de la escuela, por lo que era muy común para mí llegar junto a él todas las mañanas. Mi madre consideraba de suma importancia la asistencia a clases, por lo que no me permitía faltar, dejando de lado alguna situación que lo ameritaba.

Se trató de un primer alcance a lo que vendría luego en los años siguientes: una etapa de mayor compromiso y responsabilidad, para meternos de lleno en nuestra futura vida adulta, por lo que debíamos aprovechar el tiempo y la institución en su máxima expresión.

No solo contábamos con el apoyo de nuestros padres, sino también con el de los diferentes docentes que año a año conocíamos, como con el de nuestros compañeros de clase. Los docentes se caracterizaban por el

énfasis que ponían a la hora de brindarnos sus conocimientos para que podamos aplicarlos en los diferentes ámbitos que día a día atravesábamos. A la hora de recordar a mis docentes, pienso en Dora, una maestra que hasta hoy sigue cumpliendo el mismo rol: inculcar conocimientos y disciplina, a través de una personalidad carismática y humilde, mediante la cual ha ganado la adhesión de muchos compañeros, entre los cuales me incluyo.

Mis compañeros, por su parte, se encontraban en mi posición, en el sentido de disfrutar los saberes que nos transmitían, y comenzar a implementar en el transcurso escolar las nociones de compañerismo, solidaridad, que eran muy características en dicha etapa. Para cada uno de nosotros, las palabras transmitidas por un mayor a cargo eran de suma importancia y eran tomadas con el mayor de los respetos, al provenir desde ellos las diferentes indicaciones para poder finalizar nuestro tránsito por la escuela primaria.

Si debo realizar un balance de lo que la escuela primaria dejó en mí, rescato los valores que mis docentes de cada año me transmitieron, como así también cada una de sus palabras, tanto las buenas como las malas, ya que fueron claves para mi posterior desarrollo escolar. No puedo dejar de mencionar a ciertos compañeros con los cuales mantengo un vínculo hermoso hasta hoy.

Debí cumplir mis primeras responsabilidades en relación a lo dictado los profesores día a día. Aprendí que el esfuerzo y la dedicación en tal etapa fue muy importante para comenzar con los posteriores ciclos lectivos.

En relación a los saberes adquiridos, creo que sería de gran importancia plantearse desde la docencia los modos de aprendizaje. Actualmente se encuentran disponibles muchos recursos tecnológicos (gráficos y audiovisuales) que son de gran importancia para el aprendizaje escolar. Se trata de métodos más dinámicos e interactivos que generarían un mayor interés en cada una de las personas que se encuentran en el período lectivo primario.

Crítica

La interacción social en la escuela

Por Hernán Dominici

En el primer párrafo de su ensayo, Bruno realiza una descripción sobre la ubicación y el año en que comenzó a ir a la institución. La primera valoración que realiza sobre la escuela primaria es positiva. Destaca que adquirió no solo sus primeros conocimientos sino que pudo hacer

amistades dentro de la escuela. Además, remarca que esa circunstancia le permitió la interacción social.

Sobre las autoridades y docentes, Bruno evaluó de forma tajante su seriedad y su disciplina. Y a su vez, marcó en los momentos que se premiaba a los alumnos por sus buenas actitudes y el castigo ante un comportamiento indebido.

La apreciación que realiza con relación a sus padres sobre el establecimiento es el antes y el después de una etapa. Este antes y después marco mayor compromiso y responsabilidad para encarar la adultez.

Durante el relato de cómo transito la escuela primaria, va a destacar la figura de “Dora”. A su entender una persona destacada no solo en la institución, sino reconocida por sus logros en el resto de la pequeña localidad.

Tanto para sus compañeros como para él, la transmisión de valores por parte de los mayores era tomada como algo muy importante.

Para concluir, va a acentuar la necesidad de aplicar los distintos dispositivos tecnológicos. Estos, en su buena aplicación, ayudarían a dar una mejor educación y de mayor calidad. Según su visión, el uso de estos dispositivos incrementaría el interés de los alumnos que están transitando este periodo.

Ensayo

Formación primaria individual Por Cecilia Fleckenstein

Empecé la primaria en el año 1995 en la escuela n° 78, “Martín Guerrico”, del barrio Río Atuel, donde completé los seis años de la educación primaria. Cada mañana mi madre nos despertaba a las siete a mí y a mi hermano, 2 años mayor que yo, nos bañaba, cambiaba y preparaba el desayuno, para luego caminar las 4 cuadras de tierra hasta la escuela.

Su funcionamiento consistía en que cada grado se dividía en dos aulas con alumnos mixtos. El espacio físico se dividía en sectores: los grados 1° a 3° tenían sus aulas en el ingreso a lo largo de un pasillo y contaban con un patio propio. Las aulas de los grados desde 4° a 6° se distribuían alrededor de un gran salón interno, con un escenario central donde se realizaban los actos patrios. También disponían de un patio aparte.

La escuela en mi infancia significó un ambiente en el que predominaban las risas y los juegos con mis compañeros y donde aprendí a hacer amistades y a compartir los lápices de colores o las golosinas que llevaba para el recreo.

Me llevaba muy bien con mis compañeritos y en los recreos jugábamos al elástico, a la rayuela, a la mancha, a las escondidas o a la botellita.

En casa siempre fue mamá la que se preocupaba y nos ayudaba con la tarea de la escuela, por lo que con el tiempo detecto que no aprendíamos en forma adecuada las cuestiones básicas como saber leer correctamente o realizar una multiplicación. Y fue gracias al acompañamiento y la perseverancia de ella que luego reforzamos esos saberes.

Mi madre pensaba que la enseñanza primaria dejaba mucho que desear, ya que no nos enseñaban con insistencia a restar, a dividir, a estudiar las tablas, a componer una oraciones o a leer; incluso nunca nos dieron un libro de base para las lecturas, por lo tanto nuestro aprendizaje fue muy deficiente. Pensaba que a las maestras les faltaba formación, un mayor interés y compromiso con su profesión, ya que las pocas veces que se dirigía al establecimiento casi siempre las encontraba en los pasillos charlando. Además no cantábamos el himno nacional, ni el de la bandera al comienzo de cada jornada escolar y muy pocas veces se hacían reuniones para padres.

Sin embargo, los recuerdos más importantes de la primaria que me vienen a la mente son los viajes que realizábamos tanto en la ciudad como fuera de la provincia: a partir de 3° grado empezamos a salir fuera del ámbito de la escuela. Viajamos en tren hasta Toay ida y vuelta, asistimos a la granja “La Lomita”, donde vimos a muchos animales que allí cuidaban. Comimos pan casero cocinado en horno de barro y nos regalaron a cada uno un huevo de codorniz cocido.

Como viaje de fin de 4° grado fuimos a Monte Hermoso y conocimos el mar por primera vez. También recuerdo que participé en varios actos escolares, en fechas patrias disfrazada de mazamorrera, de indiecita y de hippie en distintas ocasiones. Además participaba en bailes de gimnasia artística con coreografías que creaba la maestra de gimnasia y en presentaciones de música cantando las canciones que aprendíamos en el aula y tocando el toc-toc con la maestra de fondo en el piano.

Recuerdo a mis maestras siendo muy cariñosas y pacientes con todos sus alumnos, pero reprobando un mal comportamiento, como una mala contestación o pelea, o cuando no llevábamos la tarea hecha.

Creo que la escuela primaria me brindó las herramientas para desenvolverme individualmente en la vida cotidiana y relacionarme con otras personas, incorporando un vocabulario, integrando la escritura como forma de comunicación, aprender a realizar cálculos básicos como suma y resta, y formarme con los valores básicos que rigen la vida y la convivencia en sociedad.

Crítica

Escuela y familia van de la mano

Por Ingrid Maier

Cecilia Fleckenstein en su ensayo llamado “Formación primaria individual” nos cuenta que transitó sus primeros años de escolaridad en un colegio estatal de barrio, ubicado cerca de su casa. Su mamá todas las mañanas con dedicación alistaba a Cecilia y a su hermano mayor para que fueran a clases.

La mamá de Cecilia pensaba que las maestras no se esforzaban lo suficiente en enseñarles a los niños los conocimientos básicos y necesarios para la vida cotidiana. Ellas carecían de experiencia en su formación y también en su compromiso para con la enseñanza. De esta manera, su mamá la ayudaba a hacer los deberes como también a leer. Era una madre comprometida a brindar todas las herramientas que contribuyeran al futuro de su hija.

A pesar de la crítica de su mamá hacia las docentes, Cecilia las veía afectuosas y pacientes con ella y sus compañeros. Y cuando no llevaba la tarea hecha o había un mal comportamiento, recibían un gran reto.

En esta escuela donde asistía Cecilia pasaban cosas inusuales. No se cantaba el himno nacional como tampoco el cántico a la bandera. Generalmente, en todos los colegios se enseñaban canciones que nos identificaran y homogenizaran como argentinos: “Hijos de una misma patria”. No obstante, en los actos escolares, se veía lo tradicional mediante personajes típicos como la mazamorrera y la indiecita.

En la primaria se impartían valores como el compañerismo y la amistad. También el “compartir”, ya sea juegos o comidas entre pares. Valores que hicieran de los niños, buenos ciudadanos en el futuro.

A partir de tercer grado, Cecilia vivió nuevas aventuras fuera del aula, como viajes a otras localidades y una visita a la famosa y querida granjita de Santa Rosa. Gracias a esa escuela que organizó un viaje a Monte Hermoso, ella y sus compañeros pudieron conocer el mar, lo que le significó una gran experiencia y felicidad.

La autora del ensayo ve a la escuela primaria como un lugar que le brindó los conocimientos necesarios para formarla como ciudadana y también a nivel intelectual. Aunque vemos que mucho de esta última formación estuvo en manos de su mamá.

Ensayo

Atravesar algunos kilómetros

Por Celeste Savoia

En 1992 comencé la escuela primaria a pocas cuadras de mi casa, en el barrio de San Isidro, en Buenos Aires. El Instituto “20 de junio” emplazado en la calle 3 de febrero ya contaba con 34 años de trayectoria cuando puse un pie por primera vez ahí.

Desde el primer momento me resultó extraño su tamaño pequeño y su edificio de varios pisos asentados sobre un terreno un tanto escaso. No me sentía cómoda tampoco, con el uniforme escocés y los pesados leñadores que hacían juego.

Formaba, junto a mis compañeros, en el gimnasio-salón de actos, que también se utilizaba como “patio” para los recreos, en forma lineal y rígida mientras al unísono se entonaban los versos de “Aurora”, que nunca aprendí completamente, tal vez debido al corto tiempo que pasé en la institución. Mi familia depositaba la confianza de mi educación en sus aulas, ya que mi hermana mayor había realizado toda su escolarización allí.

El primer día de clases me senté, en el mismo banco, con una compañera de estatura baja, morocha y con corte tipo carré, de la que no recuerdo el nombre, como el de la maestra, que tampoco guardo en la memoria.

Sonríó al pensar en su método de corrección con caritas y en cómo me costaba estar callada a pesar de sus constantes llamados de atención.

El recreo era un tanto triste para mí y me escapaba al aula de música donde daba clases mi tía (la mejor amiga de mi mamá) que aún hoy continúa enseñando a nuevos chicos con sus 72 años.

Un momento clave para mí, que recuerdo rotundamente, era cuando me trasladaba, con mi clase, al colegio secundario, a unos metros de distancia de la puerta principal de entrada a la primaria. Allí nos dirigíamos a ver videos educativos. El aula, con mesas superpuestas y amontonadas que usábamos para sentarnos, un televisor corriente, como el de mi casa, y una videocasetera conformaban el mal llamado “micro cine”.

La travesía que incluía bajar varios pisos por escalera a los empujones y subir las del establecimiento secundario, a unas casas de distancia, implicaba transitar casi la mitad de aquel recorrido en medias azules, con un zapato leñador en la mano y aguantando las lágrimas.

Todo mejoraba un poco cuando salíamos caminando con mi tía o mi tío nos buscaba, generalmente cuando llovía, en el Fiat 600 de mi

padrino y levantaba rápido el asiento del acompañante para que yo me precipitara al interior.

En junio de ese mismo año, mi familia y yo nos mudamos a Santa Rosa (La Pampa) en busca de cercanía con mi tío, que se había casado con una pampeana y a causa de un ajuste del personal de ferrocarriles que dejó a mi mamá sin trabajo.

Mi tía, de profesión docente, rápidamente me incorporó en una escuela pública cercana a mi casa, a la que consideró muy buena.

En la escuela primaria N° 6, Dr. Ricardo Gutiérrez, cambio bastante el panorama escolar para mí. Si bien me costó la adaptación y sobre todo el cambio a letra cursiva que se utilizaba, me sentí cómoda desde el primer momento.

Mis compañeros me recibieron muy bien y mi maestra Nancy era buena y comprensiva. Me gustaba el quiosquito de la cooperadora que los chicos más grandes atendían rotativamente, aunque no tanto las filas que se hacían, que provocaban la pérdida del recreo completo.

Me sorprendí mucho al ver el patio, tanto delantero, donde formábamos y cantábamos una canción nueva para mí (bastante lejana a Aurora sobre todo en formalismo) y el trasero donde jugábamos en los canteros, a la rayuela y el elástico (del que rara vez participé) y teníamos clases de educación física.

Todos los días después de almorzar, esperaba el transporte escolar mientras apurada mi mamá terminaba de peinarme y me incrustaba el pico de la espuma para los piojos con un olor que casi he olvidado.

Mis gustos escolares se acercaban más a las ciencias sociales que a las matemáticas y me gustaba inventar cuentos y leer. A mi manual de lectura se le salían las hojas y a algunas las atesoraba y volvía a leer muchas veces. Ahora hago lo mismo con mis libros, supongo que esas herramientas brindadas surgen de enseñanzas escolares. Recuerdo algunos en particular como el cuento, “Corazón de galletita” de Marta Giménez Pastor, que contaba la historia de una muñeca que cobraba vida cuando su dueña le ponía un corazón horneado, y el del elefante Dailan Kifki, de María Elena Walsh.

Hasta tercer grado mantuve la misma maestra que ya sentía parte de mi familia. Separarme de ella me costó bastante y la de cuarto grado no resultó tan amable, además de que fue un año en el que me costó bastante el aprendizaje. En quinto volví a tener una maestra buena, con más paciencia, supongo que por su edad más avanzada. El cambio a dos profesoras en sexto grado implicó una nueva adaptación que superé junto a mis compañeros.

Recuerdo el último día de clases con tristeza y la sorpresa de un llamado de la directora, siempre amable y de fácil acceso, para darnos nuestro legajo, que en mi caso contenía los incontables llamados de atención para que dejara de distraer a mis compañeros con mi parloteo.

Crítica

Contraste simbólico superado

Por Miguel Fernández

“Atravesando algunos kilómetros” es el ensayo en que Celeste Savoia plasma sus primeras vivencias en relación con la Educación. Compone una postal demostrativa del contraste simbólico entre su primer establecimiento escolar, el Instituto de Enseñanza “20 de Junio” de San Isidro, y las escuelas primarias de urbes más pequeñas que, meses después, conoció.

La autora combina una reflexión de la cual se puede inferir que instituciones educativas emplazadas en terrenos reducidos no reunirían las mejores condiciones para la tranquilidad, salud y educación de los niños. A veces, hasta resultan hasta inhóspitas.

Celeste padeció esas condiciones arquitectónicas que los constructores implementan en lugares densamente poblados. En los primeros meses de clase se concebía sola. Los recreos que otros niños disfrutaban, para ella eran “tristes”. Quería escapar y se iba a la sala de música dónde encontraba el consuelo de su tía del corazón.

Tal vez por afectiva confianza y tradición familiar, allí tuvo que dar sus primeros pasos en la escolaridad obligatoria. No le gustaba que la llevaran a esa escuela privada a tal punto que no recuerda el nombre de su primera maestra ni de su compañerita de banco, esa “morocha, con corte tipo carré”. Sin haberlo lucido todavía, añoraba el tradicional guardapolvo blanco utilizado en escuelas públicas.

El desarraigo por motivos familiares la obligó a que conociera otra idiosincrasia, sin dejar de recordar esa parte de su infancia con cierta nostalgia. Instalada en Santa Rosa comenzó a vivenciar complacencia con la educación que iba a recibir en la Escuela Provincial N° 6.

Celeste conmueve al lector con sus anécdotas. Marca algunas divergencias con sus docentes. ¿Acaso confunde empatía con estilos de enseñanza? El valor de su ensayo se plasma al reconocer que pudo superar con paciencia una etapa importante de su vida. Vale la pena volver a leerlo.

Ensayo

Mis pasos por la escuela primaria

Por Cynthia Zorrilla

Pienso que todos y todas tenemos un cofre que nos acompaña en nuestro paso por la vida. ¿Qué hay guardado en él? Recuerdos buenos y malos, experiencias, anécdotas. Allí hay vida. Abrirlo de vez en cuando es un ejercicio que debemos practicar.

Hoy yo decido abrir mi cofre. Descubro, así, una etapa feliz de mi vida: mi infancia en la escuela.

La gran mayoría de los recuerdos de ese momento comienzan cuando mis pequeños pies, revestidos de zapatitos negros, tocaron por primera vez el suelo de la Escuela N° 4 “Coronel Remigio Gil” de Santa Rosa, La Pampa. Expectativas muchas, temores uno solo: soltar la mano de mi mamá que me acompañaba. Ese primer día de clases después de formar una larga fila con cierta distancia, yo en el último lugar por ser la más alta, de izar la bandera argentina y presenciar el acto escolar, ingresamos al grado. Éste tenía mucha luz y se encontraba decorado de colores y dibujos alegres. Esto le daba vida a ese lugar que a simple vista parecía frío. Lo mejor del aula era que los bancos podían ser ocupados por tres personas.

La “escuela cuatro”, como la llamábamos, era la típica escuela creada hace más de cien años, su fachada lo hacía creer. Pintada de algún color pastel, ventanas medianas de color verde oscuro, el mástil desgastado con la bandera y una gran puerta de esas que hay que tener mucha fuerza para abrir. Al lado de la gran puerta, en la entrada, se encontraba la dirección, un lugar algo escalofriante. Estar delante de todo y de todos le daba cierto poderío. Cerca de allí, también, se ubicaban los grados a los que concurrían estudiantes más grandes, es decir cuarto, quinto y sexto. Luego de recorrer un largo pasillo, que te llevaba al fondo de la escuela, y alrededor del patio interno estaban las aulas con estudiantes de primero a tercero. El exterior también estaba dividido: los/as chicos/as de primero y segundo grado tenían su patio. Los de tercero otro. Los de cuarto también otro diferente y los de quinto y sexto el playón, donde te sentías todopoderoso, ya que no era de tierra como todos lo demás e incluso tenía los enormes aros de básquet.

Cuando recorría el pasillo, donde el suelo era áspero, desgastado y los dibujos de este ya no se veían, el primer aroma que uno/a sentía era a aserrín que la portera, con su cara siempre cansada, pasaba todas las mañanas por los pisos. Y allí estaba siempre, al final del pasillo, “la señorita”, para recibirnos con una enorme sonrisa y un gran abrazo.

Mi primera “señorita”, de la que no recuerdo el nombre, y todas las demás fueron muy amorosas con nosotros/as. Incluso en algún momento llegué a sentir más cariño que el que le sentía a mi familia. Todas ellas nos tenían gran paciencia y todas eran mujeres. Durante mi transcurso en la escuela primaria el único hombre que trabajaba allí era el portero José.

De la directora y vicedirectora no puedo decir que fueron amorosas al igual que mis “señoritas”. Nunca fueron malas conmigo, aunque debo admitir que muchos de mis compañeros/as no corrieron con la misma suerte. Ambas eran muy parecidas, incluso pareciera que había un estereotipo a seguir para cumplir ese cargo. Robustas, con la permanente hebra y el pelo corto y claro, de estatura media y de voces algo chillonas. Las dos tenían mucho carácter, no se les movía un rulo de esa permanente al momento de llamarnos la atención o hablar con nuestros padres y madres.

Siempre me pregunté porqué mi papá y mi mamá me inscribieron en esa escuela habiendo dos colegios más en el barrio. Tengo dos teorías o ideas que ahondan en mi cabeza. La primera es la cercanía, si dormía en mi casa la escuela estaba a media cuadra; si dormía en lo de la madre de mi papá, solo debía cruzar la calle. La segunda teoría, por cierto la más fuerte, es que mi papá y toda su familia fueron a ese establecimiento. “Yo iba a clases en un vagón de tren que estaba atravesado en el medio del patio” repetía mi padre.

Mi mamá, en cambio, había asistido a una escuela rural, ya que se crió en el campo. Hasta hoy dice una y otra vez: “Mi educación primaria fue muy distinta a la tuya, a mí me enseñaban otras cosas”. De todas maneras, ella siempre estuvo contenta por la enseñanza que allí recibí, los valores que incorporé y los elementos que me brindó para desempeñarme a lo largo de mi vida.

Cuando comencé la escuela ya sabía leer, escribir, sumar y restar porque en mi casa mi familia se empeñaba en hacerme saber que eso era algo más que importante. Ello hizo que el primer grado me fuera muy aburrido, por lo que me dediqué a molestar a mis compañeros/as, así como también ayudarlos/as.

Desde el primer grado ya tenía mi grupito de amigos/as formado: éramos ocho. En realidad ya nos conocíamos antes de entrar por primera vez a la escuela, porque íbamos al mismo instituto de inglés y al mismo club a hacer deportes. Además vivíamos en el mismo barrio por lo que hacerme de amigos/as no me fue un problema.

Éramos los peores del curso y a su vez los mejores. Los peores porque charlábamos mucho. Cuando tocaba la campana siempre éramos los

últimos en formar la fila porque nos quedábamos jugando y siempre que había un problema estábamos nosotros/as involucrados/as. Los mejores porque teníamos buenas notas e incluso seis de los lugares del cuadro de honor fueron ocupados por nosotros/as.

Mi paso por la “escuela cuatro” no fue en vano, me brindó muchas herramientas instructivas que todos los días las apliqué en mi vida cotidiana. Me enseñó a poner en práctica valores que traía conmigo desde mi casa y a descubrir otros nuevos: esfuerzo, superación, responsabilidad, respeto, compañerismo, amistad. Es así que el colegio me acompañó durante mis primeros pasos por la vida y construyó gran parte de lo que hoy soy.

Crítica

Desandar los primeros pasos

Por Rocío Pérez

En el ensayo de Cynthia Zorrilla, “Mis primeros pasos por la escuela primaria”, se puede ver la imagen ella se ha construido de dicha institución, y cómo otras instituciones también entran en discusión y se mezclan.

Desde las primeras páginas, se denota una cierta diferenciación (no sabemos si real o percibida) entre los alumnos más chicos y los más grandes. Basándonos en lo que se cuenta, los más grandes parecen tener ciertos “privilegios”: aulas más cercanas a la puerta de salida, un patio de cemento, entre otros.

Esto se relaciona con otra parte del relato, cuando cuenta que la oficina de los directivos que estaba “delante de todo y de todos le daba cierto poderío”. Esto pone en evidencia algo muy sutil: se determina la jerarquía de la institución desde la misma ubicación de cada espacio.

Se puede identificar también una distinción muy marcada entre la directora, vicedirectora y las maestras: las primeras encarnan la típica imagen de figura de autoridad en esta institución, se las retrata como estrictas y con carácter fuerte. Las maestras, por su parte, mientras que no dejan de ser figuras de autoridad, son más agradables y resultan más simpáticas.

Asimismo, se entrecruzan en el ensayo de Cynthia las experiencias de sus papás en la escuela primaria, especialmente la de su padre. Ella sostiene que posiblemente la razón más fuerte para que asistiera a ese colegio, es el hecho de que su padre y toda su familia hicieron sus estudios primarios allí. Coincido con su teoría: es muy común que los padres elijan establecimientos educativos para sus hijos e hijas en base

a los lugares a los que ellos (especialmente el padre) asistieron. Por otra parte, se pone en contraste a la escuela n° 4 con la escuela rural, a la que asistió la madre de Cynthia; dos instituciones que cumplen exactamente la misma función pero que sin embargo son muy distintas.

Por último, otra cosa que capta la atención de este relato (y de muchos otros de los leídos en clase) es que se destacan los valores que dejó la escuela primaria. En este y los demás relatos, se hace un especial hincapié en el rol que tiene asignado esta institución: el de formar a los niños y niñas, no solo académicamente, sino para que aprendan y asimilen estos valores que, se supone, les darán una mejor inserción en la sociedad.

Ensayo

De allá, de acá y del otro lado

Por Érica Zalabardo

Hace algún tiempo, a comienzos de la década de los '90, una pequeña niña se acercaba por primera vez a la escuela. Esa nueva estudiante era yo. Quien con apenas cuatro años tuve que comenzar a ir a clases del Jardín de Infantes del pueblo en el que vivía: Embajador Martini. ¿Por qué con cuatro años fui al jardín de infantes? ¡Hermana! es la respuesta. Marcela es una de mis hermanas mayores que me lleva solo diez meses. Ella no podía despegarse de mí, ni siquiera para ir al colegio. Y esa es la razón por la que tuve que hacer mi iniciación en la escuela dos veces. Una con ella, y otra sola, ya con cinco años.

Así de complejos comenzaron mis primeros pasitos por la institución escolar. Recuerdo lo divertido que era. En la escuela me sentía como en casa y las señas me eran familiares. Papá y mamá me recuerdan que fue muy debatido mi avance en esta escuela, debido a que en primer grado ya sabía leer y escribir bastante bien para la edad. La directora, las maestras y mis padres habían tomado en consideración avanzarme un año más del ciclo primario, pero desistieron de hacerlo para no perjudicar mi desempeño en años posteriores. Y me quedé en primer año, finalmente. Hasta segundo grado permanecí en la misma escuela, Santa Teresita.

Luego de tres años en este pueblo tan amistoso, a mi familia le tocó el tan nombrado “pase” a otro pueblo. Mi papá es policía de la provincia de La Pampa. Cada un par de años nos tocaba mudarnos a distintos pueblos para acompañarlo. Todo sucedió rápido. Tanto, que casi pasó inadvertido para mí.

Y así nos acercamos a Caleufú, una localidad un poco más grande. Nuestra casa estaba, como era costumbre, al lado de la comisaría y frente a la plaza. Caras nuevas, señas desconocidas. El recorrido hacia la

escuela seguía siendo de no más de cinco cuadras. Mis hermanas mayores me acompañaban hasta la puerta todos los días. Pero la tristeza por no tener amigos continuaba. A través de los días logré conformar una amistad con un grupo de chicas que eran muy entretenidas.

Llegó cuarto grado, el Juramento a la Bandera. Durante semanas practicando en la calle la formación, el himno y las frases que debíamos decir. Mi mamá preocupada por blanquear el guardapolvo tableado, el moño blanco para el cabello y los zapatitos abetunados. Todo listo, casi una semana antes del día del acto. Entre nervios, risas y orgullo juré a la bandera. Tantos días de preparación culminaron en apenas tres horas.

Nuevamente llegó el día. Nos tocaba irnos hacia otro destino a mitad de año. Fue en aquel julio de 1998 cuando mis amigos, maestras de la escuela y catequistas de la parroquia del lugar se enteraron y me organizaron una sorpresa: un picnic en la plaza del pueblo. El encuentro duró varias horas. Entre tanto, me ensuciaron con huevo, harina y un poco de tierra a modo de festejo. El día fue muy emocionante. Vi a todas las personas que me apreciaban, despidiéndome, pero sin querer hacerlo. Recuerdos hermosos quedaron guardados, como fotografías pegadas en cada pared de mi corazón.

Santa Rosa, la gran capital de la provincia fue nuestro nuevo lugar de residencia. La inmensidad, calles largas, muchos autos, todo me llamaba enormemente la atención. Mi primera casita, en la calle frente al Hospital Lucio Molas. Ya no eran seños conocidas y las aulas tenían más de veinte alumnos cada una. Las tareas me resultaban difíciles. Mis hermanas tuvieron que dedicar muchas horas en explicarme cómo se resolvían los problemas.

Comenzamos a cambiarnos de aula para cada materia. Tenía cuatro seños distintas. Creo que nunca aprendí sus nombres. Las identificaba más por la seño buena y la seño mala. A la de matemática no le tomé mucho cariñó, era una asignatura que además de que me resultaba aburrida, me costaba mucho. El salón de actos y el patio eran inmensos. Además de estudiar y divertirnos en los recreos, algunos días nos invitaban a ir a las clases de primer grado para que viéramos cómo trabajaban con los niños más chicos. Era como un juego, me sentía una “mini seño”.

La directora de la Escuela n° 95, Club de Leones, era del mismo barrio que yo. Era muy gritona y poco simpática. Recuerdo que se enojaba un poco cuando iba a pedirle hojas para la carpeta.

No son muchos los recuerdos que tengo de esa escuela, no logré un grupo de amigos muy grande, éramos cinco o seis. Me costó mucho adaptarme sobre todo a los compañeros. Muchos de ellos, dentro y fuera del aula, me criticaban porque mi papá era “milico”. Yo no podía

responderles, no sabía cómo defenderme de eso. Solo algunas veces les explicaba que era policía, no militar, que él nos cuidaba.

Como era de costumbre, cada tres años, nuevamente me tocó cambiar de escuela, pero esta vez avanzando de nivel. Finalicé sexto grado y mi próximo destino fue la Escuela Adventista. Allí viví muchísimas experiencias nuevas.

Crítica

Alabarda enfundada

Por Franco Massara

Varios son los tópicos que caben destacar en este discurso. Por empezar, sugiere una relevancia al hecho de que nuestra compañera tuvo, de alguna forma, la posibilidad de cursar dos veces el primer año de jardín de infantes. Otro factor es que en ningún momento se deja en claro, más allá de los supuestos, porque la familia de Érica o su colegio toman la consideración de poder avanzarla un año. Lo cual si está dictaminado en algún sitio u ordenanza, de jóvenes jamás vimos esas órdenes por escrito.

Casi como por inercia o simplemente para no problematizar las situaciones, Érica realizó un pase, no solo a un nuevo colegio, sino además a un nuevo pueblo. De más está aclarar que si bien hoy notamos, en muchos casos, recuerdos de jóvenes que les costó adaptarse a este nuevo ámbito, en la gran mayoría no transportaban consigo dichos sentimientos negativos al seno familiar, sino que por el contrario lograron superar dichos conflictos de manera personal.

También se hace evidente que se genera un clima de “pseudo patriotismo” donde las instituciones familiares y educativas impulsan a los niños a aprender los himnos y juramentos de respeto y lealtad para con nuestra nación. Queda en evidencia que en ningún momento se dice que esto está mal, pero bien podría hacerse el mismo ritual con personas más y mejor formadas que con simples niños sin conciencia, ni siquiera colectiva, de lo que es el patriotismo y lo que representa.

Otro dato curioso es que no solo la escuela y la familia se vieron ligadas a la formación de Érica. El colegio de catequesis o ¿por qué no decirlo? la iglesia, también influenciaron el aprendizaje de nuestra compañera. Al menos en mi opinión y por lo leído, parece ser que en ningún momento la pequeña Zalabardo logra problematizar absolutamente nada. Pero esto fácilmente puede ser leído como un rasgo de fortaleza y de adaptación, ya que no parece necesario buscarle la quinta pata al gato.

Nuevos retos y constantes cambios bombardearon la infancia de Érica, quien logró sortearlos ya sea académica como comunitariamente

con sus compañeros y docentes. Es curioso y casi irónico, a mi parecer, como una niña que juro la bandera junto a sus compañeros, más adelante tendría que andar dando explicaciones sobre la profesión de su padre. ¿Qué es más patriótico, y más aun para un niño, que una figura de autoridad que ha jurado defender los derechos de los habitantes de nuestra nación? Queda en evidencia cómo el doble discurso de lo que se enseña y lo que realmente se aprende, no es más que una mera formalidad.

Ensayo

Salir dentro de la melancolía

Por Franco Massara

Realmente, a simple vista, se podría decir que no hay mucho que apreciar de mi vida durante la escuela primaria, pero no exactamente por haber sido un transcurso que se pudiese llamar “normal”. Por empezar podría dividir esa etapa en dos partes muy significativas, de primer año a segundo y de tercero hasta sexto, pero más adelante contare el porqué.

Empezaré por mi hermana, así fue cómo comenzó todo. Como hermano menor me vi impulsado por mis padres a seguir los pasos de la que para mí siempre sería “la pequeña arpía”. Como el más pequeño de dos hermanos, con una diferencia de tres años, comencé la primaria sin ningún tipo de ánimo. Me aterraba el hecho de tener que despedirme de mis preciosas mañanas, las cuales disfrutaba viendo *Dragon Ball Z*, *BT’X*, *Magic Knight Rayearth* (más conocido como *Las Guerreras Mágicas*), entre otras series.

Con una hermana que ya desde sus inicios mostraba rasgos brillantes y de superioridad intelectual, sentí sobre mis debiluchos hombros la pesada carga de mantener esa imagen que tanto mis padres como profesores habían creado de mi consanguínea.

Una de tantas imágenes que jamás podré borrar de mi cabeza es la de ese primer día en que conocí a cada profesor, el llegar y que te digan: “Vos sos hermano de Nayla Massara” era penoso. Algunos maestros aliviados y otros convencidos de que conmigo iban a encontrar a otro alumno ejemplar. Demasiado equivocados.

Más temprano que tarde me di cuenta de que ni la lectura ni la escritura se me daba bien. No así las matemáticas, que resolvía con aprieto al hacer mis tareas para volver con mis preciadas series. Pero no hay que hacer una tragedia, a decir verdad, mis primeros dos años fueron muy similares y corrientes. Rápidamente los profesores descubrían que era otro nene más, con joggins con parches y el guardapolvo impresentable

y cuya única aparente habilidad era el entusiasmo para ayudar a servir las copas de leche.

El verdadero conflicto comenzó durante ese segundo año de primaria. Ya en quinto año mi hermana empezó a ser víctima de lo que hoy conocemos como bullying y aunque de manera maliciosa yo pensaba “se lo merece”, me producía mucho coraje el saber que eran varones los que la maltrataban. La gota que rebalsó el vaso se produjo cuando ella volvió llorando porque la habían encerrado en el baño de chicos. Ni siquiera recuerdo si le hicieron algo, pero sí recuerdo a la directora que citó a toda mi familia para sugerirnos que yo y mi hermana nos cambiáramos de colegio.

Lejos de estar de acuerdo con la idea, aún sabiendo que era la escuela de barrio peor vista de todo General Pico, volvió ese sentimiento de terror que me invadió cuando recién comenzaba. Pero como poco importaba la palabra de la ovejita negra de la familia, nos anotaron en una nueva escuela, la reluciente *Escuela n° 111* “República de Siria”. Me sentía como el ratón de pueblo. Todas las instalaciones del colegio eran nuevas, aires acondicionados en cada aula, un patio que no tenía nada que envidiarle ni siquiera a los mejores parques, pasillos largos con todas las paredes sin una sola raya y lo mejor, que seguía siendo pública, pero no dejaba de ser el ratón de pueblo.

Como bien dice el refrán, no todo lo que brilla es oro. La escuela quedaba, literalmente, a 30 cuadras de mi casa, las cuales en bicicleta, y a veces caminando, eran una tortura. El pasaje de un mundillo más barrial a semejante institución se hizo notar de la peor manera, a nivel académico. El mundo se me vino abajo cuando vi en el primer día de clases, supongamos un 25 de julio, a la profesora escribiendo: “Hoy es martes y está nublado”. Solas me brotaban las lágrimas de los ojos, jamás nos habían enseñado a escribir en manuscrita en mi anterior colegio, pero igual trataba de copiar esa letra que ni siquiera entendía. Me sentía por demás humillado al ver a mis compañeros copiando. Esa misma tarde mi madre me enseñó, y no tarde más que esa tarde en aprender todas las letras, en mayúscula y minúscula por igual. Extrañamente mis compañeros me tenían apartado, pero pensé que en tercero sería distinto.

Ya con mi hermana en sexto, firme con la bandera en mano, yo comencé a notar que no solo me ignoraban mis compañeros, sino que, aun peor, me buscaban pleito. No tarde mucho en pasar de ser el “chico nuevo” al “negrito quilombero”. Lo feo de esa fama es que no te inviten a muchos cumpleaños y aún peor ver a tu padre semana por medio teniendo que hablar con la nueva directora. La brecha intelectual entre mi

hermana y yo se hizo más que evidente, y aun peor para los profesores que volvían a repetirme cada año: “Vos sos hermano de Nayla Massara”.

Cuarto, quinto y sexto año no me traen a la memoria ningún recuerdo relevante. Mi comportamiento solo empeoraba al igual que mi relación con mis compañeros y hermana, quien por suerte ya había terminado la primaria. Seguían apareciendo deberes, tareas y materias cada vez más complicadas, que lograba aprobar con métodos poco éticos y suerte. Amigos, ninguno, si se quiere conocido y así hasta sexto donde me llevé mi primera material, Matemática.

Crítica

Humildad y compañerismo

Por Bruno Barontini

En el ensayo de Franco Massara, “Salir dentro de la melancolía”, se puede observar, a través de diferentes palabras y experiencias expuestas, su visión negativa frente al paso por la escuela primaria.

Franco mantenía los valores de “humildad y compañerismo” como cualquier joven que asistía a una escuela de barrio. Pese a la innecesaria insistencia por parte de sus padres y de sus profesores de seguir el modelo intelectual que su hermana había puesto en práctica, Franco no obtuvo un buen rendimiento escolar. Esta “brecha intelectual”, como así la llama, le produjo más de una situación de conflicto para con sus padres y docentes de la Institución a la que concurría para vivir su etapa primaria.

Franco se consideraba uno más, con aires de simpleza y solidaridad, a la hora de interactuar dentro de la escuela: “era otro nene más, con joggins con parches y guardapolvo impresentable”, son algunas de las palabras utilizadas por él, que dejan ver sus rasgos de bondad y dedicación para con el otro, como así también, su enojo frente al pedido de sus papás y de los docentes, de mantener un buen promedio como el de su hermana, Nayla Massara.

Otra de las cuestiones que se puede observar en el ensayo, es la fuerte discriminación que sufrió la hermana de Franco en dicho establecimiento educativo, algo que hoy en día conocemos como “bullyng”. Aun peor es observar la incapacidad por parte del establecimiento de hacerle frente a estas cuestiones con el objetivo de erradicarlas, al sugerirle a la familia Massara que tanto Franco como Nayla cambiaran de colegio.

Y por último, una vez más preponderaron las nociones de simpleza, bondad y humildad por parte de Franco, al no hallarse dentro del nuevo establecimiento escolar al cual acudieron junto a su hermana. Se trataba de una escuela de categoría, a la cual asistían jóvenes que lo

discriminaban, tratándolo de “negrito quilombero”. Este mundo, al parecer, era muy distinto al barrio al cual pertenecía.

“Salir dentro de la melancolía” es el título de un ensayo que deja entrever dos situaciones dispares que se dan a la vez. Por un lado, la vida de un joven humilde y solidario, sin aires de grandeza, el cual intenta “pertenecer” dentro de un ámbito que es muy distinto al suyo. Por otro, la falta de compañerismo por parte de sus pares, y la insistencia de sus padres y docentes a cargo de mantener un “promedio intelectual”, en un espacio que sirve para la interacción social –al incorporar buenos valores– y el aprendizaje de los saberes educativos.

Ensayo

El tiempo no se detiene

Por Hernán Dominici

“Bandera de la Patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y la fuerza con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; guía de la victoria en la guerra y del trabajo y la cultura en la paz. Vínculo sagrado e indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras. Juremos defenderla hasta morir antes que verla humillada. Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques y en todo tiempo y lugar de la tierra donde ellos la condujeran. Que a su sombra la Nación Argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos y sea para todos los hombres mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia.” (Oración a la Bandera. Autor: Joaquín V. González).

No importaba si a las ocho de mañana, hacía calor, frío o llovía. La oración a la bandera y el izarla eran minutos solemnes para toda la Escuela “Domingo Faustino Sarmiento”. Luego de ese momento, el saludo de la directora y nos retirábamos en forma ordenada hacia los respectivos salones. Cada curso tenía dos filas: la de las niñas y la de los niños; a su vez nos ordenaban desde el más bajo al más alto.

La escuela primaria para mí significó un antes y un después: se había terminado ese mundo mágico del jardín de infantes, en donde esperaba con ansias la hora de salir al patio para jugar en el arenero. Tuve que aprender a rescindir, con el paso de los primeros días, que en la escuela no había más esos eternos recreos. Nuevos desafíos, aunque fueron inconscientemente en esa etapa de mi vida. El primero fue aprender las vocales y luego el resto de las consonantes. Todavía tengo fresco ese recuerdo de hacer una letra grande por hoja en el cuaderno. El otro reto fue el aprender sobre los números, es hasta hoy que no me llevo bien con las matemáticas.

Pasado estos retos, llegó uno que sí marco definitivamente mi vida. Eran comienzos de mi segundo año: el aprender a leer. Fue el más temido por mí. En ese momento al leer lo asociaba con unir letra con letra para formar la palabra.

No solo aprendí a escribir, leer y hacer las operaciones básicas de la matemática. En la escuela, además debía poner en práctica todos los valores que me había enseñado mi familia.

La Escuela “Domingo Faustino Sarmiento” fue creada un dos de mayo de mil ochocientos ochenta y ocho y, hasta la actualidad, es un establecimiento educativo referente en Pehuajó. En sus comienzos solo iban 18 alumnas. En 1904 se inscribieron los primeros alumnos varones, convirtiéndose el establecimiento en mixto. Para finales de la década del '20 fue inaugurado el actual edificio al frente de la plaza principal.

1997 fue de transición en mi casa. Por ser el hijo mayor, la primaria fue una revolución para todo el hogar. Todavía tengo muy presente en mi mente, aunque haya pasado mucho tiempo, el recuerdo de que mi papá me llevo el primer día. Me sentía como una hormiga en un jardín.

Mis padres siempre apostaron a la educación pública para nosotros. Es hasta hoy que lo continúan haciendo. Para ellos, la escuela fue el complemento ideal para consolidar la aplicación de los valores morales que ellos nos enseñaron.

Si tuviera que caracterizar a mi grupo de compañeros de la primaria, diría que al ser una escuela pública, había una marcada brecha social distinguida por tres clases: por un lado los hijos de las familias humildes y trabajadoras; luego los de clase media y, contados con los dedos de una mano, los hijos de familias de clase alta. Durante los primeros tres años yo no percibía esa diferencia. Ya a partir del cuarto grado sí y además el salón estaba dividido, pese al intento de las maestras de integrar a todos los alumnos.

Las maestras y directivos (la gran mayoría ahora jubilados y otros fallecidos) impartieron su disciplina. Hoy, pasados varios años, esos compañeros conservan esos principios que nos dejaron.

La escuela me brindó cosas que en el hogar uno no puede aprender: en la institución familia, para mi entender, me enseñaron valores importantísimos. En la institución escuela sumé: además de los conocimientos elementales de la educación, aprendí a poner en práctica esos valores que mi familia me dio.

Una institución simbólica que tiene una vasta trayectoria es el complemento de otra: la familia. La escuela puede cambiar los contenidos que se enseñan, el lugar, pero nunca el valor y lo que significa esa importante institución para toda la sociedad.

Crítica

El complemento ideal

Por Alejandra Funes

Desde la primera lectura realizada al ensayo que escribió Hernán, sobre su paso por la escuela primaria, una palabra que se destaca es el concepto de “valores”. A esta no solo la menciona en varias ocasiones, sino que además deja ver su significado como eje central del discurso, hacia donde converge cada opinión que plantea.

De esa forma, desde el comienzo puede observarse que el prestigio habitualmente atribuido a la escuela como institución social se debe al sentido moral, que ofrece a sus estudiantes. “La escuela fue el complemento ideal para consolidar la aplicación de los valores morales”, escribió Hernán. Es decir que, la familia funciona como un pilar esencial para el desarrollo de una persona durante la infancia, pero sin la primera etapa educativa no se lograría consolidar ese aprendizaje: “Desde mi familia me enseñaron valores importantísimos y en la escuela los aprendí a poner en práctica”.

Asimismo, menciona la “trayectoria” del establecimiento en su ciudad de origen (Pehuajó), que al ser creado en 1988 resulta una institución referente para quienes viven allí. Y desde ese recuerdo introduce la característica de lo “público” como opción educativa, a la que consideró como una “apuesta” de sus padres al momento de elegirla.

Con respecto a sus compañeros, reconoce una “brecha social, marcada por tres clases” en el aula, evidente a partir de cuarto grado. Aunque cree que los valores aludidos fueron incorporados de igual manera por todos. Más adelante, sobre los docentes hace referencia a la edad –“la mayoría jubilados y otros fallecidos”– del personal y directivos del establecimiento.

Finalmente, diferencia los contenidos académicos de la socialización que la cursada implica. Así, Hernán deja ver una valoración positiva hacia la institución, ya que plantea la posibilidad de que la organización curricular evolucione, mientras que el sentido de moral inculcado está bien que permanezca, para garantizarle los “principios” morales a la sociedad.

Ensayo

Mis escuelas de la infancia

Por Ingrid Maier

Cuando tenía seis años me mudé con mi familia a La Adela. Era un pueblo chico de 1500 habitantes. Allí había una sola escuela que quedaba a tres cuadras de mi casa. Se trataba de un edificio viejo que al lado tenía

un comedor escolar nuevo. Allí transité mis primeros tres años de la primaria, hasta que me volví a mudar. Mis compañeros eran muy amigables, pero me consideraban una ricachona porque mi padre trabajaba en un banco. En verdad yo no era una niña rica, sino que mis compañeros vivían otras realidades, eran de familias muy humildes.

Teníamos de profesora de música a una mujer mayor, que todos decían que tenía cara de bruja, pero en el fondo era de buen corazón. En sus clases nos enseñó a bailar folklore y tango. Con otra señorita, en segundo, aprendí las tablas. Recuerdo que pasaba mucho tiempo memorizándolas. Iba a la escuela a la tarde, y cuando volvía a casa ni bien llegaba hacia la tarea mientras merendaba. A mí me encantaba hacer los deberes y que todo quedase prolijito en el cuaderno. Y cuando terminaba, mi mamá controlaba que estuviese todo bien hecho.

Un día un chico en un recreo me tiró arriba de mi pie una viga que estaba tirada en el patio de la escuela. Se me había hinchado enseguida el pie y mi maestra de grado no dudó ni un segundo meterme en su auto y llevarme rápido a mi casa, para que me viera un médico. Mi mamá fue a protestarles a los directivos de la escuela, porque al chico no lo sancionaron y disgustada por qué estaba esa viga ahí en el patio. Pero las directoras nunca se encargaron de dar muchas respuestas ni soluciones.

Luego me trasladé a Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires, un lugar más grande que estaba a media hora de la playa.

Allí comencé cuarto grado en una escuela antigua y enorme de dos pisos, que estaba ubicada frente a la plaza San Martín.

En ese colegio me pedían un libro para cada materia, libros caros pero que tenían muchas ilustraciones. Los compañeros que me habían tocado eran buenos conmigo y tenía como particularidad que todos tenían un buen pasar económico. A pesar de ser un colegio estatal, era un establecimiento al que iba la mayoría de los hijos de la elite.

A los dos meses nos cambiamos de casa y de barrio, entonces mi mamá fue a pedir el pase de la escuela del centro a otra, pero las maestras se mostraron molestas y decían que yo no me iba a sentir a gusto en otro lugar, que no iba a encajar. Mi madre no estuvo de acuerdo y me cambió a la escuela N° 14, la cual era más chica, pero más nueva a su vez. En ella pasé felizmente mis últimos tres años de primaria, porque me hice de grandes amigas que aún conservo en la actualidad. Yo quería mucho también a las docentes de ese lugar. En lengua nos hacían practicar lectura en voz alta y nos calificaban, yo sabía leer bien, siempre me sacaba buenas notas, pero en mi interior creía que mi mejor amiga leía más lindo que yo.

En quinto teníamos una señorita que siempre caminaba mirando hacia arriba y empujando su nariz, tenía aires de grandeza. Ella nos enseñaba ciencias sociales y trabajamos en base a un solo libro en el transcurso de todo el año. Durante las clases, leíamos todos juntos e íbamos subrayando las ideas principales. Mis compañeros y yo nos dábamos cuenta que era “radicheta”, siempre hablaba bien del que había sido Presidente de la Argentina y había terminado con la dictadura, y también por supuesto del Partido Radical, al que con tanto entusiasmo se refería y defendía. Con esta misma señorita estudiamos los mayas, aztecas e incas. Nos hacía hacer grandes cuadros comparativos que me llevaban como diez hojas cada uno de largo, y luego los teníamos que aprender para las lecciones orales. Ella era partidaria de que debíamos aprender a expresarnos bien delante del público, y por eso nunca tomaba escrito.

Por suerte nunca me ponía nerviosa y siempre me acordaba de todo lo que tenía que decir. Antes lo practicaba en casa y mi mamá hacía de espectadora.

Los viernes nos hacían ir a la biblioteca del colegio, porque era obligación llevarse un libro para leer en la casa el fin de semana. Generalmente, elegía historias en las cuales los personajes fuesen animales, ya que me resultaban más entretenidas sus personalidades.

En las fiestas escolares siempre participaba. Una vez hice de estatua de la justicia. Tenía que estar parada sobre un tarro de pintura, así me veía más alta, con los brazos abiertos durante más de una hora. Mis músculos se habían paralizado, pero no podía moverme porque era mi deber hacer de estatua y el acto tenía que salir lindo. Cuando el telón rojo del escenario se cerró, la directora se acercó y me felicitó por mi buen actuar.

Para el acto de fin de año, en el cual había terminado de cursar sexto grado, fui escolta de la bandera representando a mi curso. Así, orgullosa, me despedía de esa escuelita y de esa ciudad que tanto me habían brindado en esos años: amigos y saberes que nunca voy a olvidar. Santa Rosa, mi hogar, con nuevas enseñanzas me estaba esperando.

Crítica

Escuelas en la sabia del tiempo

Por Marcela Robledo

Los resabios de la escuela normalista se pueden percibir en los recuerdos escolares de Ingrid. A través de sus palabras podemos inferir que tienen para ella aún hoy una valoración positiva.

La obligación de llevar a la casa para leer un libro de la biblioteca del colegio o el deber de hacer de estatua de la Justicia con los brazos abiertos, aunque dolieran los músculos, porque el acto tenía que salir lindo y al final la directora felicitaba a sus alumnos por el trabajo bien hecho. Todo se lo recuerda con orgullo.

Existe un poderoso espíritu formador, educación de calidad permanente, maestros y directivos líderes en el aula. Aún se siente la influencia normalista y del imperio de la ley 1420 de educación común, aquí permanece el ideal de Sarmiento: “Hacer del país una escuela”.

El impulso de una educación patriótica aparece en esos recuerdos, culto a los símbolos nacionales y a los próceres.

La escuela pública sigue teniendo prestigio: antigua y enorme. Los hijos de la elite van a sus aulas a aprender, usan libros caros y el establecimiento está en el centro. Datos que dicen que el Estado configura una cultura común, poco respetuosa de los pluralismos.

Hay que pertenecer para tener éxito en la vida. Pero los amigos, caprichosamente estuvieron en una escuela más modesta que exigía un solo libro para todo el año.

A pesar de que aparece el regreso de los canales democráticos con la presidencia de Raúl Alfonsín (1983-1989), que se proponía generar una nueva cultura política para lograr una sociabilidad más democrática que fortaleciera el espacio público, permanece el espíritu normalista en las escuelas. El ejemplo es la maestra parada en aquel paradigma pedagógico, pero que hablaba siempre del presidente que había terminado con la dictadura militar.

Ese espíritu, se mezcla y se confunde, con el tema de las diferencias de clase en las escuelas del centro con “chicos de élite” y las periféricas, o como dice Ingrid: “Consideraban que era una ricachona porque mi papá trabajaba en el banco”. Se nota la importancia dada a la cuestión de clase en términos económicos, poder comprar muchos libros caros o uno solo para todo el año. Aquí se encuentra una valoración negativa porque Ingrid recuerda ser feliz y tener amigos para toda la vida en las escuelas más modestas.

Ingrid vivió un momento de transición entre esas escuelas arraigadas en el normalismo y la década del ochenta con la vuelta a la democracia. Se movilizan valores de uso, de cambio, simbólicos, que conforman la economía de la cultura. Nuevos consumos culturales para un país en proceso de cambio y en el cual la escuela no queda exenta a las transformaciones que se dan en el país.

Ensayo

La maestra: esa figura materna

Por Lisandro Moreno

Ingresé al colegio primario n° 246, también denominado “Quelulen”, en 1999 cuando tenía cinco años. La escuela esta aún hoy ubicada sobre la calle Trenel, entre Santiago Marzo y San Luis, en el barrio Butalo I.

El colegio tenía seis grados y luego, si los aprobabas, pasabas directamente al edificio de al lado, donde continuabas la secundaria. Dentro de la escuela, las maestras, la portera, la secretaria y la directora eran mujeres.

La escuela no era muy grande, se ingresaba por la calle Trenel. En el frente estaba el mástil, donde de 13.30 a 17.45 la bandera argentina flameaba. Pasando por la puerta, a la izquierda estaba la Secretaría y luego a la derecha un largo pasillo donde a los costados estaban los primeros cuatro grados y al otro la Dirección. El pasillo se dirigía al salón donde se realizaban los actos y donde se encontraban los grados 5° y 6°. El patío estaba compartido con el Jardín que se encontraba detrás de la escuela. No era muy grande, pero para las 150 personas que asistían a la institución alcanzaba.

En 1° grado, teníamos una maestra general para todas las áreas. Esto fue así hasta el tercero. Todas nos cuidaban como si fueran nuestras madres. Si lo pensamos con un poco de profundidad, esto demostraba la división sexual del trabajo, en donde las mujeres dentro del mercado laboral ocupaban trabajos de cuidado, asistencia y docencia primaria. Recuerdo que el primer hombre que me dio clases en una institución educativa fue en 8° año de la secundaria. Era un profesor y no una maestra.

Los bancos estaban dispuestos en una forma semicircular. Solo se mantuvo esa formación durante esa instancia. A partir de 2° grado, los bancos formaban varias filas, en donde nosotros nos ubicábamos individualmente. El sonido del timbre nos indicaba cuando ingresar, cuando descansar y cuando irnos.

Durante el paso por la primaria, las maestras nos daban actividades relacionadas con las manualidades y para los actos patrios nos hacían participar leyendo poesías, textos o actuando en obras de teatro en las que representábamos a los personajes de la época. De grande me di cuenta sobre cómo, quizás inconscientemente, nos querían inculcar el amor por la patria y cómo nuestra historia estaba llena de alegrías. En estos actos, hasta las negritas que vendían en la calle estaban felices.

Entre mis compañeros y compañeras había buena relación. Había diferencias socio-económicas muy marcadas, pero como las maestras

sabían a quiénes tenían enfrente se las arreglaban para conseguir ellas los materiales de trabajo. A medida que fuimos creciendo, las relaciones se fueron tensionando. A los ojos de las maestras las niñas siempre eran las más educadas y las más arregladas, mientras los varones nos fuimos convirtiendo en unos revoltosos.

La escuela era, para mí, ese lugar de encuentro con el grupo de amigos. Era ese lugar a donde uno iba a jugar con los compañeros. Aprender era importante, pero se transformaba en lo secundario. Quizás tampoco se volvía una carga, porque las maestras siempre trataban de ser creativas y hacer actividades más divertidas. Ellas eran muy amables y siempre estaban a disposición por cualquier cosa que pasara en una familia. Recuerdo que, además de comprar todos los útiles, regalaban el pan y la leche a aquellas familias que más lo necesitaban. Esa solidaridad fue una de las cosas que contentó a mi familia con la institución y lo que permitió la confianza plena en ella. Es necesario admitir que el paso por la escuela fue muy agradable, con un excelente acompañamiento dentro y fuera por parte de las maestras.

Crítica

Educar, formar e inculcar

Por Rocío Distel

Al volver sobre los recuerdos del paso por la escuela, Lisandro analiza profundas relaciones y estructuras sociales. Su mirada de adulto se impone por sobre la del niño. Quedan en segundo plano, las memorias sobre encuentros con el grupo de amigos, los juegos en el patio y sus andanzas dentro del aula.

En su relato ubica el lugar de la escuela, las características de su edificio, su organización interna y su relación con otras instituciones ubicadas en el mismo predio. Todo es narrado de manera informativa para introducir el tema central identificado en las representaciones y mandatos sociales que surgen en los centros educativos.

Plantea, en muchas partes, que sus maestras eran todas mujeres. Ellas buscaban la forma para que nada faltara a la hora de trabajar en clase, se involucraban y acompañaban a los chicos y chicas tanto dentro como fuera de la escuela. Lisandro siente que fue muy agradable esta vivencia pero que con el paso del tiempo reconoció la división sexual del trabajo: las mujeres dentro del mercado laboral ocupan trabajos de cuidado, asistencia y docencia.

Reconoce las estructuras propias de las instituciones educativas. El timbre como el organizador del tiempo, la división por grados, el salón

de actos, la dirección y la secretaría y el lugar de la bandera que flameaba durante toda la jornada escolar. También, a través de actividades en los días patrios, se da cuenta que sus maestras le querían inculcar el amor por la patria. Narraban una historia nacional llena de finales felices y grandes proezas.

Los recuerdos de Lisandro se inundan de análisis de un adulto universitario. Sin embargo, no puede dejar de sentir una conexión con su escuela, un reconocimiento a esas maestras, directoras, secretarías y porterías que lo acompañaron durante el trayecto de la primaria y que hacían todo lo posible para que nada faltara. Todas ellas cuidaban a los niños y niñas como lo haría una madre.

Ensayo

La escuela en los ojos de un niño

Por Marcela Robledo

Una vieja foto de mis años escolares abrió la puerta a los recuerdos de la infancia.

Retrocedo en el tiempo lentamente y aparecen en la memoria aquellos días. Como si fuera un reloj de arena, caen con cada granito, los recuerdos de un pasado que va tejiendo imágenes, sensaciones, sonidos, en un bello estambre, en el que si miramos detenidamente podríamos descubrir esas caritas sorprendidas cuando se cae el primer diente de leche, que por la magia del hada de los dientes se transforma en una brillante moneda, o la tristeza enorme de dejar el chupete, querido compañero para correr el cuco de las sombras de nuestros miedos.

Pero caprichosamente los ojos del corazón se me van a mis recuerdos escolares, ese mundo mágico de los primeros números y las palabras asombrosas que nombraban las cosas lindas de mi patio de juegos.

Si cierro los ojos puedo ver la niña que fui con un blanquísimo delantal, almidonado laboriosa y meticulosamente, para que cada tabla se viera perfecta. Cerraban en la espalda con unos botones que parecían nacarados. Qué decir del ancho lazo que rodeaba mi diminuta cintura, desaparecía en un moño prodigioso que mamá enlazaba con tanta dedicación.

Era el tiempo en que las nenas debíamos llevar el pelo recogido. Nunca me olvido de esa dolorosa experiencia de cabellos tirantes que dejaban los ojos achinados, pero que terminaban en unas elaboradas trenzas que caían sobre la espalda.

Aún puedo percibir ese olor a jabón de almendras en las manos y escuchar el ruidito del cepillo de las uñas. A la maestra no le gustaban las uñas largas y sucias.

Aquellas maestras... Cuánta admiración sentía por ellas.

Inspiraban respeto desde el silencio de sus miradas suaves, pero firmes a la vez. Como un eco lejano escucho sus palabras, en mi pequeña imaginación se convertían en la verdad absoluta de todas las cosas. Ellas siempre tenían las respuestas a todas las preguntas.

“La segunda madre”, decía mamá. Y vaya si lo era, porque llevar una nota en el cuaderno por alguna travesura hecha en clase, significaba una semana de penitencia.

Al maestro se lo respetaba. Recuerdo que cuando llegaba el inspector de escuelas y entraba al aula, nos parábamos del lado derecho de los pupitres de madera prolijamente acomodados en una hilera frente al enorme pizarrón. Caminaba lentamente entre las filas mirando cada uno de los cuadernos. En una de esas visitas, el inspector se paró donde estaba yo sentada y después de observar con ceño fruncido mi desparrada letra -creo que era así porque sentía el peso de su mirada en mi y los nervios hacían temblar mi mano al escribir-, me dijo con una voz demasiado grave para su lánguida imagen: “Se escribe la palabra y después se colocan los acentos”.

Sus palabras se grabaron en mi memoria como su figura esbelta que parecía nunca tener fin a los ojos de una niña de diez años.

Y sí... Quedan marcas en nuestra memoria que jamás nos dejan a lo largo de nuestras vidas.

Por ejemplo, nunca olvido ese día en el que para que pueda sacarme un diez tuve que cambiarle el hermoso pelo verde al dibujo de un nene jugando en el parque que hice en segundo grado. En aquel momento, la rigidez de la enseñanza me hacía brotar de los ojos lágrimas de tristeza. Resigné la creatividad: la imaginación puesta en aquel dibujo que era simplemente hermoso por un diez que solo le servía al sistema escolar.

Los amigos de aquella infancia lejana, pero tan cerca del corazón aún perduran.

La amistad era cosa seria. Si por algún juego nos peleábamos no terminaba el día sin que arregláramos el entredicho.

La escuela era eso también, el lugar donde los amigos eran para toda la vida.

De aquella escuela aún retumba en mis oídos la frase que tanto les gustaba usar a las maestras en los actos escolares: “Hay que formar gente de bien, con valores morales, para que el futuro de la patria esté

asegurado, con disciplina y voluntad todo lo pueden lograr los hombres y mujeres de bien de nuestra querida Argentina.”

Crítica

Una foto en blanco y negro

Por Celeste Savoia

Marcela comienza su relato con la descripción de una foto en blanco y negro. Esta imagen vuelve al presente sus recuerdos de la época escolar.

Utiliza la metáfora del reloj de arena para resaltar sensaciones negativas y positivas típicas de una edad temprana. En su reseña se apropia de ciertos lugares y califica en forma optimista las primeras enseñanzas. Dedicar algunas líneas a la explicación de los requisitos establecidos y sobreentendidos que la institución imponía. Y recuerda, que su madre se esforzaba y dedicaba en cada una de las exterioridades que se consideraban moralmente aceptables.

Esto demuestra cómo las familias aceptaban y permitían que la escuela se entrometiera en la higiene y buenas costumbres de sus hijos. Esta no solo era el lugar donde se impartía una enseñanza a los menores, sino también debía servir como ejemplo de hábitos de conducta.

La admiración que ella profesaba en las maestras habla de un pensamiento que remarca la voz autorizada de la docente a cargo de cada curso. Considera que todo lo que las maestras decían o pensaban se convertía en “verdad absoluta”.

Dentro de su relato se desprende el concepto de jerarquización laboral. En esta disposición lineal, la maestra era quién imponía el castigo, pero a la vez ella era observada por un superior quién la condicionaba en su accionar.

La referencia más elocuente que describe es el abandono de sus capacidades creativas al servicio de lo que el sistema imponía como válido. Así, el arte, los sueños y la diversión se veían limitados. Esto se aplica también al pensamiento crítico, que se encontraba totalmente ausente.

Sin embargo, Marcela remata con una valoración positiva que la escuela le dejó, con respecto a las relaciones con sus pares, como el compañerismo y la solidaridad. Lo que le permitió conservar amistades que en la actualidad aprecia.

Finaliza con el eco marcado de un recuerdo conformado por símbolos patrios y nacionalistas. Son estos elementos los que la llevarían a un camino sin sobresaltos.

Ensayo

Una ronda

Por Marianela Santos Carloni

Allá de donde soy, hay solo una Escuela Primaria. Esto es así desde el año 1909, cuando abrió sus puertas por primera vez, en Fortín Olavarría, un pueblo ubicado en el Partido de Rivadavia, al noroeste de la provincia de Buenos Aires

En estos años, la Escuela que comienza a funcionar era la Escuela n° 13, denominada rural, de categoría inferior y desarrollaba sus actividades diarias en la casa propia de un habitante del lugar. Su primera directora fue María Guadalupe Pérez.

En 1910, todo se modifica en el noroeste de la Provincia de Buenos Aires y Rivadavia consigue su autonomía (dependía de Trenque Lauquen). Un año más tarde, esta situación hace que la Escuela comience a funcionar como Escuela n° 5 suburbana del distrito de Rivadavia. Cambia su lugar de residencia y su directora que, además de su cargo, dictaba clases en primero y segundo grado. Allí se conforma, casi como un nido de pájaros, la cooperadora. Gente revoloteando con un ideal, un sueño, una utopía como bandera: conseguir un espacio físico propio.

Y así fue como después de tanto revolotear, la bandera voló alto, y el 27 de marzo del año 1951, la Escuela ocupaba una “manzana” completa. Se ubicó frente a la plaza principal, el establecimiento de la “bautizada”, Escuela n° 5 “Juan Bautista Alberdi”.

Las personas que viven y hemos vivido, en Fortín Olavarría, formamos parte de la Escuela no solo matriculándonos en ella, sino física y activamente. Aún recuerdo los festejos por “El día de la Familia”: el patio se inundaba de música, risas, juegos, mates, tortas y galletitas; todo se compartía y allí todos y todas formábamos una gran familia, sí la familia de la escuela.

El patio se convertía entonces, en un escenario vivo de experiencias compartidas. Se entrelazaban de alguna manera, los recreos de mi abuelo por los años ‘50 y los de mi madre en los años ‘80. También mis recreos que eran, para entonces, más recientes. Pero todos en ese mismo patio.

Esos días se parecían mucho, a aquel día, mi primer día de escuela, donde toda mi familia fue a acompañarme. Mamá y papá me tomaban de la mano con fuerza, iban a dejar por primera vez a su única hija, lejos de casa, aunque solo fuera por unas pocas horas y a unas pocas cuadras, resultaba un poco “aterrador”.

La escena se repetía alrededor de nosotros. Todos y todas mis compañeros y compañeras de Jardín, estaban allí. Bueno, quizás algunos no,

porque se habían ido al campo e iban ahora a una escuela rural, como a la que fue mi papá.

Los que sí estábamos allí, unos 30 chicos y chicas que agarrábamos con fuerza aquellas manos cercanas y conocidas, que también habían atravesado en esta escuela su primer día. Nos recuerdo sentados con un compañero o compañera al lado y otros dos en frente.

Así lo habían dispuesto, pequeños grupos de cuatro compañeros o compañeras, con guardapolvo blanco y útiles con nombre y apellido. Parecíamos parte de un gran circo, donde los espectadores, las familias, “posaban” para la foto junto a nosotros y nosotras para dejar una huella de aquel día. En las fotos, reíamos tímidamente con ojos grandes y expresión de sorpresa.

A pesar de que la escuela quedaba cerca de mi casa, cinco cuadras, siempre me llevaban y me iban a buscar, mamá, papá o el abuelo. Era una especie de ritual almorzar a las doce del mediodía, para luego vestirme con guardapolvo blanco e ir a la escuela.

Había un consenso entre ellos y yo: a las cinco de la tarde, me esperaban, no importaba si había sol o si llovía. Ahí me esperaban.

Cuando mi abuelo me habla de cómo era la escuela, esta misma, pero en su época, menciona primero inferior-superior y sexto grado como el “final”. Siempre usa palabras como “rectitud” para hablar de la directora y de las maestras, a las qué se respetaba tanto o más que a sus padres.

Mamá asiente y recuerda: “Representaban una autoridad inapelable y esto se reflejaba en la conducta de mis compañeros y compañeras”.

Después de 30 años, ese sistema educativo había sido reformado. La escuela en ese momento contaba con siete grados, por los qué transitó su hija, mi mamá y años más tarde, yo, su nieta.

Hay algo que los tres recordamos con claridad: a la Escuela no se faltaba, porque significaba perderse de algo, que podía ser aprendizaje o momentos con el resto de los pares. Bueno, a veces, me “dolía” la panza. Pero ya sabíamos que no era cierto.

Al igual que le había sucedido a mi abuelo y a mi mamá, en el momento del recreo repartían algo para comer, un vaso de leche para mi abuelo, pan con dulce de leche para mamá, pan para nosotros y nosotras.

Tanto mis maestras como mi directora demostraban afecto y cercanía para con nosotros. Armábamos una gran ronda en el salón de fiestas, sí en el mismo en el que “formaron” mi abuelo y mi madre, pero ahora para hablar de los miedos, de la pérdida de un compañero por una enfermedad sin cura.

Cuando pienso en la Escuela y en las personas con las que estuve, viene esa imagen, la de la ronda, todos y todas tomados de las manos,

maestras, directora, porteras, profesor de ajedrez, compañeros y compañeras. Y entonces, cuando la pienso, entran en ella, todo aquello que experimenté durante siete años: miedos, enojos, retos, fotos, banderas, actos y la infinidad de conocimientos adquiridos por la interacción y la comunicación de todos y todas.

Hoy, esa escuela sigue de pie. Sí ha cambiado, ahora hay pizarras digitales, netbooks para todos y todas. Mi hermano, es uno de ellos, con sus ocho años, transitando su cuarto grado, pero él sí pide faltar a clase.

Hay algo que tiene que quedar aunque pase el tiempo y es concebir a la escuela como espacio de lucha, de resistencia, de inclusión, de contención, de aprendizaje, de puesta en común de las experiencias reales y cotidianas de cada uno y cada una. Para que esa ronda cada vez sea más grande, porque cada vez somos más los que formamos parte.

Crítica

¿Es solo una ronda?

Por Germán Nahuel Zuwenger

Hay un hecho que vale la pena resaltar en esta historia, que tiene como significado mucho valor en las almas del pueblo al que pertenece, quien cuenta este relato, Marianela Santos. Es el hecho de que exista solo una Escuela Primaria.

Ella encara esta historia esclareciendo que la escuela no era únicamente un ámbito físico y activo donde se educaban y aprendían todos los habitantes de su pueblo, sino más bien, donde se reunían y compartían momentos únicos y experiencias todas las familias.

Que su abuelo, su madre, y ella misma asistieran a esta institución da a entender que la escuela era ese lugar que se transmitía de generación en generación y formaba una especie de lazos o ligazón entre la gente de un mismo territorio.

Marianela señala al patio de la escuela como el ambiente que se convertía en un escenario lleno de experiencias compartidas, donde quizás no solo la madre y el abuelo de ella han pasado, sino que también los padres y abuelos de sus compañeros y compañeras han formado parte de él.

Asistir a clases era algo fundamental para ella y el resto de su familia. Perderse un día de clases significaba perder un día de aprendizaje o momentos con el resto de los pares, resalta en una parte de su relato. Llegar de la mano de sus padres, vestidos de traje, con el guardapolvo blanco, a la puerta de una escuela ubicada en un pueblo, donde la casa más lejos queda a 10 cuadras de la misma, evidencia un instinto de apreciación

cultural con la misma por parte de Marianela y, acaso también, y dicho está, por sus mismos padres.

¿Es solo una ronda? ¿Fue una ronda, es y seguirá siendo? Esa ronda de la cual formaron, forman y formaran parte generaciones de Fortín Olavarría, en todo caso si no es una ronda, es una ronda gigante. Y si no es una ronda gigante, es un pueblo unido que forma una ronda gigante, donde se comparten miedos, enojos, alegrías, risas, actos, banderas, reuniones, experiencias, aprendizajes, conocimientos... Un pueblo entero que considera a la escuela como un espacio de lucha, resistencia, inclusión y comunicación. Una ronda inmensa que forma un pueblo donde su gente se educa en su única Escuela Primaria.

Ensayo

La Escuela formateaba valores

Por Miguel Fernández

Si tengo en cuenta que los medios de comunicación barrieron con el antiguo concepto de infancia, al modificar la forma de acceso a la información y de los saberes, debo asumir que cumplen con una función que antes era propia de los establecimientos educacionales en general y de la escuela pública en particular.

La Escuela Provincial n° 16, que me recibió con las puertas abiertas y custodiadas circunstancialmente por las dos maestras de primer grado turno tarde, dejó en mi memoria surcos imborrables. Era imprescindible no perder detalles de esa gigantesca aula: pisos contruidos con listones de madera machihembrada, paredes enormes y algunas decoraciones en cartulina; descomunales bancos de madera. Pizarrón negro.

¡Cuántos niños llorando! Algunos con sus padres, y otros tantos sentaditos con claras intenciones de ir al encuentro, en un lugar inhóspito, de un futuro impredecible, distinto, tal vez mejor.

Lo inesperado de aquel primer día de clase también estuvo presente. Me refiero concretamente al despojo de mis amigos: los pasaban al 1° “B” porque éramos muchos. Me los arrancaron y quedé solito en medio de otros niños casi desconocidos. La “señorita Nelly”, con notable dulzura me acarició la cabecita y dijo que no me preocupara por ello. Había notado, en el mismo instante, mi primera decepción. A partir de entonces me sentí acompañado y cuidado, aunque permanecí atento a todo lo que pasaba.

Peinado con raya y algo de gomina, luciendo un impecable guardapolvo blanco hasta las rodillas, pantalón corto, zapatos negros bien lustrados y una corbatita de tela azul, llegué a la casa del fotógrafo. Ah!,

me olvidaba mencionar la enorme cartera de cuero marrón que pendía de mi manito.

Eran las 12.30. Primero la foto tradicional, luego: “tempranito a la Escuela, a portarse bien, hacer caso y respetar sobre todo a la maestra”. Las recomendaciones de mi madre nunca faltaron en aquellos interminables primeros días y en los sucesivos años de instrucción: estaba segura de que mi vida social transitaba por el camino correcto porque consideraba a los docentes dignos, capacitados y a la institución valorada.

La prolijidad, el esmero en el aseo personal, el respeto a los mayores estuvieron acompañados por otras exigencias: el buen trato, la solidaridad y prestancia en el cumplimiento de las tareas.

Esas obligaciones que asumí desde niño las complementé con el cariño y el afecto que siempre me dispensaron las “mejores” maestras del mundo. Los sencillos y humildes obsequios que les acercaba cada 11 de septiembre nunca pudieron compensar aquel enorme capital simbólico que progresiva y sostenidamente me inculcaron.

Esa socialización tan convergente, vista a la distancia, no se apartaba ni un ápice de los objetivos trazados por el sistema. Tampoco se discutía, porque era la instancia previa a la “re-socialización” que me esperaba en casa si algo no funcionaba dentro de los parámetros normales y previstos. A los seis años de edad tampoco había motivos para regañar reglas de convivencias o contenidos.

En la escuela de mi pueblo incursioné en las ciencias, adiestré con el dibujo mi mano, conocí la vida austera de los patriotas. Desde allí comprendí algo de la provincia, el país y el mundo: el WiFi todavía no funcionaba y el libro de quejas estaba lejos. Los de lectura eran obligatorios todos los días, como así los manuales tradicionales destinados al uso sistemático.

¿Investigar? Sí, claro, en la biblioteca popular o en caras enciclopedias de los compañeros ricos, si estaban de amigos o interactuábamos en grupo.

La cotidianidad, sin opciones enfrentadas, manchó mi infancia de una rutina imborrable pero, a pesar de ello, no la marginó con un discurso adulto fuera de contexto como existe en la actualidad. Concurrí a la escuela sintiéndome siempre niño y sufrí como tal el embate de aquellos pares que pretendían tener razón. Algunos amigos todavía conservo.

Transité esos siete años bajo una mirada fisgona e híper protectora de todas las docentes. Siempre me veían esté donde esté. Durante el desarrollo de las tradicionales festividades patrias, que se realizaban el mismo día en horas de la mañana, las recuerdo simpáticas: sonreían, hablaban

con el público y nos repartían paquetitos de galletitas “Manón”, donadas por los dueños de la librería local.

La inocencia de entonces me impidió ver la emergencia en que transitaba el proceso de escolarización, donde la infancia se había convertido en una mera etapa para moldear instintos colectivos. Era otra manera de formatear valores.

La libertad infantil sí que estaba restringida, pero no lo sabía ya que era un niño. Siendo adulto pude entender por qué mis amigos, “los marginales”, no pasaban de grado. ¿Qué culpa tenían esas almas haber nacido en un hogar equivocado o con múltiples pobreza?

Crítica

La escuela, un poder disciplinario

Por Cynthia Zorrilla

Los años, las generaciones pasan y cambian. La escuela como institución continúa siendo la misma. Es decir, que su papel básico y específico no ha sido abandonado: formadora de personas e ideas.

El ensayo denominado “La escuela formateaba valores” de Miguel Ángel Fernández realiza una buena analogía entre el pasado escolar y el presente que atañe a su persona. El autor no puede escapar de su mirada crítica al escribir sus memorias.

Se describe de manera específica al colegio como inductor de ideas. Influye en el lugar donde sus estudiantes actúan y se manifiestan. Es así, que sus modos de actuar y comportarse deben adecuarse a las normas establecidas por dicha institución. Se puede decir que la escuela ejerce un “poder disciplinario” cuya función es enderezar conductas. Quien no cumple con ello quedará marginado, como bien se da a entender en el ensayo analizado. Los límites y normas que la escuela impone son necesarios para formar a los/as estudiantes y para poder desenvolverse en la sociedad.

Si se tiene en cuenta uno de los conceptos importantes del título como es “valores”, se puede ver que la educación se encuentra atravesada por ellos. Estos se van construyendo según los fines y según las creencias colectivas de quienes forman parte de la escuela: docentes, padres, madres, estudiantes. Por lo tanto la sociedad construye y da significados a la escuela.

Por otra parte, en el ensayo se hace hincapié en el concepto de “infancia”. Dos posturas puedo referir al respecto. La primera es que la niñez no fue, por mucho tiempo, valorada socialmente debido a que los/as niños/as eran muchas veces considerados/as adultos/as en un frasco

chico. La segunda es que los modos de vivir la infancia han cambiado porque los tiempos, la cultura, la sociedad, la tecnología, las ideas, entre otras cuestiones ya no son las mismas. Quizás este cambio, a diferencia de lo planteado por el autor, ha sido para mejor. De todas formas esa es una larga discusión.

Quizás cuando una persona es pequeña no puede vislumbrar que la escuela crea “robotitos”. Recién uno/a lo puede realizar cuando se desarrolla, adquiere nuevas visiones, ideas, imágenes. Pero también algo paradójico de todo ello es que sin ese primer paso hoy no seríamos quienes somos ni tampoco podríamos hacer las críticas que hacemos.

Ensayo

Armando mis bases

Por Rocío Aylén González Pascal

Cuando escuchábamos pasos que se acercaban a la pieza y se abría la puerta, nos tapábamos hasta la cabeza haciéndonos las dormidas. A Tete, mi hermana mayor, le costaba menos levantarse, pero con el frío que hacía disfrutaba de quedarse un poco más en la cama. Hasta que mamá se enojaba y nos levantaba: “¡Vamos, chicas! ¡Arriba! ¡Son las siete! Vamos que se enfría el café y llegan tarde”. Todas las mañanas era la misma historia.

Más allá de que siempre renegué por tener que madrugar, la escuela tuvo un gran significado en mi vida. Fue el lugar donde encontré a mis primeros amigos, y en el que tuve mis primeras obligaciones de niña.

Mis recuerdos en el colegio son los mejores, pero debo admitir que siempre me costó sentarme a hacer los deberes, aunque nunca me lleve ninguna materia. Mi mamá siempre cuenta que yo funcionaba a base de premios y castigos: si hacía la tarea podía salir al parque a jugar. Pese a esto, cada vez que había un acto y que necesitaban que alguien leyera, actuara o ayudase en la organización, yo me anotaba. No sé si por placer personal o porque siempre fui de meterme en todo, o casi todo.

Algunos de mis compañeros de primaria, con quienes finalice el secundario son, hoy en día, mis mejores amigos. Siempre fuimos un grupo bastante unido, tal vez porque éramos pocos. Nuestro curso, con catorce chicos, era considerado unos de los más numerosos en la historia de la escuela. En mi caso, iniciamos el jardín dieciocho, pero por diversos motivos cuatro quedaron en el camino.

En aquellos primeros años, esperábamos con ansias el toque de campana para salir al patio. El elástico, la rayuela o la soga eran nuestros juegos preferidos, como así también el ladrón y policía o la mancha; pero

estos últimos solían generarnos problemas y terminaban en peleas pasajeras. Otro momento de alegría para nosotros era la hora de Educación Física. Nos daba una felicidad indescriptible ese momento de sacarnos los delantales y realizar las diferentes actividades que nos proponían. Jamás nos quejábamos, todo lo contrario.

Me acuerdo que cuando sonaba la campana nos quedábamos esperando al profesor, saltando en el patio cubierto y gritando al unísono “Duca-Duca”.

De pequeña lo sufría un poco, debido a que tenía asma, y varias veces al año la enfermedad me impedía hacer cualquier tipo de actividad física, porque me provocaba mucha tos. Así que mi mamá siempre iba a hablar con el profesor para que yo no hiciera las actividades, porque sabía que si no le decía nada, las iba a hacer igual, pese a no poder.

Mis profesoras, “seños” como solíamos llamarlas, siempre fueron muy dulces y buenas -eso recuerdo de los primeros años-. Ya transitando los últimos tres, se pusieron más exigentes. Incluso recuerdo que en matemática, para incentivarnos, solían hacernos competir entre nosotros por las notas; íbamos sumando puntos y a fin de cuatrimestre el alumno que en mejor posición estaba ganaba algún premio, como agendas, calculadoras o lapiceras. Solo una vez gané; nunca fueron mi fuerte los números, pese a que no me fue mal en esa materia en particular.

Mis padres siempre vieron de una forma positiva la escuela, quizás porque mi papá fue profesor y siempre amó a la docencia, o quizás por los ideales que les inculcaron sus padres, mis abuelos. Recuerdo que no les gustaba que faltáramos y siempre estaban detrás nuestro para que hiciéramos los deberes, especialmente mi papá. “Las mandamos a la escuela para que tengan educación, para que sean personas de bien” es lo que siempre nos recalaban. Sin mencionar los discursos sobre el futuro y sobre ser alguien el día de mañana.

Mi mamá estudió de grande, casi a la par nuestra. Ella hacía el secundario cuando nosotras estábamos transitando la primaria. Tres veces a la semana viajaba a General Acha (un pueblo distante 40 km de Ataliva Roca) y cursaba de noche. A la mañana nos ayudaba a alistarnos para ir al colegio, hacía las tareas del hogar y a la noche, mientras nosotras dormíamos, ella aprovechaba a estudiar, ya que siempre fuimos de demandar mucho tiempo.

Creo que recién de adulta pude valorar el gran esfuerzo que hizo y reconocérselo. De chica solo esperaba los días que viajaba, porque al otro día me esperaban muchos chocolates que nos compraba en la estación de servicio que estaba a la salida del pueblo. “Mi placer más grande

en la vida fue que mi papá me viera recibida”, siempre dice con emoción y orgullo cada vez que en casa se toca el tema.

En conclusión, creo que mis bases las formé en el colegio y que mucho de lo que hoy soy se lo debo a esa institución.

Amigos, anécdotas, recuerdos y emociones de pequeña que quedaron por siempre guardados en mí, y que no hacen más que hacerme sentir mucha nostalgia por mi querida escolita “Nicolás Levalle”.

Crítica

Aprender las obligaciones

Por Érica Zalabardo

Este ensayo deja notar la importancia que tiene la familia y las rutinas a la hora de comenzar el ciclo primario de educación. Rocío valora las actividades planeadas y organizadas que en su casa se realizaban al momento de comenzar sus días de clases.

Demuestra que la escuela produjo un cambio en su vida: desde el aprendizaje de las obligaciones hasta el compañerismo y la amistad. De esta institución adquirió un modo de comportarse que luego trasladó al resto de su transitar académico. Me refiero a la base de educación pensada como premios y castigos. Esta se aplicó en las competencias que promulgaba la escuela, tanto como en las expectativas familiares.

Ir a la escuela implica transitar un camino. Pensar así la educación, lleva a entenderla en tanto desafío en el que sus logros crean un sujeto con futuro. Es una meta, a la que hay que llegar para completarse como persona sin importar la edad que uno tenga.

Rocío cuenta la felicidad que le provocaban, dos de los símbolos más destacados de la institución. El primero es la campana, que la invitaba a los minutos diarios de diversión. El segundo, es el delantal blanco, que al sacárselo le permitía escapar de las clases más tradicionales. Ambos elementos, le hacían sentir una libertad plena, aunque en la realidad duraban apenas algunos instantes.

Además de curiosa, siempre tuvo mucha voluntad en el quehacer educativo. Esto se fomenta en su entorno familiar, el que, además de apoyar el sistema, participaban de él. Los componentes familiares consideraban que la escuela formaba tanto conceptual como moralmente. De manera, casi indiscutible, entendían el camino escolar como la garantía del éxito.

Describe cómo la Nicolás Levalle, su querida escuela, fomentaba la competencia entre los alumnos del mismo curso. A modo de carrera, los estudiantes avanzaban de posición. Sumaban puntos, que al finalizar la

materia, eran contabilizados. Quien acumulaba la mayoría ganaba un premio. Paradójicamente, esto se observa en los relatos que su familia le cuenta, a la ya adulta Rocío.

Fueron pocos largos años que dejaron, además de anécdotas, muchas experiencias y conocimientos que forman su presente.

Ensayo

Ayer nomás

Por Rocío Distel

Hace 16 años atrás caminaba, a paso lento y con mis cordones desatados, rumbo a lo desconocido. Era una mañana soleada con una fuerte brisa. Saludaba a amigos y familiares que estaban en la entrada, sacaban fotos, reían y hablaban entre ellos.

Una gran puerta verde me daba la bienvenida para comenzar un recorrido de diez años, acompañada de amigos, maestras y profesores. Un paso lleno de letras, números, imaginación, deportes, viajes, fiestas y pequeñas travesuras. También retos, llamados de atención, malas notas y “esporádicas” visitas a la dirección.

Sin embargo, en ese preciso instante, no sabía todo esto. Había escuchado anécdotas de mi familia y amigos. Ese lugar que todos llamaban “La Escuela”, por lo que me contaron tenía maestras malas de tirantes rodetes, bancos y mesas derechas, todos puntuales y con el pelo ordenadito.

Entré a la salita del Jardín, sin soltar la mano de mi mamá, sentía los pies pegados al piso. El miedo se me notaba, abría grandes los ojos mientras recordaba lo que me habían dicho. De pronto, me saludó una maestra sonriente con los pelos desparramados que me invitaba a jugar. Fue en ese momento que entendí todo. Yo iba a disfrutar al máximo este trayecto.

Unos meses después comenzó la verdadera aventura. Esa escuela gigante nos invitaba a recorrerla pero eso no se permitía. El patio de los “del jardincito” estaba delimitado. La mejor forma de escapar era jugar a la escondida (algo que habíamos estudiado. Teníamos cero margen de error). Con esos enanos, que se convirtieron en grandes compañeros y amigos, nos escondimos detrás del tapial divisorio. Caminamos agachados y salimos a recorrer el playón y la cancha de fútbol.

Todo nos parecía nuevo y maravilloso. Nos fuimos a la huerta, paseamos por el frente, la casa de la directora, los gallineros y llegamos al horno de barro. Se sentía a lo lejos el olor al pan recién horneado. Escondidos observábamos como José lo sacaba con una larga pala y lo

ponía a enfriar sobre la mesa. La intriga o el hambre nos ganaron y de a poco nos acercamos. Comimos una rodaja cada uno, mientras José se reía y decía “Ya están haciendo renegar... la maestra debe estar enojada y la señora directora también”.

Así fue... teníamos al portero, a la maestra y a la directora que nos buscaban por todos lados. Terminamos nuestra rodaja de pan y volvimos corriendo al patio de las hamacas.

Apenas llegamos escuche el primer reto, la “señor” había cambiado la voz. Marchamos derechitos, con la cabeza gacha hacia el rincón aburrido.

Un año después, usar el guardapolvo blanco fue todo un desafío ¡Tenía que lograr que dure limpió toda la semana! Nunca lo pude hacer. Mi mamá y mi abuela renegaban mucho. Decidieron que tuviera uno para los actos porque ahí había que ir “limpitos”, con el pelo ordenado. El que no actuaba, con el guardapolvo bien blanco y la escarapela al lado del corazón.

Compartir el recreo con todos los chicos del pueblo y con los internos era genial. La escuela hogar permitía que niños de los campos y zonas aledañas pudieran albergarse en ella y terminar sus estudios primarios y de EGB3.

El griterío y las corridas por la larga galería son sonidos que no se olvidan. Tampoco, los juegos de la rayuela, la soga, el elástico, la enredadera y el “yo con todas”. Aunque esos siempre me aburrían, me gustaba más salir al patio jugar a la mancha, al delegado, las escondidas o al fútbol.

Las maestras cambiaban con el paso de los años. Estaban las sonrientes, las más serias, flacas, gordas, altas, petisas, con grandes cartucheras y muchos papeles de colores. Sin embargo, ninguna usaba rodete.

Pase mis años de primaria pendiente del reloj. Pretendía que las horas de Educación Física e Inglés fueran eternas y que volaran lo más rápido posible durante Actividades Plásticas y Matemática. Cada vez que se organizaba un acto, quería participar. Los ensayos hacían que te retires del aula durante la semana previa y eran muy divertidos.

La mejor etapa de esos años fueron los últimos. Pasar al tercer ciclo era el cambio de la niñez a la adolescencia. Fue lindo vivirlo en esa comunidad educativa. Las amistades se volvieron más profundas.

Durante los juegos olímpicos o los mundiales de fútbol los horarios los manejábamos nosotros. Íbamos todos al comedor o llevábamos el televisor a la galería. Las celadoras improvisaban un desayuno y nos sentábamos todos juntos a disfrutar.

La Escuela Hogar n° 79 “Santiago del Estero” de Conhelo es un orgullo para mí, me hizo crecer como persona. La considero la institución

más relevante en un pueblo de 400 habitantes. Cada vez que vuelvo a ese lugar afloran miles de recuerdos atesorados en mi corazón. Cambió la entrada, el frente, los jardines, el personal y los estudiantes pero la puerta verde sigue ahí. Invita a la aventura como aquel día de 1999.

Crítica

Vuelo de pájaro

Por Sofía Torino Wilches

Rocío retrotrae sus recuerdos a 16 años atrás, cuando comenzaba su paso por la “escuela”. Ingresaba con preconceptos muy marcados referidos a los estereotipos de docentes, imagina maestras malas de tirantes rodetes. Asimismo predomina la idea de orden, limpieza, bancos alineados que generaban en ella cierto temor.

Todo es narrado de manera descriptiva, pero en general no se detiene para hablar de algún docente o compañero en particular, si no que en su relato todo es muy general. Realiza un resumen como a vuelo de pájaro de todos sus años dentro de la institución.

La primera imagen fuerte que surge es la puerta verde de entrada, con la que Rocío nos introduce en su relato. E inmediatamente la maestra sonriente de cabellos desparramados que la invita a jugar. Deja a entrever que sus valoraciones para con la escuela son mayormente visuales.

Llama la atención que en toda la historia no aparece algún punto oscuro referido a la escuela. La sensación que transita es una escuela cuasi perfecta, que impone modelos o tipos de alumnos admirables, ¿Hasta qué punto es bueno? Cuestiona pero de manera aceptable la utilización del delantal blanco y limpio para concurrir a un acto.

El recorrido de esos años muestra un afecto por esa escuela hogar que derrumba el preconcepto inicial que ella traía. Muy significativo abre y cierra el relato con la imagen de puerta verde de entrada.

Finalmente, es excelente el concepto que tiene de la escuela albergue, porque es el lugar donde los niños provenientes de campos y de lugares en los que no hay colegios cercanos tienen la posibilidad de educarse y adquirir normas de convivencia para desempeñarse en la sociedad.

Ensayo

No soy un robot

Por Rocío Pérez

De chica, muchas veces escuchaba que les decían a mis padres sobre mí: “Esta nena es superdotada.”

Aprendí a leer a los 3 años. No sabía escribir, pero reconocía las letras y sabía cómo articularlas. No sé cómo habré aprendido, pero supongo que fue por imitación. Unos años después podía hablar en inglés, pero lo poco que sabía lo aprendí por esos dibujitos animados para niños en *spanglish*. De nuevo, aprendí imitando los sonidos que escuchaba.

No era para tanto.

Creo que simplemente tenía la capacidad de absorber conocimientos nuevos rápida y fácilmente, además de que me gustaba (y me gusta) aprender cosas nuevas.

Considero que esto marcó mi paso por el colegio primario. Y sobre todo, lo hizo mucho más simple, casi hasta el punto de que me cuesta recordarlo con claridad (comentario aparte: hablando sobre este ensayo con mi papá, me contó que cuando fueron a inscribirme en la escuela, preguntaron si podían adelantarme un año, debido a que ya sabía leer y escribir. Menos mal que no se los permitieron: creo que me hubiera costado horrores adaptarme y socializar con mis compañeros.)

Por decirlo de alguna forma, sentía a la escuela primaria como un lugar donde podía desplegar con libertad mis capacidades, y a cambio recibía mucha atención por ello. Eso está bueno cuando sos chico; es hasta divertido, te hace sentir especial, destacado.

Creo que ese sentimiento se reflejaba en mi actitud hacia esta institución y todo lo que venía de ella. Tenía mucho entusiasmo por aprender, y me resultaba fácil. Sacaba buenas notas siempre (consejo a quien pueda llegar a leerme: por favor, no se presionen para lograr esto. Establece ciertas expectativas que no siempre es fácil cumplir.) Siempre participaba en los actos escolares y demás actividades con gusto. Cumplía con las normas de comportamiento, y me ponía muy ansiosa cuando mis compañeros no lo hacían. Muchas maestras tenían un aprecio especial por mí ¿Sería así tal vez porque lidiar conmigo era menos trabajo para ellas?

Fui a la Escuela Pública n° 2 “Remedios de Escalada de San Martín”. Asistí a esa escuela desde preescolar hasta sexto grado –es decir, pasé por todos los niveles educativos que esa escuela ofrecía–. Hoy está ubicada en otro lugar pero, cuando yo asistía, estaba en el centro de Santa Rosa, en frente de la plaza principal: una zona en la que generalmente se movía gente de clase media-alta, la zona administrativa (sin ir más lejos, el colegio estaba al lado de la Municipalidad).

Al ser un colegio público, pero ubicado en una zona “rica”, había alumnos de todas las procedencias, al menos entre mis compañeros. Estaban los que tenían padres abogados, contadores, empresarios. Y estábamos los que teníamos padres maestros, comerciantes, taxistas. Esa convivencia entre niños de diferentes clases sociales se notaba (o mejor

dicho, se me hacía visible) en las pertenencias de mis compañeros, más que nada de mis compañeritas. Tenías que tener la mochila de tal personaje de la tele, la cartuchera de tal princesa, porque “era lo que estaba de moda”, y ¡qué casualidad!, era lo más caro ¿Cómo puede ser que ya de tan chicos nos metan esas cosas en la cabeza?

Mi viejo siempre le dio mucha importancia a que yo estudiara, leyera, me capacitara. Desde que era chica hasta hoy. En el momento lo ignoraba, pero ahora creo que esa importancia está un poco basada en el hecho de que mi viejo no tuvo las mismas oportunidades que yo: si bien pudo terminar la escuela primaria y secundaria, su familia siempre fue muy humilde y los libros y revistas –“materiales para instruirte”, considera él– eran un lujo al que no podían acceder. Él siempre fue un lector muy ávido, y supongo que sería algo lindo y motivador ver esa misma avidez reflejada en mí.

Con esto no quiero decir que el interesado fuera solo él. Mi mamá también estaba, pero de otra manera. Ella era la que más se involucraba en las cosas más concretas: me ayudaba con la tarea, firmaba mis notificaciones, iba a los actos y las reuniones de padres.

Honestamente, hasta el momento de realizar este ensayo, no me había puesto a pensar realmente sobre mi paso por la escuela primaria. Y mucho menos a pensar sobre qué cosas me dejó esa institución. Tal vez esto haya sido porque no tuve ninguna experiencia particularmente destacable o negativa. Diría que tuve un paso sin sobresaltos. Casi anestesiado. Cumplía por demás con todas las expectativas y las normas, pero nunca me puse a pensar por qué existían esas expectativas y normas.

En retrospectiva, si tuviera que definir mi paso por la escuela primaria con una palabra, creo que sería “complaciente”. Para con mis padres, para con mis maestras. Sarlo quizás diría que fui un robotito funcional al Estado, perfectamente adaptado. Yo le digo que ahora estoy más grande y crítica, y que no quiero serlo. No sin cuestionar primero.

Crítica

Deconstruir para construir Por Marianela Santos Carloni

Las personas estamos dotadas de la capacidad de percibir subjetivamente los hechos, la realidad, los momentos. En este sentido, Rocío Pérez, en su relato sobre las huellas que impregnó en ella la escuela primaria, reconoce el papel normalizador de la institución- escuela, como así también la incidencia de otra institución importante, la Familia.

Ambas instituciones son claves en la educación de los niños y niñas. A partir de su experiencia subjetiva, Rocío expresa en hechos concretos, el peso de la familia como Institución, que imparte pautas y comportamientos, como así también la internalización de determinado modo de vivir, condicionado, por la situación social y económica de clase.

Estos saberes, podrían ser concebidos como un caudal recibido por la primera experiencia con una institución, la familia. Saberes qué, la escuela tiene que sostener, fortalecer y redefinir, para desarrollar, así, la idea de sujetos y sujetas de derechos.

El dilema se presenta cuando el Estado, como garante de derechos, incumple en su deber y nos encontramos con realidades disímiles. Existen familias qué, por la ausencia del Estado, carecen de esos derechos y son arrojadas a la inseguridad económica, educativa, habitacional, a causa del sistema.

Entonces, la institución-escuela alberga niños y niñas que diariamente experimentan cosas diferentes. Dentro del aula se hacen palpables algunas características propias del sistema capitalista.

Y esto constituye el acceder o no a un determinado bien, el “umbral entre la privación y el consumo es angosto” afirma Beatriz Sarlo en la *Máquina Cultural*. Ello genera sentido de pertenencia; pero el no poder acceder, genera exclusión. Esto se materializa en la casi obligación de que la mochila sea de tal personaje, la cartuchera de tal princesa, porque es la moda, lo impuesto y también lo más caro.

Por ello, el desafío de la escuela consiste en hacerse cargo de las diferencias, no para normalizarlas, sino para problematizarlas, es decir, para problematizar la realidad, creando herramientas y metodologías nuevas y profundas, que reconozcan la importancia de estos niños y niñas, como sujetos de todos los derechos.

Ensayo

Pinceladas del saber

Por Sofía Wilches

Todo lo que transitamos en la vida deja plasmado en nuestra mente una imagen, un olor particular o por qué no decir una canción. Aunque pasen muchos años siempre algo me va a llevar a recordar mis primeros pasos en la escuela primaria. Y podría decir que tengo un álbum de fotos, videos y anécdotas que, sacar a la luz, me enorgullece de haberlas podido vivenciar. Comenzaré a describirles mis imágenes: los invito a leer este ensayo y que se suban a mi pequeña nave.

Dos meses antes de iniciar las clases, mi madre ya me había comprado el uniforme, una jumper gris que terminaba en mis rodillas, una remera blanca que llevaba el logo del colegio “María Auxiliadora”, medias azules y zapatos del mismo color con presilla. El gran cambio era la mochila, ya no iba a usar más la bolsita de jardín con la tasa y el mantel, ahora iba a estar cargada de cuadernos y una cartuchera de cuatro pisos repleta de colores. La ansiedad me llevó a estar vestida tres horas antes, para así poder cargar sobre mi espalda la mochila. Solo quería que mis padres y abuelos me vieran vestida de estudiante, lo que para mí era como un disfraz de grande.

Luego de sacarme fotos con todos los familiares, llegó el momento de ir a formar fila con mis compañeros de 1° “A”. Me temblaban las manos porque era la más baja, estaba adelante de todos y tenía enfrentados a chicos de quinto y sexto año a los que yo veía gigantes.

Después del acto hicimos un recorrido por el enorme colegio. Me parecía estar en un castillo, porque contaba con dos plantas. En la parte superior estaban las aulas de los últimos grados y en la inferior los salones de clase de los más pequeños y la dirección, hacia el otro lado la capilla, la sala de música y finalmente mi querido salón de actos. No era cualquier salón, tenía butacas al igual que el cine. En ese escenario se despertó mi amor por la actuación, aunque siempre me enojé al tener que interpretar el rol de negra candombera.

La arquitectura era típica de los establecimientos religiosos, que se construían en esa época. Galerías iluminadas por grandes ventanales. Creo que de noche no me hubiese gustado quedarme nunca de lo inmenso que era. Traspuesta la galería dominaba la escena un grandioso patio descubierto de forma circular y el infaltable mástil al fondo.

Entramos al aula, mis ojos se agrandaron, levante mis cejas, me encontraba en un cálido y bello espacio, había mesas y sillas de colores azules, rosas y verdes. Éramos treinta alumnos, pero en total ese día en el aula había cerca de cien personas: padres que sacaban fotos, abuelos abrazados a sus nietos; el aula estaba repleta. Un cartel enorme arriba del pizarrón parecía un arcoíris, las paredes de color crema estaban cubiertas por letras sueltas que vestían la clase.

Mi querida señorita Blanca, su olor llegaba hasta el final del aula, ese perfume que aún lo percibo. De estatura media, pelo blanco, robusta. Creo que siempre la aprecié porque tenía aspecto de abuela. Ella me enseñó a leer y comprender. Las horas de Lengua eran muy divertidas, pero cuando empezaba el dictado temblábamos todos. De hecho más de una vez llegué a casa llorando porque estaba cansada de repetir letras. Mi paso por este colegio solo duró cinco años, compartí hasta quinto

grado con los mismos compañeros, nunca me sentí parte de esa escuela. Fue un gran reproche hacia mis padres, la enseñanza no era mala, si no quizás las actitudes de mis compañeros. De los directivos solo recuerdo a la señora Kela, una mujer de mediana estatura con dificultades en una pierna que la hacía renguear. En todos los actos siempre decía unas palabras. Recuerdo en quinto grado que dijo: “Chicos escriban en un papel el propósito de este nuevo año escolar” y mi propósito fue cambiar (encontrar otro espacio educativo del cual sentirme parte).

Nunca terminé de entender porqué me inscribieron en el colegio de monjas, siempre supe que mi padre no estaba de acuerdo por muchos motivos. El defendía a la escuela pública, porque terminó su escuela primaria en la 180, siempre decía “yo solo iba a aprender y llevaba los libros en una bolsa de nylon”. Pero si ataba cabos, mi madre concluyó sus estudios en el María, entonces ahí estaba el punto. Aunque es totalmente contradictorio, mi madre cursó la primaria en un establecimiento público. Al momento de inscribirme prevaleció la idea de ella. De todos modos, mis padres siempre estuvieron agradecidos por los conocimientos y valores que me inculcaron, totalmente partidarios del saber aprender pero, por sobre todo, ser buena persona.

Es así que aparecí, como en un sueño, con delantal blanco en la escuela N° 218, donde finalicé mis estudios primarios. Era un lugar extraño al principio: señoritas y compañeros nuevos. Pero fue ahí donde me encontré, donde pude dejar mis pies marcados. Aprendí que se puede tener poco pero ser feliz. Recuerdo el aula de 6° C y a mi seño Paula, quien planeó y nos acompañó en nuestro viaje de egresado. Ella me enseñó que Santa Fe era una bota y a reírme buscándole forma a las provincias.

Me encontré en un aula en la cual los padres de mis compañeros laburan de sol a sol como los míos.

En cuanto a mis compañeros, no me costó hacerme de amigos, ese mismo día un grupo de seis chicas me integraron a su mesa. Si tuviera que señalar coincidencias y diferencias entre los dos colegios, las primeras las logre en la 218, sin por ello desmerecer algunas relaciones que he mantenido con compañeros del María.

Creo que mi paso por dos escuelas o mis cambios sirvieron por muchos motivos. Tanto una como otra me brindaron las herramientas suficientes para poder seguir avanzando, pero además es importante destacar que el hogar también es escuela. En mi casa me enseñaron a ser responsable y en la escuela a pulir esa responsabilidad. Son innumerables las huellas que me dejaron. La escuela es un segundo hogar, donde no solo adquirí conocimientos si no también valores, compartir una taza de leche en la merienda, que venga la portera con un trozo de pan es

maravilloso. Es un mimo en el alma. Esos olores a chocolate caliente, a cartuchera y perfume mujercita los llevaré grabados siempre en mi corazón. Hoy puedo compartir con mis hermanos más pequeños muchas anécdotas de la escuela y ser parte de este hermoso proceso académico. Agradezco muchísimo a todos los que formaron parte de estos primeros pasitos por la escuela primaria.

Crítica

Feliz con nada

Por Lisandro Moreno

El relato de Sofía Wilches, titulado “Pinceladas del saber”, comienza con el recuerdo de las imágenes que han quedado guardadas en su memoria, como pequeños retazos de un feliz paso por la escuela primaria. También, podríamos adelantarnos afirmando que pasó por dos instituciones que pintaron distintas cosas en su formación.

“El gran cambio era la mochila, ya no iba a usar más la bolsita de jardín con la tasa y el mantel, ahora iba a estar cargada de cuadernos”. Así da el primer salto de madurez la pequeña Sofía en su recorrido por la escuela. La primera institución sería el colegio privado y religioso “María Auxiliadora”.

Esta escuela es recordada más por su gigantesca y bella infraestructura, así lo afirma cuando dice que “me parecía estar en un castillo” o cuando siente que se “encontraba en un cálido y bello espacio”.

Estuvo asistiendo a sus aulas durante cinco años. Sin embargo, este no parece ser uno de los más gratos recuerdos. En su memoria solo quedó espacio para la señorita Blanca y su perfume, por su gran parecido a una figura materna: la abuela.

Por otra parte, de sus compañeros es poco y nada lo que comenta. De todas formas, deja lugar para una definición que expresa de manera eficaz su paso por el María: “Nunca me sentí parte de esa escuela”.

En su relato, parece que la decisión de ir a un colegio público o privado la tomó la madre, “él (por su padre) defendía la escuela pública”, pero “mi madre concluyó sus estudios en el María”. La idea que prevaleció fue esta última.

Quizás esta decisión pueda entenderse en el marco de un discurso que históricamente desprestigió y desvaloró a las instituciones públicas en favor de las instituciones privadas, que eran vistas como garantes del virtuosismo y la calidad. De todas maneras, ella cambió de colegio.

De esta manera, y como afirma Sofía, su sueño de utilizar el tradicional delantal blanco se cumplió al ingresar en 6° grado. “Es así que

aparecí, como en un sueño, con delantal blanco en la escuela n° 218, donde finalicé mis estudios primarios”.

La felicidad de ingresar en un colegio público comienza brindarnos otros retazos de su memoria. Pinceladas que parecen de un color más cálido y alegre. “Fue ahí donde me encontré, donde pude dejar mis pies marcados”.

Sin embargo, entre tanta felicidad, Sofía nos regala una fotografía de las clases sociales pertenecientes a ambos colegios, cuando afirma que allí aprendió a que “se puede tener poco pero ser feliz”, con compañeros y compañeras con padres que “laburaban de sol a sol”, como los suyos.

También se puede vislumbrar la diferencia entre las dos instituciones y lo que dejaron en ella. En la primera, ella rescata la belleza y magnitud de la infraestructura y que allí le enseñaron a leer y comprender. Pero al parecer era un lugar frío del cual no se siente parte. En cambio, en la escuela n° 218 logró sentirse parte de un grupo pudo compartir e intercambiar risas mientras aprendía, dejando en un segundo plano la importancia de la materialidad. Allí había sido feliz y ese es el cuadro que nos deja finalmente con sus pinceladas.

Ensayo

Recuerdos institucionales

Por Germán Nahuel Zuwenger

Al fin llegó ese día. El primer día de clases. No me voy a olvidar nunca como asistí al Colegio María Auxiliadora. Mi madre, Celia, me ayudó a vestirme. Zapatos negros, pantalón gris, camisa blanca y corbata azul. Claro está, era un colegio privado.

Mis padres no tuvieron la misma suerte que yo. Mi papá, Juan Carlos, apenas concurrió cuatro años a una escuela primaria en el campo; mi mamá, llegó un poco más lejos, pudo terminar la primaria, también en un colegio rural. No porque no querían estudiar, si no porque mis abuelos precisaban de su ayuda en el campo. De todos modos, para mis padres era fundamental que mi hermana y yo fuéramos a la escuela.

En esta institución, nos hacían rezar y asistir a misa. La mayoría de los directivos te llamaban la atención si llegabas tarde. El patio del colegio era enorme, con fuentes de agua, estatuas de santos, canchas de fútbol y de básquet. Había profesores vigilando por todos lados. Recuerdo que un día hice tropezar a una compañera de mi curso jugando una carrera y se peló toda la cara al caer al piso. Yo desmentí el hecho diciendo que una baldosa fuera de lugar hizo que la chica se desplomara.

Era travieso, pero me preocupaba por hacer la tarea y aunque era un poco duro de entender las cosas, a la larga, aprendía.

Fue solo un año el que concurrí a ese colegio. No recuerdo por qué mis padres decidieron cambiarme a una escuela pública. Ocurrió en el 2001, nos mudamos lejos del centro, a un barrio cerca de la entrada de la ciudad. Ese mismo año nació mi hermano menor Franco, entonces, mi mamá ya no me pudo llevar más a la escuela, y junto a mi padre, decidieron que una combi escolar me transportara todos los días.

La camioneta tocaba bocina frente a mi casa a las 12:30 después de almorzar, y yo salía con el guardapolvo puesto, y la mochila sobre mi espalda. Escuela N° 74, Manuel Belgrano. De este sí tengo recuerdos, ya que fue el colegio donde terminé la primaria. Ingresaba a las 13, nos formábamos todos los grados en el salón para cantar el himno e izar la bandera antes de entrar a las aulas. Terminábamos las clases a las 17:30. Había dos recreos, el primero era el más corto, y el segundo era el de la merienda. De a poco fui ganando espacio dentro del aula y en pocas semanas ya tenía varios amigos. Era demasiado competitivo, no sé por qué motivo, mis padres nunca me lo enseñaron, pero yo quería ser el mejor en las notas y también por el comportamiento dentro del grupo.

Éramos cerca de 30 alumnos en el segundo año de la primaria, y ese grupo se fue manteniendo a lo largo de los 5 años que visité a esa escuela. El patio de la misma estaba dividido en dos: los de 1, 2 y 3 grado de un lado y los de 4, 5 y 6 de otro. El patio nuestro era el más chico, no había ninguna cancha para jugar a la pelota, solo podíamos jugar a la mancha o a las escondidas. Los más grandes, en el otro patio, jugaban al fútbol y las mujeres, a un costado, alentaban. Yo no veía la hora de pasar a cuarto grado para poder tener nuestra propia cancha.

Esos dos años se me pasaron muy rápido. Al finalizar tercero, yo era uno de los “cabecillas” del grupo. Me juntaba en el aula con los más estudiosos y en los recreos, con aquellos que mandaban siempre a la dirección por malas conductas. Eran unos vagos. También tenía enemigos, como ese que estaba enamorado de la misma chica que a mí me gustaba y todos los días nos peleábamos para ver quien le llevaba más bombones.

Siempre participaba y actuaba en todos los actos de la escuela. Mi mamá era la que se encargaba de hacerme los disfraces acordes a cada jornada.

Cuando regresaba a mi casa, luego de que la combi me trajera del colegio, salía a jugar con los vecinos del barrio. Muchas veces volvía tarde y mi madre me castigaba encerrándome en la pieza sin cenar para que completara toda la tarea.

Al pasar a cuarto grado, mi papá se fue a trabajar lejos de la ciudad, a un pueblo del interior de la provincia. Mi hermana, Natalia, ya en la secundaria, repitió tres veces noveno grado y decidió dejar de estudiar para irse a trabajar como cocinera a otro pueblo al oeste de la provincia. De esta manera, quedamos solos en mi casa mi mamá, mi hermano, que ya tenía 3 años, y yo. Esto significó que tuve que ayudar a mi madre con las tareas del hogar durante mucho tiempo. Nunca se me va a ir de la cabeza la imagen de la directora de la escuela. Clelia era su nombre. Una mujer robusta, grande, de piel colorada y ojos saltones. Muy seria, con cara de mala y voz gruesa. Nunca la vi sonreír. Las maestras y secretarías eran muy distintas a ella, eran personas buenas, te trataban con cariño y te ayudaban en lo que necesitabas.

Cuando la directora ingresaba en las aulas, nosotros nos parábamos rápidamente del banco y expresábamos en voz alta: ¡Buenas tardes señorita Clelia! Hasta la misma maestra modulaba la misma frase y con la misma postura que los alumnos.

Los últimos tres años en esta escuela se me pasaron rápido. Durante cuarto grado fui escolta en todos los actos. Mi madre siempre me iba a ver. Yo estaba orgulloso.

Lo que más disfruté era de jugar al fútbol en los recreos con mis compañeros. Todos nos observaban, hasta las docentes hacían de hinchada y los porteros que nos servían la leche en el salón nos llenaban de halagos.

Aquí es donde te vas dando cuenta que te queda poco tiempo en la primaria y de que tenés que aprovecharlo. En el tiempo quedaron las palabras de seguir viéndonos con mis compañeros, pero al fin y al cabo todos emprenden vida nueva y no los volvéis a ver, o a lo mejor pasan muchos años hasta reencontrarte con algunos de ellos. El viaje a Río Tercero, como egresados de la primaria, fue el último tiempo que tuvimos juntos.

En conclusión, la escuela primaria me enseñó mucho. Mensajes como compañerismo, solidaridad, educación, respeto, responsabilidad, quedaron en mi cabeza y lo más importante de todo, la base para poder seguir aprendiendo y sumar más experiencia.

Crítica

Marcando huellas

Por Ingrid Maier

En el ensayo “Recuerdos institucionales”, aparecen dos tipos de escuelas, la privada católica y la estatal laica.

La primera de ellas era una escuela en la que se debía pagar para que a los niños se les enseñara. Una escuela para unos pocos, donde los alumnos debían usar un uniforme caro que los diferenciara de los alumnos de la escuela estatal. Estaba ubicada en el centro de la ciudad. En esa institución por donde transitó Germán, en el medio del patio había estatuas de santos, imponiendo implícitamente un culto y respeto hacia los “dioses” de esa ideología religiosa.

La segunda escuela era la pública, la que garantizaba el Estado, donde todos los niños eran iguales mediante el guardapolvo blanco. Una escuela que solo transmitía conocimientos laicos, sin hacer diferencia en cuanto a credos religiosos. Ésta estaba ubicada en la periferia de la ciudad.

Ambas escuelas, a pesar de sus diferencias, estaban unidas por un sentimiento de patriotismo homogeneizador. Mediante cánticos nacionales se realzaba la devoción por nuestra tierra y el sentimiento de unión de los argentinos.

Los maestros siempre “viligantes” en el recreo de que nada malo suceda con los estudiantes, cumpliendo el rol de un panóptico o de Big Brother, que todo lo ve. A pesar de esto, las maestras tenían el rol de segundas madres en el aula, brindando cariño y los cuidados necesarios a los niños. En cambio, la directora de la escuela generaba temores, intimidaba mediante su voz y mirada firme, convirtiéndose en la figura de mayor respeto en la institución educativa.

En cuanto a los alumnos, siempre hubo dos bandos o mejor dicho estereotipos, el de los revoltosos o vagos que descontrolaban al grupo y alteraban la clase y el de los estudiosos que siempre eran los alumnos ejemplares y modelos a seguir. En este caso, Germán era ambos.

Aparece también en el ámbito de la escuela el concepto de “compañerismo”, ese compartir con el otro. Germán lo hacía mediante un partido de fútbol en los recreos, al vivenciar experiencias de travesuras y hazañas con sus camaradas. Un vínculo unido por lazos sentimentales fuertes con sus pares que fue construyendo a lo largo de los años por la primaria, y que le trajo nostalgias a la hora de despedirse de ellos.

Germán ve a la escuela a través de su ensayo como un lugar que le brindó los cimientos para formarse como persona y ciudadano. Él se piensa como un sujeto con suerte por haber podido terminar la escuela, a diferencia de sus padres, que solo pudieron estudiar hasta que la necesidad de salir a trabajar se los impidió. Eran tan importantes para él, quien competía con sus compañeros para ser el mejor alumno de esa institución y con orgulloso llevaba la bandera en los actos.

CAPÍTULO XIV

Otras ejercitaciones, otras charlas

A partir de la experiencia anterior, surgieron en las *charlas* ideas relativas a considerar otros ejercicios que dieran cuenta de la huella inconsciente que anida en cada uno de nosotros.

Con ese propósito trabajamos con un fragmento de la película estadounidense “Perfume de mujer” (1992), dirigida por Martin Brest. Sobre el final del film en cuestión el Teniente coronel Frank Slade (Al Pacino) ejecuta una feroz crítica a las formas institucionales de la escuela de New Hampshire, Baird. El método discursivo que el militar utiliza es el del monólogo, en el que queda perfectamente explícita su huella inconsciente acerca de las representaciones simbólicas que afectan su valoración sobre lo que debe ser la formación escolar.

No es imprescindible para este trabajo conocer la película íntegra –aunque en nuestro caso muchos lo hicieron–. Es que lo esencial para el ejercicio es ese tramo final donde la huella inconsciente se pone de manifiesto. De cualquier forma, para quienes deseen saber más sobre el film, recomendamos la siguiente forma de reseña, que nos parece oportuna y apropiada a esos fines: <http://www.eticaycine.org/Perfume-de-mujer> y es de pública visualización.

En la clase, proyectamos la parte de la película que da lugar a esta actividad. Aquí transcribimos el diálogo con el que se abre la secuencia ya que, por obvias razones, no podemos incorporar al texto el material audiovisual. Aquellos interesados en verlo, lo pueden hacer en https://www.youtube.com/watch?v=G_vqzr_g6Ag, doblado por Carlos Becerril.

El Director de la escuela de Baird es Mr. Trask y desde un atril, presidiendo una asamblea, dice: Sr. Sims, voy a darle una última oportunidad para hablar.

Frank Slade: El Sr. (Charly) Sims no la quiere. El no necesita ser etiquetado: Todavía digno de ser llamado un ‘Hombre de Baird’. ¿Qué

demonios es eso? ¿Cuál es su lema aquí? Niños, delaten a sus compañeros, sálvense el trasero. Cualquiera cosa más corta que eso y los quemaremos en una estaca. Bien, caballeros, cuando la mierda golpea el suelo algunos hombres corren y otros hombres se quedan. Aquí está de cara al fuego; y ahí está George escondido en el gran bolsillo de su papa. ¿Y qué están haciendo? Van a premiar a George y van a destruir a Charlie.

Mr. Trask: ¿Ha terminado Sr. Slade?

Frank Slade: No, apenas me estoy calentando. No sé quiénes estuvieron en este lugar, William Howard Taft, William Jennings Bryan, William Tell... Como sea. Su espíritu está muerto –si es que alguna vez tuvieron uno– se fue. Están creando un barco de ratas aquí. Un carguero para soplones del mar. Y si creen que están preparando a estos peces para la hombría mejor piensen de nuevo. Porque yo digo que están matando el verdadero espíritu que esta institución proclama e inspira. Qué fraude. Qué tipo de espectáculo están haciendo ustedes aquí hoy día. Quiero decir, el único con clase en este acto está sentado al lado mío. Y estoy aquí para decirles que el alma de este muchacho está intacta. Y no es negociable. ¿Saben cómo lo sé? Alguien aquí –y no voy a decir quién– ofreció comprarla. Solo que Charlie no estaba vendiendo.

Mr. Trask: Señor ¡usted está fuera de orden!

Frank Slade: ¿Fuera de orden? ¡Usted no sabe qué es estar fuera de orden! ¡Sr. Trask! Le mostraría qué es pero estoy muy viejo; estoy muy cansado; estoy muy ciego. Si fuera el hombre que era hace cinco años atrás, tomaría un lanzallamas y acabaría con este lugar. Fuera de orden. ¿A quién demonios cree usted que le está hablando? He recorrido ¿sabe? Hubo un tiempo en el que podía ver. Y he visto niños como este, más jóvenes que este, sus brazos despedazados, sus piernas descuartizadas. Pero no hay nada como la vista de un espíritu amputado; no existe ninguna prótesis para eso. Ustedes creen que están mandando a este soldado de vuelta con su rabo entre sus piernas, pero yo digo que están ejecutando su alma. ¿Y por qué? Porque no es un Hombre de Baird. Hombres de Baird... si hieren a este muchacho, ustedes van a ser bestias de Baird, Todos ustedes. Y Harry, Jimmy, Trent, donde quiera que estén por ahí: ¡Váyanse a la mierda!

Mr. Trask: ¡Siéntese, Sr. Slade!

Frank Slade: ¡No he terminado! Cuando vine aquí, escuche esas palabras: Cuna de líderes. Bien, cuando la base se rompe, la cuna caerá. Y ha caído aquí; ha caído. Hacedores de hombres; creadores de líderes; tengan cuidado con la especie de líderes que están produciendo aquí. No sé si el silencio de Charly aquí hoy día está bien o mal. No soy un juez ni un jurado. Pero puedo decirles esto: el no venderá a cualquiera para comprar su futuro. Y eso, mis amigos, se llama integridad. Eso se llama coraje. De eso es de lo que deberían estar hechos los líderes. Ahora, yo he llegado a la encrucijada de mi vida. Siempre supe cuál era el camino correcto. Sin excepción, yo lo sabía. Pero nunca lo tome. ¿Saben por qué? Era demasiado difícil. Ahora aquí esta Charlie. Él llegó a su encrucijada. Él ha escogido un camino. Es el camino correcto. Es un camino hecho de principios, que conduce a forjar el carácter. Dejen que continúe su viaje. Tienen el futuro de este niño en sus manos, comité. Es un futuro valioso. Créanme. No lo destruyan. Protéjanlo. Abrácenlo. Los hará sentir orgullosos algún día. Se los prometo.

De esa manera, finaliza el discurso de Slade, quien toma asiento y recibe el aplauso de todos los estudiantes, que eran muchos y formaban parte del auditorio en el que, supuestamente, se sancionaría a quienes fueron llevados al estrado como testigos de una pesada broma que otros pares le gastaron al director Trask.

El estudiante Sims saldrá ileso del interrogatorio. Lo absolverá el tribunal de disciplina después de escuchar el alegato de Slade, sin permitir que Trask intervenga en la decisión. No solo se hace justicia con Slim, sino que George, el otro estudiante que declara es penado por “su falta de colaboración”. A los tres verdaderos autores del escandaloso episodio se los colocará en “observación”.

Hacemos mención de este resultado de manera anecdótica. No es necesaria una aguda visión para comprobar que se trata de un epílogo al estilo Hollywood. Pero ¿por qué ese final se ajusta a lo que solemos catalogar como “final feliz”? Quizás porque se ajusta a los requisitos que los cierres de este tipo tienen: cumplen con la misión de estereotipar a todos los objetos que interactúan y flotan en el ambiente. Slade es un héroe que desenmascara las injustas normas de un institución hasta ese momento intocable (se quedará con la chica al final de la película, quien no es otra que una profesora subyugada por los argumentos y el “saber” del militar ciego). Sims será inocente: se niega a delatar a sus compañeros, porque,

en todas las culturas occidentales, en definitiva, “el hombre para ser hombre no debe ser batidor”¹.

Por otra parte, George paga su precio, ya que no será recomendado por su escuela a ningún establecimiento universitario, porque se escudó “en el bolsillo” de su padre, quien hacía contribuciones periódicas al colegio. Los tres traviesos son apenas amonestados con una observación, punición mínima, ya que el incidente no puede repetirse, pero no ha sido trágico y, es más, en la trama ha sido hasta de tono gracioso. Finalmente, el malo es Trask, el director. Él es el que pierde lo más importante en el simbólico teatro escolar: pierde su autoridad. Queda despojado de su papel frente a toda la escuela, es desautorizado por un comité de disciplina compuesto por alumnos y profesores que encuentra, precisamente, mayor autoridad en las palabras de Slade que en el proceder conservador de Trask. La escuela sufre una transformación a través de Trask, quien es la representación del avance de la modernidad en las normas cada día más débiles de la tradición de Baird. La institución está comunicando una urgencia de adaptación a los nuevos tiempos que le toca atravesar.

Con esa base de análisis crítico que, por supuesto, no todos los estudiantes compartieron, sino que discutieron (ya veremos sus conclusiones y comentarios), elaboramos una serie de preguntas con el propósito de encajar una línea de argumentación común, aunque no limitante, que les permitiera compartir su parecer acerca del contenido del tramo de la película observado.

Los siguientes fueron los interrogantes que oficiaron de guía al trabajo:

1. ¿Qué elementos de la escena final le permiten inferir que el ámbito donde transcurren los acontecimientos es una Institución?
2. ¿Cómo caracterizaría a esa institución?
3. ¿Se anima a aventurar la fecha y el país en el que transcurren los hechos? ¿Qué indicios le hacen pensar de esa manera?

1 Colocamos, acto seguido, la letra de un tango, estrenado en 1955, en la que se observa en la última línea la voz lunfarda de batidor para oficial de sinónimo de delator y la fuerza que cobra el término en la retórica tanguera, según acciona o no nuestra huella inconsciente. Valga de ejemplo: *Sangre Maleva*. Letra: Juan M. Velich. Música: Enrique Mora: “Y el malevo ya vencido, / palpitando su agonía, / mirando a la policía, / suplicaba en su dolor. // Déjenme morir tranquilo, / sin que deschabe su nombre, / que el hombre para ser hombre / ¡No debe ser Batidor!”.

4. Luego del ingreso de los alumnos al salón donde se desarrolla la escena ¿Qué figura aparece liderando la acción? ¿Qué características tiene ese personaje?
5. ¿Con qué conceptos define el director de la escuela los “lazos” que unen la institución?
6. Desde su saber sobre la Comunicación institucional ¿Qué le parece que busca el director con la indagación de los alumnos?
7. ¿Qué institución abstracta, propia de la cultura social, defienden los alumnos interrogados con su silencio?
8. ¿Cuál es el argumento con el que interviene el acompañante de Charly para atacar las bases de la institución?
9. ¿Qué características tiene su discurso? Desarrolle.
10. ¿Cuál es la decisión que toma el Comité Disciplinario y cómo afecta esa decisión a la institución-escuela?

CAPÍTULO



**Análisis y comentarios sobre el final
de “Perfume de mujer”**

Integrantes del grupo I: Cecilia Fleckenstein; Ingrid Maier, Lisandro Moreno, Sofía Wilches, Cynthia Zorrilla.

1. Los elementos que el grupo de trabajo detectó en la primera escena para observar que donde ocurren los hechos es una institución fueron los siguientes: el uniforme de los estudiantes, la reunión en un mismo espacio físico, el edificio de la institución con lo que su arquitectura implica (antigua, imponente, denota una época y un contexto) y el método de distribución de las personas (un estrado y todos los estudiantes alrededor de este en una zona inferior).
2. La institución se puede caracterizar del siguiente modo:
 - Autoritaria
 - Rígida
 - Masculina (todos los estudiantes e incluso el director eran de género masculino)
 - Conservadora (El colegio ha conservado sus formas, hasta que llega el Teniente y rompe con los esquemas que se mantenían)
 - Jerárquica (El director como máxima autoridad escolar)
 - Formal (la forma en que se visten los estudiantes e incluso el director del establecimiento)
 - Poderío económico para comprar el prestigio

Se observaron estas características debido al posicionamiento que tiene el director ante la institución y los estudiantes.

3. El lugar lo ubicamos en Inglaterra, década del 70/80 debido a que en el film se muestra una proximidad con la guerra teniendo en cuenta el discurso del Teniente. Además, la arquitectura y la forma de organización dan cuenta de una época.
4. Quien lidera la acción es el director (toma a su vez el papel de juez). Tiene algunas características personales: frío, autoritario, estructurado, estimulado por un ideal de persona (deber ser),

- riguroso, con cierto prestigio para dirigir la situación de tal manera, extorsivo.
5. Los conceptos que el director utiliza para remarcar los “lazos” y el prestigio de la institución son: el honor, el conocimiento, lo que el reconoce como “cuna de líderes” y el respeto.
 6. El director mediante su indagación y breve discurso tiene como finalidad poner orden cuando las situaciones se le escapan de sus manos, escarmentar, buscar la verdad con el fin también de que los estudiantes involucrados en un hecho asumieran la culpa y responsabilidad del mismo.
 7. Desde el grupo de trabajo se considera que la institución abstracta que aparece es la “juventud rebelde”. Tiene deseos de liberarse de la opresión que se vive en tal establecimiento educativo.
 8. El Teniente que defiende a Charly expone una serie de líneas que atacan las bases de la institución. La primera de ellas es que delatar a los demás, en este caso a los propios compañeros, no está bien. En segundo lugar, el prestigio de la institución se fue diluyendo con el tiempo al igual que los principios por la cual se regía. También expuso que se debe mantener la integridad. Por último, defendía la valentía de Charly debido a que no iba a “entregar” a sus compañeros para comprar su futuro, como quizás muchos en la institución lo habían hecho para llegar a donde llegaron.
 9. El lenguaje utilizado por el Teniente es informal ya que usa un lenguaje no muy común en una institución tan seria como la que se muestra. El discurso que él realiza posee mucha fuerza a la hora de tomar la palabra y se nota en ellas la convicción con que dice sus argumentos. Asimismo, rompe con el esquema previsto por la institución y la estructura de los discursos que se dieron con anterioridad.
 10. La decisión termina dejando libre de culpa al protagonista y, a su vez, deslegitima y desautoriza a la máxima autoridad, el director. Esto desestructura la institución mostrando que quien dirige puede estar equivocado.

Integrantes del grupo II: Rocío González Pascal; Hernán Dominici; Miguel Fernández y Germán Nahuel Zuwenger.

1. Los elementos que permiten inferir que el ámbito donde transcurren los acontecimientos es una Institución fueron identificados de acuerdo con los siguientes ejes:

- El espacio físico: la escena del fragmento de la película comienza en un “campus universitario”. Se observa un edificio antiguo pero en excelente estado de conservación al que ingresan jóvenes vestidos con traje escolar (típico uniforme).
 - La manera de caminar de los jóvenes. Ingresan en fila, manteniendo un orden establecido. En el interior están ubicados en sus respectivos asientos, en silencio.
 - Las jerarquías que tienen los personajes. Aparece alguien como el Director a quien se lo respeta y quien se hace respetar por imposición de su autoridad.
 - La condición de los jóvenes que cumplen el rol de alumnos, todos de sexo masculino, sumisos, que reconocen en el “director” la autoridad correspondiente.
2. Es una institución escolar, con rasgos de conservadurismo respecto a las normas disciplinarias establecidas y a su tradición. Ortodoxa en cuanto a lo simbólico. Se observan roles bien marcados en los personajes. Además hay una clara distancia entre el director y los estudiantes y mucha obediencia en el cumplimiento de las normativas establecidas y en el trato personal.
 3. Los hechos transcurren en Inglaterra. La época es alrededor de mediados de la década del ‘70. Los indicios son: el espacio físico y la construcción del Colegio. La sala de audiencia. La forma de vestir de los personajes, sus cortes de pelo y peinado. Las normas que utilizan para desempeñarse y hablar y el ritual que realizan con respecto al “juicio” que se les sigue a tres estudiantes sospechados de cometer una falta disciplinaria contra un directivo del establecimiento. Los datos temporales contextuales (pistas dadas por el relato de los personajes, etc.)
 4. Aparece el Director liderando la acción. La situación muestra una audiencia pública donde se investiga la conducta de tres estudiantes. Dos de sus compañeros son testigos y se niegan a delatarlos. El Director se presenta como un funcionario recto, de carácter fuerte, denota liderazgo pero seguramente por su jerarquía superior, está bien vestido acorde a las circunstancias. Aparece como la “cara visible” de la Institución educativa y por tal circunstancia muy apegado a las reglas de protocolo y normativas vigentes.
 5. El director define los lazos que unen la institución con los siguientes conceptos: actitudes conservadoras, las reglas protocolares y de pertenencia, buen comportamiento como normativa

institucional, determinación del obrar de las personas a través de la tradición y en defensa del honor.

6. El director busca mantener el orden y reafirmar su autoridad sobre el resto de los subordinados (profesores, alumnos, etc.) También es importante preservar el prestigio logrado y la tradición de la institución. Que el comportamiento de tres alumnos no opaque su gestión pero también que la actitud de los alumnos que interroga no le haga perder autoridad frente a los demás.
7. Los alumnos defienden la institución de la juventud donde el compañerismo, la lealtad y la amistad tienen valores fundamentales y tal vez por encima de los valores morales inculcados.
8. El coronel, ex militar y partícipe de batallas, para defender a su amigo ataca las bases de la institución con un discurso fuerte, refutando el protocolo rígido al que están acostumbrados y que se implementa en esa escuela. Asimismo resalta otros valores que nunca se habían mencionado.
9. El discurso tiene como característica principal un tono de denuncia argumentada y de apelación al entendimiento. Desea oponerse a esos lineamientos institucionales rígidos desde un lenguaje vulgar, opuesto al utilizado habitualmente en ese ámbito.
10. La decisión que toma el comité disciplinario es rápida, surgida por consenso para otorgar justicia a la actitud del alumno interrogado y “amenazado” por el director con la expulsión por la falta de colaboración en delatar a sus compañeros. En la decisión del comité disciplinario prima la actitud de Charly y es valorada. Con ello se marca un quiebre en las audiencias públicas y un precedente histórico en la aplicación de las normas disciplinarias.

Integrantes del grupo III: Rocío Distel; Marcela Robledo; Franco Massara y Bruno Barontini.

1. Los elementos de la escena inicial que nos permiten inferir que el ámbito donde transcurren los acontecimientos es Institución son:
 - uniformes con sus correspondientes escudos,
 - ámbito físico (campus),
 - sexo masculino en su totalidad,
 - conductas de comportamiento homogéneas,
 - edificio por dentro: cuadros con connotación religiosa, disposición de las mesas y asientos que acompañan a un escenario céntrico.

2. La institución es una comunidad cerrada que mantiene una estructura vertical en cuanto a la disposición de sillas- en las que se sitúan los alumnos- y un escenario que domina el espacio físico y que representa la autoridad de la Institución por sobre todas las personas allí presentes. Esto demuestra que los principios del lugar están por sobre los valores humanos.
3. La escena transcurre en un colegio de Estados Unidos, en un año difícil de precisar. El país se visibiliza en los diálogos de los actores al nombrar una localidad estadounidense, como así también la inscripción en inglés de los “lemas”. Sin embargo, no es posible detectar temporalmente dicha situación porque al ser un colegio tradicionalista y de un marcado corte aristocrático, se mantiene la vestimenta de los estudiantes a lo largo del tiempo.
4. El “director” lidera la escena. El mismo mantiene un carácter autoritario, conservador, poco flexible, con un discurso unidireccional que realza los principios de la Institución (cuna de líderes, Hombre de Baird, conducta indigna).
5. Según el director, los lazos que unen la Institución son:
 - respeto,
 - valor
 - juramento
 - honor
6. El director, a la hora de indagar a sus alumnos, busca conservar el statu-quo de la Institución, dejando de lado los valores que hacen a la integridad de las personas. Esta autoridad increpa a los estudiantes planteándoles la importancia de “pertenecer” sobre sus “principios” (compañerismo, honor, solidaridad).
7. La “institución abstracta” que defienden los alumnos al mantener silencio es la “no denuncia” a sus compañeros. Esta se observa a través del encubrimiento que se manifiesta en el silencio.
8. Para atacar las bases de la institución el argumento con el que interviene el acompañante de Charlie es el de la integridad y el honor de las personas por sobre todas las cosas. Teniendo en cuenta el argumento del director de la institución como “cuna de líderes” el coronel expresa el ideal de “no vender a nadie para comprar el futuro”.
9. Las características del discurso del coronel son totalmente diferentes a la del director:
 - Utiliza un lenguaje más vulgar para incentivar a los presentes.
 - Pone en juego los dogmas sobre el que se apoya la institución.
 - Apela a un discurso de concientización para los estudiantes.

- Le da voz y existencia a los estudiantes.
10. El comité disciplinario no respeta la iniciativa propuesta por el director y opta por tomar una decisión más correcta ante la sospecha de los supuestos culpables. Sin tomar en consideración la expulsión de Charlie y librándolo de toda responsabilidad. Atacando los principios básicos y tradiciones de la institución.

Integrantes del grupo IV: Rocío Pérez; Marianela Santos Carloni; Celeste Savoia y Érica Zalabardo.

1. Hay elementos en la escena que permiten definir el ámbito como una institución escolar privada, de nivel secundario. Estos elementos son el espacio físico, una gran infraestructura edilicia con un parque que la rodea y los uniformes de los jóvenes, todos del mismo color, con insignias que muestran de qué institución se trata. Hay un lugar común de reunión, al que todos ingresan al mismo tiempo. Las figuras de autoridad están claramente diferenciadas de los alumnos, que están vestidos de diferente manera y están situados en otro sitio del salón.
2. A la institución se la puede caracterizar como tradicionalista, lo que implica atribuirle las nociones de rigidez, formalidad y jerarquía. También se percibe que es una organización elitista, protocolar y lo que llama la atención es su calidad de antidemocrática. Esta afirmación se deduce al observar que mantiene fuertes estereotipos clasistas por el discurso que aplica y la rutina de aprendizaje basada en premios y castigos. También se puede deducir que la religión tiene un peso fuerte en esta institución. Eso se infiere por el mensaje inscripto sobre el escenario del salón: “The place where people meet to seek the highest is holy ground” (“El lugar donde las personas se reúnen para buscar lo más alto es tierra sagrada”).
3. Los hechos transcurren en Estados Unidos, aproximadamente en los años 70-80. La institución deja ver su prestigio, las costumbres de una época determinada y los valores de un país. Su riqueza material, decorativa y los muebles de estilo realzan su status y delimitan qué tipo de alumnos se espera que concurran a estas instituciones y cuáles deben ser sus características económicas, intelectuales y éticas. El uniforme es un claro ejemplo de la época y las costumbres de la élite de EE.UU. La formalidad de la corbata, el escudo bordado, son ejemplos de esto.

4. El líder de la escena es sin dudas el director del establecimiento. En sus manos está el discurso sancionador que busca, entre otras, cosas, que se delate a los alumnos que han fallado a las reglas de la escuela. El personaje tiene una personalidad seria, de inmutabilidad y poca sensibilidad hacia los valores de los jóvenes. También se percibe el rigor con el que les habla, con un tono invasivo que, más que una charla para conocer los sucesos, se asemeja a un interrogatorio. Las amenazas hacia los chicos no faltan en este discurso.
5. Algunos de los conceptos mencionados en el discurso del director son “tradicición” y “principios” como principales factores que vinculan a todos los actores de esta institución. Asimismo, hace mención al prestigio de ese colegio, el cual se ve amenazado con la infracción cometida.
6. El director pretende que entre los alumnos no se produzca una suerte de complicidad o compañerismo que altere el orden planificado y establecido. En su discurso rígido, remarca personalidades que pasaron por la institución con un fin enumerativo de los logros de la misma y de las cualidades que espera que copien los actuales estudiantes. Hace pública la situación a fin de exponerlos en sus discursos mediante hostigamientos, para que identifiquen a los responsables del “acto delictivo”.
7. Se puede afirmar que lo que se busca alterar por parte de la autoridad y lo que pretenden mantener los jóvenes es la institución de la amistad. Estos valores y códigos son los que unen a los estudiantes de manera implícita. El compañerismo funciona como emblema de los jóvenes y estos se rehúsan a abandonar las características propias de esas relaciones.
8. Lo que pone en duda el acompañante de Charly al intervenir en el juzgamiento es el objetivo de la institución. Afirma que con el método que están implementando, de presión y amenazas hacia los estudiantes, solo se logra corromper los valores que una institución de este tipo debe mantener. Alerta de que de esta forma aplasta los principios del honor de cada joven y los somete a mentir bajo su voluntad. El acompañante insiste en mantener el espíritu de la institución, el cual debe orientarse hacia la búsqueda de jóvenes íntegros, morales en su comportamiento.
9. El discurso del Teniente Coronel Frank Slade es apasionado, informal y destaca los valores que la institución pierde al exponer a los alumnos a una situación que no merecen. Pone énfasis en los principios que se dejan de lado y remarca cuáles son las

características esperables de los supuestos “líderes del futuro”. Deja en claro que las costumbres cambian y que hace falta adaptarse a una época en la que el compañerismo se valora por sobre otras características.

10. El Comité Disciplinario decide absolver a Charly, investigar a los tres jóvenes acusados por la infracción y no dar ningún tipo de reconocimiento al compañero que los delató. Las consecuencias inmediatas que podemos ver son:
 - El Comité hace caso omiso a la solicitud del director de deliberar en privado. Esto se percibe como un cuestionamiento a su autoridad y una negativa a dejarse influenciar por él.
 - Los compañeros de Charly se muestran satisfechos, lo cual demuestra que están más de acuerdo con lo planteado por Slade, que con los valores de esa institución y la presión del director.
 - El fallo del director desestima el chantaje y la falta de compañerismo y solidaridad que el director, implícitamente, buscaba influenciar en los estudiantes.

CAPÍTULO **XVI**

Final abierto: ellos pensaron

La palabra está en debate en el ámbito universitario y, asimismo, en el espacio social donde todavía goza de cierta jerarquía aristocrática. Esta disputa por un signo de alto valor simbólico no es nueva; por el contrario se remonta a los confines de la conformación de una sociología rioplatense (por acotarlo a lo que mejor conocemos de nuestra Historia) en la que siempre pareció importar más el uso retórico de la palabra que su contenido o significado.

Ya hemos dicho mucho sobre eso. Quisiéramos detenernos en un terreno pantanoso, en una especie de arena movediza, en el cual podemos hundirnos hasta perdernos. Pero ¿qué sería de las ciencias sociales y de quienes nos metemos con ellas si no estuviéramos dispuestos a correr ciertos riesgos en procura de no asfixiar nuestros pensamientos?

En ese sentido, nos parece oportuno, por honestidad, ceder a los estudiantes que realizaron la tarea expuesta el espacio que les corresponde y ese es el de ser intelectuales en acción. Consideramos que esos términos confluyen en un reconocimiento impostergable y justo, y dice más: Habla de menos del futuro profesional de mujeres y hombres que del evidente actuar en el presente, como sujetos sociales y como actores comprometidos con su vocación de revocar las condiciones de una sociedad que los requiere.

Autoríceme el lector a una licencia personal: No hubiese publicado este libro si no considerara que el aporte de los estudiantes es valioso como ejercicio, como ejemplo y como aporte académico. Debo confesar que si no estuviese convencido de ello, hubiera entendido mejor dejar pasar la oportunidad y salvaguardar el material –que solo constituye un recorte, una porción, de lo expuesto en las clases de Comunicación institucional en 2015– en el arcano rincón de las aulas.

Pero, no, no fue ese el caso.

Buena parte del cuestionamiento educativo está enclavado en la ignorancia de los jóvenes, en su falta de interés, en sus dificultades para la

compresión de los textos o la ausencia de una vocación concreta. Si esto fuera así, no hay otros culpables que los profesores que no hemos sabido cómo estimularlos. Pero eso no es así ni como particularidad ni como generalización. Los estudiantes no son el futuro, son el presente. Aquí queda el testimonio de ellos, al que otros, con seguridad, continuarán. Es hora de arriar las banderas de la vanidad y de dejarlos crecer. Porque nosotros, mujeres y hombres mayores, ya conocemos bien lo que otros tiempos feroces hicieron con otros jóvenes.

Este es su trabajo. Nos cabe a nosotros haberlo recopilado. Esa tarea es homogénea en su consigna, pero alentadoramente diversa en sus conclusiones.

Ha sido la Escuela el motor de ensayos, debates, análisis y críticas. Cualquier otra institución hubiese servido a los mismos fines. No están aquí en juego las consideraciones personales, sino la utilidad que ellas han tenido o no para comprobar la existencia de una huella inconsciente detrás de cada palabra.

La calidad de los argumentos de los estudiantes está a la vista, su interés por trabajar, también. Queda la muestra de que han comprendido perfectamente los textos bibliográficos analizados. De su vocación digamos lo que es real: hay un compromiso y una responsabilidad que excede los compartimentos académicos, ellos aprenden y enseñan para una sociedad mejor. Y ahí están, al pie del cañón, no para desparramar proyectiles sobre sus enemigos, sino para lanzar una soga de enlace con quienes los necesiten.

Comencé a trabajar el periodismo a los 16 años. Llevo más de 35 en la profesión y unos 30 en la docencia. En ese tiempo, mi profesión me llevó a ocupar altas responsabilidades en el comando comunicacional de gobernaciones, ministerios y municipios. También en instituciones vecinales, clubes y organizaciones de diferentes propósitos. Y he estado del otro lado del mostrador, como cronista, editor y hasta como Director de un diario.

Con los años, me he detenido a pensar en qué era lo que estaba haciendo y todo el camino de esta introspección laboral podía sintetizarse en una oración bastante austera: había difundido las actividades de la institución en los medios de comunicación.

Así, había fortalecido la imagen de las personas al frente de cada institución, había escrito miles de gacetillas, cientos de discursos y aprobado fotografías y videos para su publicación. En resumen, mi tarea de comunicador acaso haya sido eficaz, pero decididamente incompleta: la Comunicación con la sociedad era y es todavía una deuda. Con este trabajo quiero empezar a pagarla.

Y así como “en el principio era el verbo (Juan 1: 1)”, pretendí empezar a pensar en las palabras e invitar a otros para que me cuenten lo que piensan. Mil gracias a los estudiantes, a quienes nos ayudaron y a ustedes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alsina, M. R. (2005). “El trabajo periodístico”, en *La construcción de la noticia*. Barcelona: Paidós.
- (2005). “Las fuentes periodísticas”, en *La construcción de la noticia*. Buenos Aires: Paidós.
- Borges, J. L. (1998). *El idioma de los argentinos*. Madrid: Alianza Editorial (biblioteca Borges).
- Contreras Orozco, J. (2002). *La democracia de los sentidos*. México: Universidad Autónoma de Chihuahua.
- Eco, H. (1997). “Sobre la Prensa”, en *Cinco escritos morales*. Barcelona: Lumen.
- Foucault, M. (2003). *Las palabras y las cosas. La representación del signo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- García Márquez, G. (2010). *Yo no vengo a decir un discurso*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Grijelmo, A. (2000). *La seducción de las palabras*. México: Santillana.
- Smith, A. (1980). *Goodbye Gutenberg, la revolución del periodismo electrónico*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Hobsbawm, E. (1998). *Sobre la Historia*. Barcelona: Crítica.
- Hodgson, G. M. (2011). ¿Qué son las instituciones?, en revista CS [online], N° 8, pp. 17-53.
- Kant, I. ([1787] 2007). *Crítica de la razón pura. Prólogo a la segunda edición*. Buenos Aires: Colihue.
- Meyer, P. (1993). “El periódico, actor político”, Cap. I. Borrat, Héctor, en *Periodismo de precisión*. Buenos Aires: Gustavo Gili.
- Palacios, R. (2015). *El Clan Puccio. Historia definitiva*. Buenos Aires: Planeta.

- Randall, D. (1966). “Escribir para los periódicos”, cap.9 y “Los comentarios deliberados o involuntarios”, Cap. 12, en *El periodista universal*. Londres: Siglo XXI Editores.
- Sarlo, B. (1998). *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires: Ariel.
- Taylor, C. (1989). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona, Paidós.
- Tessio Conca, S. (2002). “La formación en el Periodismo y la Comunicación Social en la Convergencia Digital”, ponencia en Jornadas Redcom, La Plata.
- Todorov, T. *Crítica de la crítica*. Paidós: Barcelona.
- *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
- Ulanovsky, C. (1997). *Parén las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Espasa Calpe.



UNLPam

Universidad Nacional de La Pampa

Se terminaron de imprimir 1000 ejemplares en la Imprenta de la Universidad Nacional de La Pampa, dependiente de la Secretaría de Cultura y Extensión Universitaria.

Santa Rosa, La Pampa, octubre de 2016

Este libro es el fruto de una docena de charlas con algunos de los estudiantes de la primera cohorte de la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad de La Pampa. Es inmerecida cualquier autoría individual –acaso lo mismo suceda con toda forma de la literatura y de la ciencia–. De esos encuentros, surgen estos textos, producto, paradójicamente, de la reflexión y de la espontaneidad.

Las preguntas que oficiaron de tablas de trampolín se enfocaron en la visión social de las instituciones y en la calidad intrínseca de estas para comunicar sensaciones. Es justo decir que nuestra zambullida nos deparó moretones. Mirar cómo miran los otros a las instituciones que nos resultan parte del paisaje cotidiano es quitar la venda de los efectos de la cultura y de su símbolo expresivo: la Comunicación.

Un nuevo siglo, su transcurrir dinámico, nos coloca de cara a nuevos desafíos. Ya nada es lo que era, sin embargo, esa certeza no nos dice qué es lo que viene y tampoco cómo valorar el presente.

Es materia de esta producción alentar el pensamiento y el recuerdo, que también es una forma de pensamiento.

